

# ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE  
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 42

HUESCA  
MCMLX

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

# ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES

(Servicio de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Huesca)



## CONSEJO DE REDACCION

*Director:* Miguel Dolç.  
*Secretario:* Federico Balaguer.  
*Administrador:* Santiago Broto.  
*Redactor jefe:* Antonio Durán.

*Colaboran en este número:* Virgilio Valenzuela.—Salvador María de Ayerbe.  
María Dolores Cabré.—José Luis Beloso.—Antonio Benito Vidal.  
Félix Ferrer Gimeno.—Eugenio Láscaris Comneno.  
Esther Lóriz Casanova.—José Poch, Sch. P.



ARGENSOLA se publica en cuadernos trimestrales, formando un volumen anual de unas 400 páginas.

## PRECIOS DE SUSCRIPCION:

ESPAÑA.—Suscripción anual, 60 ptas.; número suelto, 16 ptas.; número retrasado, 24 ptas.  
EXTRANJERO.—Suscripción anual: Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, 70 ptas.; otros países, 72 ptas.

*Redacción, Administración y Distribución:* Avenida Generalísimo, 16 - Teléfono 1190

H U E S C A

Depósito legal - M. 2.207 - 1958

IMPRENTA PROVINCIAL - HUESCA

# ARGENSOLA

REVISTA DEL INSTITUTO DE  
ESTUDIOS OSCENSES



N.º 42

# S U M A R I O

ESTUDIOS:	Páginas
Un documento inédito sobre san José de Calasanz, por <i>José Poch, Sch. P.</i> .....	97
Ramón y Cajal en Ayerbe, por <i>Miguel Dolç</i> .....	113
COMENTARIOS:	
Los últimos defensores de Constantinopla, por <i>Eugenio Láscaris Comneno</i> .....	135
La cinematografía de Carlos Saura Atarés, por <i>Félix Ferrer Gimeno</i> ..	157
ACTITUDES:	
Poemas, por <i>José Luis Belloso</i> .....	165
Era débil, por <i>Esther Lóriz Casanova</i> .....	167
INFORMACIÓN CULTURAL:	
Pregón de Semana Santa, por <i>Santiago Broto</i> .....	171
Curso de conferencias en Villanueva de Sijena, por <i>Santiago Broto</i> ..	172
Fiesta de la Poesía, por <i>B.</i> .....	172
Importante exposición de pintura de José Beulas, por <i>Félix Ferrer Gimeno</i> .....	173
Convocatoria de la parte científica de los certámenes anuales de Teruel, Albarracín y Alcañiz para 1961, por <i>B. S.</i> .....	175
NECROLOGÍA:	
Muy ilustre señor don Benito Torrellas Barcelona, por <i>Santiago Broto</i> ..	177
BIBLIOGRAFÍA:	
Libros:	
BENITO, JOSÉ DE: Estampas de España en Indias, por <i>Miguel Dolç</i> .....	179
CARDONA, OSVALD: De Verdaguer a Carner, por <i>Miguel Dolç</i> .....	179

	Páginas
HERNÁNDEZ-LEÓN, FRANCISCA: Doña María de Castilla, esposa de Alfonso V el Magnánimo, por <i>Antonio Benito Vidal</i> .....	180
MONTOLIU, MANUEL DE: Les quatre grans cròniques, por <i>Miguel Dolç</i> .....	181
 Artículos:	
CUZAQ, RENÉ: Le rétable doré de Jaixou, por <i>Federico Balaguer</i> .....	182
HAMANN McLEAN, RICHARD: Les origines des portails et façades sculptés gothiques, por <i>Federico Balaguer</i> .....	182
SÁNCHEZ CANDEIRA, ALFONSO: Las Cruzadas en la historiografía española de la época, por <i>Federico Balaguer</i> .....	182
VIVES, JOSÉ: Elogio sepulcral barroco renacentista de una abadesa cisterciense, por <i>Federico Balaguer</i> .....	183
ZUDAIRE, E.: El «Discurso de la Corona» en las cortes catalanas de 1626, por <i>Federico Balaguer</i> .....	183

Dibujo de *J. Beulas*

ARGENSOLA no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos.

Los estudios y comentarios que se ofrezcan para ser publicados en la revista deberán ser originales, de carácter estrictamente científico o literario, e inspirados —aunque no de un modo exclusivo— en temas altoaragoneses. La Redacción se reserva la libertad de modificar, en ciertos aspectos accesorios, si le pareciera conveniente, los trabajos presentados.

1. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

2. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

3. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

4. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

5. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

6. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

7. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

8. The first part of the paper is devoted to a general introduction of the subject and to a statement of the main results. The second part is devoted to the proof of the main results. The third part is devoted to some applications of the main results. The fourth part is devoted to some remarks and conclusions.

# UN DOCUMENTO INEDITO SOBRE SAN JOSE DE CALASANZ \*

POR JOSE POCH, SCH. P.

## INTRODUCCIÓN

**A**SISTIMOS a un ingente y mancomunado esfuerzo de revalorización biográfico-crítica de la personalidad y obra pedagógica del eximio aragonés san José de Calasanz. Estudios, indagaciones y hallazgos positivos vienen aportando datos de innegable oportunidad para llenar—como da en decir la frase al uso—lagunas seculares en el decurso del *curriculum vitae* español (1556-1592) del santo de Peralta de la Sal. Precisaba esta tarea y apremiaba, porque se trata de unos antecedentes que reclaman sus largos años romanos (1592-1648) <sup>1</sup>.

\* El posible valor histórico-biográfico de la presente disertación calasanciana (1589-1591) debe atribuirse justamente a don Mariano Maluquer de Motes, ilustre descendiente de los nobles señores de Motes de la localidad de Pont de Claverol, junto a la villa pirenaica de Poble de Segur. A la deferencia y generosidad de don Mariano Maluquer de Motes debemos gran número de notas y referencias por él pacientemente extractadas de fondos parroquiales, documentos diversos, tradiciones locales y, sobre todo, del archivo de su veneranda y dignísima familia, por tanta y tan duradera amistad (1589-1648), vinculada a la persona del fundador de las Escuelas Pías.

De don Mariano Maluquer de Motes recibimos, además, valiosas fotocopias documentales de referencias calasancianas: con todo ello—como base y elementos principales—pudimos llevar a cabo la redacción de este estudio que, con espontánea y sincera gratitud, dedicamos al mejor de nuestros colaboradores.

1. Advirtió en 1956 el investigador escolapio R. P. Jorge Sántha, actual archivero general de la orden Calasanciana: «...Búsquedas personales... a propósito de los problemas biográficos del santo (san José de Calasanz) no me ha sido posible realizarlas, pero es que incluso ni he querido, dado que deberían haber sido realizadas particularmente en España, patria del santo, para esclarecer ciertos puntos, un poco oscuros, del período español; y tales búsquedas—creo yo—afectan más directamente a nuestros carísimos hermanos los escolapios de España. El período romano de la vida del santo está mucho más claro y documentado...» (Cfr. GYÖRGY SÁNTHA, Sch. P., *San José de Calasanz. Su obra. Escritos*, Madrid, 1956, p. 3, nota 1).

No vaya a creerse, empero, que la atención crítica a los problemas biográfico-calasancios, del tan debatido «período español» del pedagogo peraltense, se ha acuciado e incrementado en nuestros días. El plausible empeño se acusa desde principios de nuestro siglo y el tesón condensa y agrupa la tenacidad de sagaces investigadores eclesiásticos, tanto del clero secular como de miembros cultos de la orden Calasancia española<sup>2</sup>.

Con el común parecer, opinamos que la tarea de los investigadores españoles en materia calasancia (hurgando en parcela difícil y logrando resultados positivos aunque lentos y parciales) merece los honores de un trabajo fecundo por lo que ha dado de sí, y de tesón heroico por cuanto los fondos archivísticos yacen—recónditos—y ofrecen comprensible dificultad de hallazgo. La empresa revalorizadora y esclarecedora de lo calasancio en España (1556-1592), con todos sus antecedentes históricos y su proyección hacia la inmediata fase calasancia en Roma (1592-1648), está en marcha. Presentimos «sorpresas» de innegable repercusión; auguramos aportaciones nuevas, que, por encima del «ensayo» calasancio, han de proporcionarnos siempre mayor precisión y aun forzosa renuncia a ciertas páginas biográficas del fundador de las Escuelas Pías, en el decurso de sus años de niñez, juventud universitaria y sacerdocio, en nuestra patria.

2. Destacamos los siguientes estudios críticos sobre san José de Calasanz, que debemos a presbíteros del clero secular: AGUSTÍN COY y COTONAT, *Sort y comarca noguera-pallaresa*, Barcelona, 1906; JOSÉ MIR DURÁN, Pbro. de Urgel, *San José de Calasanz, gloria de la diócesis de Urgel y honor de su clero*, en «Memorias de un Cronista» (Valencia, 1912), págs. 338-347; especial mención, por sus documentos archivísticos de Seo de Urgel, merece el estudio monográfico de PEDRO PUJOL y TUBAU, Pbro., *Sant Josep de Calassanz, oficial del Capítol d'Urgell (1587-1589)*, Barcelona, 1921, p. 91. No podemos preterir las investigaciones genealógico-calasancias llevadas a cabo por el sacerdote aragonés don JOSÉ MERIGÓ († 1936), *Rassegna di storia e bibliografia scolopica*, XV, Roma, 1950, págs. 25 y ss.

Las más valiosas aportaciones al período español de san José de Calasanz, entre los religiosos de las Escuelas Pías, se deben a los PP. LEODEGARIO PICANYOL y CALASANZ BAU. Del primero, cfr. *La biblioteca scolopica di S. Pantaleo di Roma*, parte prima, Roma, 1952, págs. 157-161, y *Rassegna di storia e bibliografia scolopica*, Roma, 1950-1957. Del segundo precitado autor escolapio, cfr. *Biografía crítica de san José de Calasanz*, Madrid, 1949; *Historia de las Escuelas Pías de Cataluña*, Barcelona, 1951; *Historia de las Escuelas Pías en Cuba (1857-1957)*, La Habana, 1957; estudios biográficos del mismo autor en «Revista Calasancia», año III, Madrid, 1957, oct.-dic., núm. 12 (véase «Índice de artículos»).

Precedieron las investigaciones biográfico-calasancias del profundo historiador escolapio R. P. ANTONIO VIDAL (1873-1938), para las cuales cfr. *La biblioteca scolopica di S. Pantaleo di Roma*, parte seconda, Roma, 1955, p. 250, y *Rassegna di storia e bibliografia scolopica*, XV, Roma, 1950, págs. 24 y ss.

## CONSIDERACIÓN RETROSPECTIVA

La finalidad concreta de nuestro artículo—lo advertimos sinceramente al lector—no se propone dedicar los merecidos encomios a la colectiva y lograda labor histórico-biográfica de cuantos, en nuestro siglo, han estudiado monográficamente aspectos fundamentales de la vida del pedagogo de Peralta de la Sal—desde su cuna hasta su partida de Barcelona hacia Roma (febrero de 1592)—sino centrar la consideración en otra época de los estudios calasancios (siglo xviii), que, si bien ceñida al aspecto meramente hagiográfico del santo, merece indudablemente honor y aplauso, por lo que tiene de postura señera y de esfuerzo preliminar.

Para tener idea cabal del fenómeno biográfico-calasancio surgido en la primera mitad del siglo xviii, el lector debe enterarse de las circunstancias que lo motivaron.

El fundador de las Escuelas Pías falleció en Roma la noche del 25 de agosto de 1648. Hasta su exaltación al honor de los altares católicos—como beato—transcurrieron exactamente cien años (1648-1748). En el decurso de los cien años de expectativa, salieron a la luz no pocas biografías calasancias, de matiz casi predominantemente piadoso y en todas ellas acusábase (particularmente por lo que atañe al período español calasancio, 1556-1592) ausencia de precisión histórica y aun carencia de exactitud rigurosa en muchos puntos. La exigencia crítica de los lectores y la común demanda de la orden Calasancia hacían necesaria una vida del pedagogo peraltense, más completa y más en consonancia con el afán crítico que doquiera cundió a mitades del siglo xviii. Por otra parte, se auguraba y se presentía la beatificación del venerable José de Calasanz y la nueva biografía había de brindar el pedestal adecuado y firme al también nuevo beato de la Iglesia universal.

La orden de las Escuelas Pías estuvo a la altura del momento y halló en Italia al hombre que mejor podría con la labor crítico-biográfica. El honor y la difícil empresa fue encomendada al escolapio toscano P. Vicente Talenti, espíritu investigador, exigente, minucioso, infatigable, culto, profundo y vasto al mismo tiempo. Conocedor de cuanto se había escrito y divulgado en materia biográfico-calasancia y paciente escrutador de materiales archivísticos, el P. Vicente Talenti asumió la gran tarea que le confió la Escuela Pía en junio de 1740. Y se entregó a

la recopilación de datos biográfico-calasancios con tesón modélico: vio y ponderó los fondos romanos que pudo alcanzar, pero para los años calasancios en España siguió el mejor y más efectivo criterio: acudir a quien, en nuestra patria, pudiera proporcionarle materiales de primera mano, datos de nueva y más amplia visión, elementos hasta entonces desconocidos. Con ello aspiraba el juicioso escolapio toscano a poder redactar la por todos apetecida biografía calasancia <sup>3</sup>.

¿A quién asociar la tarea ardua...? ¿Quién—en España—podría colaborar con aportaciones selectas, archivísticas, fruto de indagación concienzuda...? El P. V. Talenti confió en el escolapio aragonés, R. P. José Jericó (1707-1786) y... no salió defraudado. El religioso de Aragón gozaba de justa fama en el quehacer de la investigación biográfico-calasancia, sabía dar con los filones ocultos en fuentes hasta entonces inexploradas, conocía cabalmente la problemática que se intentaba solucionar en lo posible y brindó generosamente sus posibilidades. La colaboración fue un hecho. El P. V. Talenti pudo beneficiarse de no pocas notas que ingresaron en su labor histórico-biográfica <sup>4</sup>.

En el subsuelo histórico de Peralta de la Sal, de la localidad de Calasanz, de Zaragoza, de Benabarre, etc., etc., sondeó el tesón ejemplar del aragonés P. José Jericó: pudo hacerse con cartas del fundador de las Escuelas Pías, rastreó antecedentes genealógicos de los Calasanz peraltenses, precisó detalles biográficos de prelados y personas relevantes que, en España, alternaron con el sacerdote Calasanz, halló aspectos históricos muy notables de los canonicatos pretendidos por el mismo, cuando a Roma se trasladó desde la diócesis de Seo de Urgel... El P. V. Talenti—con discriminador criterio—supo valerse de todo ello y conjugarlo armónicamente en su volumen biográfico de 1753 <sup>5</sup>.

Ni al lector ni a nosotros puede ocultarse que el diligente P. José Jericó, bien que dotado de vasta cultura histórica y a pesar de sus rebúsquedas personales, no pudo llegar a todas partes para exhumar y

3. Para P. VICENTE TALENTI, Sch. P., como analista de la orden Escolapia y biógrafo del fundador de la misma, cfr. *Acta capitulorum generalium XIX et XX annis 1748 et 1754 celebratorum*, en «*Monumenta Historica Scholarum Piarum*» (Romae, 1951), p. 13 (1748) y p. 26 (1754).

4. *Vita del B. Giuseppe Calasanzio della Madre de Dio fondatore delle Scuole Pie*, Roma, Zempel 1753, p. 656. Acerca de esta biografía del P. V. Talenti, cfr. P. LEODEGARIO PICANYOL, d. S. P., *Le Scuole Pie e Galileo Galilei*, p. 7, y *Epistolario di San Giuseppe Calasancio*, vol. II (1588-1626), Roma, 1951, págs. 8-9.

5. Algunos datos genealógico-calasancios, mandados por el P. José Jericó al biógrafo P. V. Talenti, cfr. P. LEODEGARIO PICANYOL, *Da un manoscritto del P. José Jericó*, en «*L'Eco dei nostri Centenari*» (Roma), 1948, n. 4-5, págs. 77-78, Madrid y 16 de abril de 1746.

estudiar «de visu» los documentos calasancios que le surgían al paso o cuya existencia presentía lejos de su alcance. Hizo lo pertinente: cursó atentas cartas a las personas que sabía accederían a sus ruegos y así fue allegando el máximo acervo de materiales calasancios, referentes al período español.

### DEL PERÍODO CALASANCIO-URGELITANO (1587-1591)

Poco o casi nada atisbó el P. José Jericó de los años de Calasanz en la ciudad de Seo de Urgel (1587-1589) <sup>6</sup>. En cambio, supo del cargo relevante que Calasanz desempeñó en la villa de Tremp (1589-1591), que lo fue de oficial eclesiástico (con atribuciones locales de vicario general). Y no pretirió el propio P. J. Jericó el hecho de que Calasanz—durante su estancia en la villa de Tremp—regentó, con nombramiento de plebán (párroco), las dos parroquias rurales conjuntas, de los pueblecitos de Claverol y Ortoneda, no lejos de Tremp y en las inmediaciones de Pobla de Segur <sup>7</sup>.

6. Descubrir la presencia del sacerdote José Calasanz en Seo de Urgel (1587-1589) y presentarlo—a la luz de importantísimos documentos de los archivos urgelitanos—en el ejercicio de sus cargos simultáneos de secretario del cabildo y maestro de ceremonias de la catedral urgelitana, fue mérito exclusivo y personal del precitado PEDRO PUJOL Y TUBAU, Pbro., en su estudio histórico *San Josep de Calassanç, oficial del Capítol d'Urgell (1587-1589)*.

7. Para estos cargos calasancios, cfr. *Epistolario de San Giuseppe Calasanzio*, vol. II, Roma, 1951, p. 27. Véase el mencionado estudio histórico de PEDRO PUJOL Y TUBAU, Pbro., apéndice II, págs. 81 y ss. Cuando redactamos este trabajo, tenemos ya compuesto para la impresión nuestro estudio *San José de Calasanz, oficial eclesiástico de la villa de Tremp (1589-1591)*.

¿Cuándo fue nombrado Calasanz rector de Claverol y plebán de Ortoneda? El 11 de febrero de 1589 los documentos urgelitanos lo mencionan con tal cargo o nombramiento (cfr. *San Josep de Calassanç, oficial del Capítol d'Urgell*, p. 82). Si, en efecto, tal nombramiento hubiera sido reciente, podría conjeturarse que Calasanz lo recibió del obispo fray Andrés Capilla, quien tomó posesión personalmente de la sede urgelitana el 23 de diciembre de 1588.

Invita a la duda, acerca de ello, la siguiente observación. Por los años de 1791, era plebán de Claverol don N. Micás, Pbro., quien en la p. 36 de la biografía calasancia del P. VICENTE TALENTI (*Compendio istorico cronologico della Vita del Ven. Giuseppe Calasanzio*, Florencia, 1735, traducido al castellano y editado en Madrid (1748), por el escolapio P. Antonio Cajón de Cristo), dejó esta anotación manuscrita: «Lo any 1588 a 20 de Jané ere Pleba Anton Bringuer (Berenguer) de Castell Germà, y mori pues (¿después?) en 24 de Juriol. Regentabe lo curat Mosen Miquel Perot economo. Per lo tan fins dit any de 1588 no fou elegit Pleba de Ortoneda San Josep de Calasanz.—Conste en lo llibre de Batismes de esa parroquia de Claverol. Ita est.—Micás Plebani». Y al pie de página: «Fou lo any 1588. Conste en les escriptures de Claverol».

Calasanz, ¿fue nombrado plebán de Ortoneda y rector de Claverol, a la muerte de Antonio Berenguer de Castellgermà (20 de enero de 1588), o poco después, y, por lo

Dejamos constancia de que el infatigable P. J. Jericó, hijo de Alcañiz y una de sus más preclaras glorias, entregóse personalmente al hallazgo de datos biográfico-calasancios, pero dicho está por igual que donde no llegó su paso indagador, allá fue su carta suplicante que, con satisfacción de su espíritu, casi siempre logró respuesta deferente, acompañada de múltiples referencias anheladas.

### EL DOCUMENTO DE 1740

Había transcurrido casi un siglo de la muerte del fundador de las Escuelas Pías (1648-1740) cuando el P. Jericó servía de investigador intermediario en obsequio y a beneficio del biógrafo italiano P. V. Talenti. La buena lógica dictó al primero para campo de sus exploraciones, las villas y pueblos de Ribagorza: en especial la villa de Benabarre, donde —según el índice de los documentos entonces conocidos— veía arraigar la raíz y crecer el tronco principal de los Calasanz. Pero como luego observara que los Calasanz de Benabarre habían sido señores de Claravalls (no lejos de Areny, en la Ribagorza colindante con Cataluña), no perdonó ocasión para dirigirse epistolarmente a los descendientes de los Calasanz claravallenses.

Como suele acontecer en tales concatenaciones de demanda de datos, los interrogados acudieron, a su vez, a personas que pudieran hallarse en posesión de orientaciones o datos fehacientes... Así promovía la recopilación biográfica el P. J. Jericó y así llegaron a Roma múltiples elementos hasta entonces ignorados. Todo para contribuir a la estructuración más crítica de la vida del beato José Calasanz, en la que se ocupaba con ilusión y pericia el toscano P. Vicente Talenti.

tanto, antes de personarse en Seo de Urgel el nuevo obispo electo fray Andrés Capilla...? Si así fuera, como parece deducirse de la nota manuscrita del plebán N. Micás (1791), Calasanz, en Seo de Urgel, habría recibido del cabildo (sede vacante) tres cargos: secretario de la corporación capitular, maestro de ceremonias y plebán de Ortoneda y rector de Claverol. Y ello antes de la llegada del nuevo prelado fray Andrés Capilla (23 de diciembre de 1588).

«Posiblemente la plebanía de Ortoneda disfrutase, en aquella época, de un cierto prestigio, heredado de épocas anteriores, pues no sé de dónde he sacado la referencia de que, antes de S. José de Calasanz, la plebanía de Ortoneda se había tenido siempre por los canónigos de Urgel». (Carta de don Mariano Maluquer de Motes, 10 de junio de 1960).

Con tales antecedentes—los insinuados en los apartados anteriores— puede ya el lector situarse ante el contenido del documento (de referencia calasanziana), que fue conseguido el 20 de octubre de 1740 y cuya transcripción íntegra damos a continuación:

«Certifico y hago fe yo el Dr. en ambos derechos Manuel de Motes Presbitero Pleban de Sta. Maria de Orthoneda y rector del lugar de Claverol y casas del Puente de su termino oriundo de la casa de Motes sita en el mismo termino <sup>8</sup> abajo escrito y firmado

8. Don Manuel de Motes, Pbro., plebán de Santa María de Ortoneda y rector de Claverol y casas de Pont de Claverol (junto a Claverol), doctor en ambos derechos. La familia de los nobles señores De Motes tenía su casa solar en l'ont de Claverol, anejo del pueblo de Claverol (a pocos kilómetros de Tremp), que, junto con el lugar de Ortoneda, formaba una sola parroquia, cuyo plebanato o rectorado desempeñó (1588-1591) el sacerdote don José Calasanz. En estos años y desde 1565 era cabeza de la familia de los De Motes, don Francisco Mongay, oriundo de Erillcastell, pueblo del abadiado de Labaix (Ribagorza), quien se apellidó De Motes por haber contraído matrimonio con la heredera de la casa, doña Juana de Motes, en 10 de septiembre de 1565.

Durante el período 1589-1591, mientras Calasanz residía en Tremp en calidad de oficial eclesiástico de esta villa y como visitador de los arciprestazgos urgelitanos de Tremp, Sort, Tirvia y Cardós, trabó estrechísima amistad con todos los miembros del hogar de los De Motes, de sólido y tradicional cristianismo. Francisco de Motes, hijo mayor del precitado don Francisco (Mongay) de Motes, atestiguó en carta de 2 de diciembre de 1648: «...Siendo yo de catorce a quince años de edad, conocí (al señor doctor José Calasanz) y le vi muchas veces, por ser muy amigo de mi padre. Como si ahora mismo le estuviera viendo: era hombre alto, de presencia venerable, barba de color castaño, cara alargada y blanca.

»En dicho tiempo, mi padre, que en gloria esté, hizo... la capilla de nuestra casa (de Pont de Claverol) con puerta a la vía pública. Y dicho señor Doctor Calasanz, siendo párroco de Claverol y oficial de Tremp, la bendijo y celebró en ella la primera misa.

»...Dicen que tenía intención de ir a Roma para obtener alguna prebenda digna de sus cargos. Dejó la plebanía y parroquia de Claverol al señor Jaime Segur de Vilamitjana... Luego se marchó a Roma y a Barcelona por motivo de estudios, etc., etc. Esto es cuanto yo he visto y oído y cuanto sé de dicho señor Calasanz. Firmo lo sobredicho a mis setenta y tres años de edad, a 2 de diciembre de 1648.—Francisco Motes, sacerdote indigno». (Cfr. versión latina y completa de esta carta en *Epbemerides Calasanzianae*, mayo-junio 1932, págs. 111-112).

Don Francisco (Mongay) de Motes otorgó testamento en 24 de abril de 1604. Su hijo mayor, el antedicho presbítero don Francisco de Motes, nacido el 21 de febrero de 1575, murió en 16 de noviembre de 1653. En el precitado año de 1604, otro miembro de tan cristiano hogar figura con el nombre de «Rvdo. Salvador de Motes».

De Pont de Claverol y de los nobles De Motes, hállese referencia geográfico-histórica en *Geografía general de Catalunya*, por F. CARRERAS CANDI, cfr. vol. *Provincia de Lleyda*, Barcelona, s. a., págs. 788-790: «En la conca de Poble de Segur, en la cima de un montículo, a la izquierda del Noguera-Pallaresa, se encuentran las casas denominadas Pont de Claverol... En este lugar y sobre el río hay un puente, propiedad de la Poble; por esta villa, Claverol se comunica con Tremp (a 15 kilómetros). En 1831, Claverol se hallaba adscrito al corregimiento de Talarn, y su señorío pertenecía a N. de Motes Massanés y Maranges. En algunos nombramientos de «Batlle» (s. XVIII), los señores De Motes usaron el título de barones de Claverol... En dicha casa se conserva la habitación reservada a S. José de Calasanz cuando era rector de Claverol...» Ya en 1906 escribió don AGUSTÍN COY Y COTONAT, Pbro., en su obra *Sort y comarca Noguera-Pallaresa*, «...Un recuerdo constante hay en Claverol de la estancia de S. José de Calasanz... en casa De Motes, en una de cuyas habitaciones se hospedaba el santo, cuando (desde Tremp) iba a celebrar los días festivos, y que aún hoy llaman cuarto de San José...» (Cfr. ob. cit., págs. 347-350).

como recomendado por el Sr. D. Antonio de Sengenís y Ruffac Dr. en ambos derechos Baron del lugar de Viescas de Campo y sus terminos <sup>9</sup> con carta de los 16 setiembre proximo pasado del corriente año 1740 desde Casserras <sup>10</sup> comisionado según dije para

9. El plebán de Ortoneda y rector de Claverol (con el grupo de Pont de Claverol), don Manuel de Motes (n. en 1681 y m. en 1757) desempeñó los dos cargos conjuntos como lo hiciera el presbítero José Calasanz, 1588-1589) a lo largo de los años 1716-1757. Fue su inmediato antecesor su hermano don José de Motes, posteriormente rector de Poblá de Segur y visitador y oficial eclesiástico de Tremp. A don Manuel de Motes —cuyas son las declaraciones que publicamos— le sucedió en el plebanato de Ortoneda y rectorado de Claverol, su sobrino don Francisco de Motes.

En 1740, don Manuel de Motes, plebán de Ortoneda y rector de Claverol, fue requerido atentamente a redactar sus declaraciones (documento transcrito) por el ribagorzano don Antonio de Sengenís y Ruffac, doctor en ambos derechos, barón del lugar de Viescas del Campo y sus términos, quien le suplicó su deposición jurada con carta de 16 de septiembre del dicho año 1740. Hemos dado con una interesante referencia al apellido «Sangenís», que corrobora la relación entre los ribagorzanos que lo llevaban y los Calasanz señores de Claravalls. No podemos omitirla. Dice así: «Este breve sumario de las cosas de mi señora D.<sup>a</sup> Francisca de Calasanz (de Claravalls), del condado (de Ribagorza) y mías, me ha parecido hacer para que s. m. quede advertido... Digo que el día que usted se partió de aquí (de Benabarre), Francisco de Calasanz ocupó a mi hijo para escribir las cuentas que como tutor ha hecho y en las duras prevenciones que tiene en la casa de mi señora D.<sup>a</sup> Francisca (de Calasanz, esposa de D. Adrián Bayarte) y poner por asiento lo de mi señora D.<sup>a</sup> Vicenta de Ager, que Dios haya en su gloria...

»En ningún tiempo embarace a usted oír de algunos Calasanz, porque en esta villa (Benabarre) ha habido tres diferentes de ellos: la una se casó en Zaragoza y no sé si hay descendencia, y ésta por otro nombre se decía «Fortea»; la otra acaba en Joana Calasanz (a) «Estaladieja», que hoy vive... Estas dos, según dice la tradición, no han tenido ningún pariente con la casa de los Calasanz señores de Claravalls..., de la cual ha salido, entre otros varios, Pedro de Calasanz, que casó con Magdalena Sastre, bastante conocida y principal. Este tuvo una hija sola, casó con Miguel Sangenís Caballero... D. Pedro de Calasanz, hijo de Francisco de Calasanz, está en la Corte bien quisto y en servicio del Cardenal Infante. Conózcale usted que tiene partes, a más de estima amables y además está en Palacio... Los papeles de la Rectoría de Claravalls se dan a mi hijo con esta en los originales de Mariano Abril... Las heredades que se vendieron de la casa de mi señora D.<sup>a</sup> Francisca (de Calasanz, señora de Claravalls) son mucho más de lo que las estimaron». Cfr. *Sucesos y noticias del condado de Ribagorza que escribió Felipe Luis Pierrez, escribano principal del Justicia general de aquel condado, a Adrián Bayarte, secretario del Consejo Supremo de Aragón, escrito en Benabarre, a 13 de agosto de 1622*. Véase JOAQUÍN M. DE MONER, cronista de Ribagorza, *Biblioteca de escritores ribagorzanos*, Zaragoza, 1884, págs. 143-147).

10. D. Antonio de Sangenís y Ruffac, en septiembre de 1740, solicitó los datos calasancios a don Manuel de Motes, plebán de Ortoneda y rector de Claverol, cursándole carta desde el lugar de Casserras, lugar ribagorzano al sueste de Benabarre.

En 1649 informó el talarnés doctor don Diego de Figuerola, familiar del Santo Oficio, residente en Barcelona: «...De la misma casa (de los Calasanz de Benabarre, señores de Claravalls) se cuenta también al doctor Juan Calasanz, que vivió en Benabarre y de él salió Miguel Calasanz, que habitó en el lugar de Caserras en Ribagorza...» (Cfr. *Rassegna di storia e bibliografía scolopica*, XXVI-XXVII, Roma, 1957, págs. 40-41).

El aragonés del lugar de Binaced y canónigo de Lérida, don Miguel Barber, depuso en 1651: «.. (Mi familia) estaba unida con la estirpe calasancia en tercer grado, a saber, por medio de Antonio Calasanz, hidalgo, hijo de un hermano del abuelo del P. José (Calasanz), el cual, por cuanto el mismo P. José me dijo, casó con una gentildama de la casa de Corbera, que era señora de castillos en la tierra de Caserras...» (Cfr. *Biografía crítica de san José de Calasanz*, p. 7).

En 1666, el canónigo de Tremp don Jerónimo Galí, declaraba en Roma que «a Case-

el infrascrito efecto por la Santa y Sagrada Religion de las Escuelas Pias cuyo Fundador es el Venerable Patriarca Pe. Joseph de la Madre de Dios, he solicitado para mi desempeño con el mayor cuidado hacer inquisicion de todo lo que me ha sido posible ademas de las generales noticias que contienen su vida impresa en el año 1726<sup>11</sup> y consisten en que si bien no he encontrado en qué año el Vble. Patriarca entro a ser Pleban y offl. de Tremp por los propios dados pero conjeturo con evidencia que fue en el año 1588 por muerte del Pleban Antonio Berenguer de Castellgerma Pbro. de la villa de la Puebla (Pobla de Segur) quien en dicho año en un cuaderno de los bautizados hallo bautizó a dos el uno a 16 de febrero y el otro a los 20 del mismo habiendo el mismo Pleban Berenguer en el antecedente año 1587 bautizado otros y despues de los citados dias no encuentro que Pleban alguno bautizase sino vicarios hasta que entro a ser Pleban Jaime Segur Presbo. (presbítero) de la Villa de Villamediana (Vilamitjana) el cual en 10 de diciembre de 1591 bautizó a uno como Pleban de que verosimilmente infiero que los vicarios que bautizaban despues del Pleban Berenguer hasta el Pleban Segur eran vicarios del Vble. Patriarca porque hallandose empleado por su Illustma. de Urgel Dn. Andres Capilla con el Offto. (Oficialato) de Tremp y visitas de su obispado no hizo detencion en Orthoneda y Claverol (si solamente de paso y me persuado con evidencia de que segun la correspondencia que ha merecido la casa de Motes era esta su paradero en sus idas y vueltas) y tambien que el Vble. Patriarca se deshizo de su beneficio de Pleban de Orthoneda y Rr. (rector) de Claverol con el Rdo. Jaime Segur de Villamediana segun que la casa de este le correspondia una renta de la cual antes de partirse para Roma el Vble. Patriarca dispuso con auto que muerto el queria sirviese para los pobres de Orthoneda y Claverol y que fuese Pleban y Offl. (oficial) de Tremp no tiene la menor dificultad como parece de una carta escrita por el Vble. Patriarca de su mano y letra propia desde Roma al Pleban

rras vi era un Cavaliero nipote del Venerabile Pre. (José Calasanz), chiamato D. Geronimo Calasanz, il quale haveva havuto lettere da Roma acciò fussero mandate alcune scritture...» (Cfr. *L'Eco dei nostri Centenari*, n. 11-12 Roma, 1948, p. 92).

El P. José Jericó de la Concepción, colaborador del biógrafo calasancio P. Vicente Talenti—durante los años 1740-1753—, investigó no poco cuanto pudiera relacionar genealógicamente a los Calasanz del lugar de Caserras con los Calasanz peraltenses, padres del fundador de las Escuelas Pías. (Cfr. *L'Eco dei nostri Centenari*, n. 11-12, Roma, 1948, págs. 77-78).

11. Poseemos un volumen de esta ya rara vida calasancia. Lleva por título *Vida del Venerable siervo de Christo Padre Joseph de la Madre de Dios, fénix aragonés, por Patriarca y Fundador de la Religión de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.*—Su autor en idioma toscano el Padre Alexo (Armini) de la Concepción.—Traducida al castellano por el Doct. D. Pedro Aquenza, prothomedico general de el Reyno de Cerdeña, etc., etc.—Dedicada al Excelentísimo Señor Marqués de Aytona, etc.—Con licencia: en Madrid, año de M. DCCXXVI.

Breve pero clara alusión a Calasanz y su beneficio eclesiástico en Ortoneda y Claverol, en la precitada biografía de 1726, cfr. págs. 41-42.

que era de Claverol entonces su fecha a los 8 de setiembre de 1617 que fue despues de haber fundado la Religion cuya carta original para en poder del Dr. en ambos Derechos Dn. Felix de Motes <sup>12</sup> dueño de la referida casa de Motes mi hermano mayor (con singular custodia) y lo contenido en dicha carta palabra por palabra es como sigue:

«Cuando yo me parti de Tremp dexe encomendado en el arxivo de los Oficiales un Instrumento publico hecho por Gaspar Mua notario y un libro para que muriendo yo se entregase a VM. en que se ordena que cada año cobren de la casa de Mosen Segur de Vilamitjana 17,10 s. para comprar tanto trigo y repartirlo entre los pobres de Claverol y Orthonedá y porque yo no puedo tener mas dicha renta <sup>13</sup> que cayo a los ocho de setiembre de VM. aviso al dicho Mosen Segur que mi voluntad es que el dicho año y todos los demas sirva dicha renta en provecho de los pobres sobredichos a los cuales procurara se de satisfaccion conforme al Instrumento rogado por dicho notario Mua nro. Sr. les conserve a todos en su santo servicio como se desea de Roma a los 8 de setiembre de 1617. (*Firmado*) Joseppe de la Madre de Dios que fue Pleban de Orthonedá y Claverol y Off. de Tremp» <sup>14</sup>.

12. Las matrículas de estudiantes legistas del Estudi General (Universidad) de Lérida, durante la primera mitad del siglo xvii, son prueba manifiesta de la concurrencia de alumnos de toda la diócesis urgelitana a las aulas ilerdenses: los hubo de Areny, Balaguer, Castellbó, Guisona, Iborra, Pobla de Segur, Puellas, Puigcerdá, Santa Fe, Seo de Urgel, Sort, Talarn, Tremp, Vilamitjana, etc.

Los hijos de los señores De Motes frecuentaron también el Estudi General de Lérida, para doctorarse en ambos derechos. El hecho tiene su demostración histórica, porque el 28 de octubre de 1620 verificó la matrícula *in jure civile, in Universitate Ilerdensi* el joven *Mathies Motes, oriundus villae Populae de Segur. diocesis Urgellensis*. Y en el acto protocolario de la matriculación universitaria actuaron de testigos dos compañeros de Matías Motes: Jaime Areny, del pueblo de Vilamitjana, y Jaime Vidal (probablemente oriundo de Tremp e hijo del notario don Luis Vidal, cuya firma oficial aparece en muchos documentos del oficial eclesiástico de la villa de Tremp (1589-1591), el sacerdote don José Calasanz. (Cfr. ANTONIO HERNÁNDEZ PALMÉS, *Matriculatio legistarum Universitatis Generalis Studii Ilerdensis (1607-1624)*, Lérida, 1950, p. 93).

En marzo de 1629 era vicerrector del general Studi de Lleida, don Francisco Motes. (Cfr. ENRIQUE RIBERA, Pbro., *Figuras del Estudio General de Lérida en el archivo parroquial de San Juan Bautista*, en «Miscelánea de trabajos sobre el Estudio General de Lérida», vol. I (Lérida, 1949), p. 76). El tal vicerrector de la Universidad leridana, en 1629, ¿era de la familia de los nobles De Motes de Pont de Claverol? No nos consta, pero no juzgamos aventurado el admitirlo como muy probable.

13. La imposibilidad de retener Calasanz dicha renta por más tiempo, la motivaba el haber emitido o profesado (1617) «voto de pobreza religiosa»: acaba de fundar, en Roma, la Congregación Paulina de la Madre de Dios, de las Escuelas Pías.

14. Obra en nuestro poder la fotocopia de esta carta calasancia (1617), cursada desde Roma y en poder—con singular custodia—de don Félix de Motes, hermano mayor del plebán de Ortoneda y rector de Claverol, don Manuel de Motes, Pbro. El texto de la referida carta fue publicado en *Epistolario di San Giuseppe Calasanzio*, vol. II, p. 68, n. 16\*.

Para detalles acerca de la Causa Pía, establecida (1591) por san José de Calasanz a

La sobredicha Obra Pia dispuesta por el Vble. Patriarca en la expresada su carta tuvo tal efecto que hasta ahora se ha continuado sin la menor discrepacion su observancia apellidandola en este lugar de Claverol la Causa Pia de Calasanz correspondiendole cada año 18 libras de pension a este mismo lugar en fuerza de dos autos que se firmaron de censal a favor de administradores de la Causa Pia fundada por el muy Rdo. Sr. Joseph Calasanz olim Pleban de Ortoneda la Universidad y singulares personas de Claverol en poder de Isidro Angel Not. de la villa de la Puebla (Pobla de Segur) el uno de principalidad 240 libras en el dia 25 del mes de marzo de 1640 y el otro de precio 240 libras en el dia 25 del mes de marzo año 1649 cuyas copias autenticas paran en mi poder y como a Pleban que soy y en este nombre admr. (administrador) de dicha causa Pia desde el año 1716 he observado el cobrar de este lugar las referidas 18 libras y al tiempo mas misero del año he repartido el trigo correspondiente entre los mas pobres de Ortoneda y Claverol y que el Vble. Patriarca fuese Oficial de Tremp lo justifico tambien con la licencia que se halla con la mayor custodia en el Sagrario de la Iglesia de Ortoneda para la Reserva del Santisimo Sacramento de la Eucaristia de propia letra del Vble. Patriarca cuya licencia es como se sigue palabra por palabra:

*Tenore presentium conceditur licentia reservandi Sanctissimum Eucharistiae Sacramentum in ecclesia parochiali Beatissimae Mariae de Orthonedae justissimis de causis animum nostrum moventibus in cujus rei testimonium presentes manu nostra scriptas concessimus. Datum in dicto loco de Orthoneda die vigesima mensis aprilis anni millesimi quingentesimi nonagesimi primi (1591). Sig. CALASANS Offl. Tremp<sup>15</sup>.*

favor de los pobres de los lugares de Ortoneda y Claverol (asunto primordial de la carta de 1617), cfr. *Ephemerides Calasancianae*, sep.-oct. 1932, págs. 200-204, y junio 1959, págs. 221-222.

En los autores escolapios que han disertado sobre la aludida Causa Pía calasancia no hemos visto mencionado lo que ya en 1906 dijo de la misma el presbítero don Agustín Coy y Cotonat: «...El Montepío a que se refiere el P. Croiset (en su biografía de San José de Calasanz, «Año Cristiano») debe ser el que fundó en Ortoneda, de cuya parroquia era párroco y plebán y de Claverol. En dicha parroquia instituyó una Causa Pía, que redituaba por vía de censales la cantidad de diez y ocho libras catalanas anuales, que debían ser distribuidas entre los más pobres de los dos mencionados pueblos, Claverol y Ortoneda, por los párrocos de Claverol y Pobla de Segur, alternando. Esta fundación consta de un libro parroquial de Ortoneda, a cuyo párroco, Rvdo. Cadirat, debemos esta noticia. La última distribución la hizo el párroco de Pobla de Segur, D. José Ballarín, ecónomo, y ejerciendo igual cargo en Claverol, D. Ignacio Vilanova, en el año 1833, cuyas rentas y distribución fueron aprobadas por el Visitador eclesiástico. Desde dicha fecha ya no hay más memoria de dicha fundación...» (Cfr. *Sort y comarca Noguera-Pallaresa*, págs. 347-350).

15. Ultimo autógrafo de san José de Calasanz, en España. Si redactó otros durante los meses subsiguientes (mayo-septiembre de 1591) - ello es muy verosímil—no se conocen ni la investigación ha conseguido exhumarlos. Recientemente ha venido a nuestras manos un fragmento de pergamino (de 9 de septiembre de 1591), fechado en Tremp, a los trece días de presentar Calasanz la renuncia de sus cargos eclesiásticos: en dicho

Y además de la citada carta escrita por el Vble. Patriarca al Pleban que entonces era de Claverol desde Roma en el predicho año de 1617 que para en la casa de Motes que es la de mis padres en este tiempo he visto también la carta de hermandad que le mereció la dicha casa de mis padres al Vble. Patriarca de su Santa y Sagrada Religión escrita y firmada de su letra propia en Roma a los 30 días del mes de octubre de 1637 que se la remitió el Vble. Patriarca<sup>16</sup> y he visto también en la dicha casa de mis padres una efigie suya de medio cuerpo que se estima y aprecia superlativamente por ser de mano muy diestra y que había visto vivo y muerto en Roma al Vble. Patriarca P. Joseph de la Madre de Dios fundador de las Escuelas Pías y es cuanto por ahora he podido adquirir y en testimonio de verdad hago el presente certificado aunque escrito de mano ajena pero signado y firmado de mano propia en el lugar de Claverol Dioc. de Urgel a los 20 días del mes de octubre de 1740 yo dicho Motes Pleban de Ortoneda y Rector de Claverol y casas del Puente de su término pongo signo»<sup>17</sup>.

pergamino, el obispo de Urgel, fray Andrés Capilla, estampó su firma («A. Eps. Urgellen») y lo mismo hizo el presbítero don Jaime Segu (Segur) del lugar de Vilamitjana, inmediato sucesor de Calasanz en la plebanía de Ortoneda y rectorado de Claverol. En el fragmento de pergamino, atentamente examinado, no hemos hallado referencia alguna a Calasanz.

El texto de la licencia calasanziana para la presencia y adoración del sacramento eucarístico en Ortoneda (20 de abril de 1591) fue divulgado, por vez primera, por AGUSTÍN COX Y COYONAT, Pbro., ob. cit., p. 350. Posteriormente, en *Memorias de un Cronista*, p. 345, y en *Ephemerides Calasanzianae*, sep.-oct. 1932, p. 204.

16. Tenemos en nuestro poder reproducción fotográfica de esta carta de hermandad, que lleva en su centro superior un escudo de las Escuelas Pías y cuyo texto impreso empieza: «JOSEPHUS A MATRE DEI CLERICORUM REGULARIUM PAUPERUM MATRIS DEI SCHOLARUM PIARUM GENERALIS MINISTER VOBIS *domino Franco Mottes* (sic.) *et omnibus domesticis*». (El subrayado es de mano de Calasanz). Sigue el texto impreso de la carta de hermandad. Su fecha: *Datum Romae Anno salutis reparatae 1637 Mense October Die 30* (la palabra *Romae* y el año, mes y día son de puño del santo). De puño y letra de Calasanz su firma rubricada: *Josephus a Matre Dei Minister Generalis*. En el centro inferior de la carta de hermandad se pegó el sello de la orden Escolapia con su anagrama o distintivo mariano.

Muy sugerente el año de esta carta de hermandad que Calasanz mandó a don Francisco Motes y familia: el de 1637. Recordando la carta calasanziana de 1617, lógicamente se infiere que la amistad Calasanz-señores de Motes fué constante desde que Calasanz partió de Tremp y cesó en su plebanía de Ortoneda y rectorado de Claverol (sept. 1591).

17. El verídico, personal y circunstanciado informe del sacerdote don Manuel de Motes concluye dando fe de «una efigie de medio cuerpo» del fundador de las Escuelas Pías, que vio en la casa paterna de Pont de Claverol. Los De Motes tenían en sumo aprecio la efigie calasanziana, por sus características y valor evocativo y, además, por su precedencia, ya que—a lo que se deduce—lo habrían recibido de la Casa Madre de la Orden Escolapia, de Roma (San Pantaleón).

En 1932, advirtió el R. P. L. Picanyol, después de su viaje a Pont de Claverol y restantes lugares calasanzios en la diócesis de Seo de Urgel: «No ha quedado recuerdo de dicha efigie». (Cfr. *Ephemerides Calasanzianae*, mayo-junio 1932, p. 114, nota 1). «La efigie a que se refiere el plebán Manuel de Motes al final de su documento de 1740—nos escribió don Mariano Maluquer de Motes, en carta de 10 de junio de 1960—ha desapa-

## CONCLUSIÓN

Desde el natalicio peraltense hasta el imprevisto adiós postrero en el puerto de Barcelona (1556-1592), las huellas de san José de Calasanz reclaman tarea lenta, reflexiva y crítica que sólo—parécenos—irán consiguiendo trabajos monográficos, nutridos de nuevas aportaciones documentales. El sacerdocio español de Calasanz (1583-1592) presenta magnífica y pluriforme manifestación de matices y actividades, particularmente durante sus servicios—apostólicos y dinámicamente eficaces—a la curia episcopal de Seo de Urgel (1587-1591). Nuestro estudio ha marginado las intervenciones curiales de Calasanz en Seo de Urgel, a las órdenes del cabildo, primero, y, luego, bajo las consignas del gran prelado y cartujo don Andrés Capilla, para monografiar concretamente y con la máxima minucia, los años 1589-1591, y ello en un aspecto que no calificaremos de preterido, pero sí de menos extensamente expuesto en las biografías calasancias.

La villa de Tremp fue para Calasanz el postrer lugar providencial

recido totalmente, así como toda referencia a la misma. Ello no es de extrañar en una casa varias veces saqueada durante los últimos siglos. Pero, en el afán de encontrar alguna referencia a dicho cuadro y teniendo presente que la historia se repite y que las cosas no destruidas en un momento de invasión quedan «desparramadas» por los alrededores, pasé una temporada visitando las casas de campo cercanas a Pont de Claverol, para que me mostrasen las «cosas viejas» que conservaban. En una de dichas casas, llamada Molí de Palau, a un cuarto de hora de la antigua casa de Motes, me enseñaron un fragmento de un óleo que ellos decían ser un retrato de san José de Calasanz. Se trata de una figura con hábito talar negro como el que usan los sacerdotes seculares, pero, por lo demás, ningún detalle ni inscripción puede confirmar que se trata de la efigie de san José de Calasanz, pues ni siquiera se observa la barba que, según sus biografías, llevaba. Sería necesario, además, que algún técnico en pintura y arte dictaminase sobre la antigüedad de la pintura. Artísticamente no creo pueda dictaminarse de mérito alguno... Mucho me sorprendió el aspecto o línea del arco frontal y ojos del personaje del cuadro, y su algo de parecido con el grabado de madera que ilustra la primera página de una biografía anónima de san José de Calasanz, que tengo entre mis libros y que se titula *Compendio histórico de la vida de San José de Calasanz de la Madre de Dios, Fundador de las Escuelas Pías, para uso de las Aulas de Leer, de las Escuelas Pías de Cataluña*. Con licencia. Barcelona. En la imprenta de Brusí y Ferrer».

La atestación de la existencia de la efigie calasancia no deja lugar a duda en la deposición jurada del plebán don Manuel de Motes (1740). La interpretación de lo que pudiera haber acontecido, a juicio del actual y dignísimo descendiente de los señores De Motes—don Mariano Maluquer y de Motes— resulta muy admisible: en aquel hogar de ancestrales y arraigadísimas creencias nunca faltó la capilla doméstica en que debió de presidir (después de 1648) los rezos de la devota familia la efigie calasancia, de medio cuerpo, que se estimaba y apreciaba superlativamente por ser de mano diestra y que había visto vivo y muerto en Roma al venerable patriarca P. Joseph de la Madre de Dios fundador de las Escuelas Pías...»

de experiencias múltiples que, indudablemente, influyeron en su espíritu, presionaron en su ánimo y determinaron ulteriores decisiones en su decurso de vida romana, sacerdotal-pedagógica. Porque Tremp (1589-1591) exigió de Calasanz, en simultaneidad de vivencias y cargos, ejercicio de autoridad eclesiástica entre el clero condiocesano, visión amplia y apreciación tan acuciante como realista del estado religioso de los pueblos canónicamente «visitados» y también desde Tremp Calasanz hubo de aplicarse a la posible, periódica y siempre abnegada dedicación de sí propio a las tareas parroquiales de Ortoneda y Claverol.

La religiosa amistad—mutuamente compartida—en el ejemplarísimo hogar de los señores De Motes, en Pont de Claverol, ofrece la faceta de intimidad, de sentimientos entrañables y de afectuosa correspondencia, que fue doquiera fineza del educado y educador presbítero José Calasanz Gastón, hijo de los infanzones don Pedro Calasanz y doña María Gastón, de la villa de Peralta de la Sal y de la Honor, centro de la baronía de Peralta, bajo el vasallaje y soberanía territorial de los reales señores de Castro y de Peralta.

La palpitación sentimental más selecta y pura—amor a la familia y acercamiento a los excelentes amigos—fulgura en el Calasanz de los años de Tremp, como en lapso alguno de sus años españoles. Tremp marca la cumbre del sacerdocio calasancio en España: una vida levítica vibrante, respetada por el pueblo y enaltecida por la máxima jerarquía de la diócesis. Y en esta fase álgida, juvenil en años y quehaceres evangélicos, place observar y aquilatar, en Calasanz, la hidalguía de sentimientos humanos, los rasgos de sincerísima amistad y los gestos altruistas de modélica caridad para con los más necesitados.

El documento que hemos publicado y comentado con profusión de consideraciones<sup>18</sup> nos ha deparado la oportunidad de presentar a

18. Debemos la copia íntegra y fidelísima de dicho documento a don Mariano Maluquer de Motes, quien lo exhumó del fondo de su archivo familiar, con esta nota biográfica acerca del firmante de la deposición jurada, de 1740: «El autor de dicho certificado, Manuel de Motes, era hijo de Joan B.<sup>a</sup> de Motes y de Jerónima Rey. Nació en la casa de Motes de Pont de Claverol, el mes de abril de 1681, siendo bautizado en la parroquia de Claverol. Murió en Poble de Segur en enero de 1757, siendo enterrado en la sepultura de la capilla de la casa de Motes, de Pont de Claverol». (Carta de don M. Maluquer de Motes, 10 de junio de 1960).

Con relación al documento que contiene las declaraciones firmadas por el plebano don Manuel de Motes (20 oct. 1740), manifestamos que apareció fragmentariamente (y con versión latina), en «Ephemerides Calasactianae», mayo-junio 1932, págs. 113-114, en el erudito y documentado artículo *Memoriae S. Josephi Calasactii in dioecesi urgellensi* (cfr. rev. cit., marzo-abril, mayo-junio y septiembre-octubre de 1932) del R. P. LEONARDO PICANYOL, Sch. P.

Al publicar nosotros la íntegra transcripción del documento calasancio de 1740,

Calasanz amicísimo de los honorables señores De Motes, de Pont de Claverol. Ello acontecía cuando Calasanz, oficial eclesiástico de la villa de Tremp, sabía hallar tiempo y resquicio gratuitos para el solaz de la amistad con personas queridas y para la periódica relación hogareña con sus hermanas, casadas y domiciliadas en Benabarre y en Peralta de la Sal.

El benabarrense Francisco Fuster, atestiguó que:

«...Conoció muy bien al Dr. Joseph Calasanz... por haberle visto y hablado en esta villa de Benabarre algunas veces en ocasión que venía a ella, desde la villa de Tremp, a ver a Juana Calasanz, su hermana, que estaba casada con Pedro Juan Agustín, y posaba en su casa...

«...Oyó decir a Mosén José Agustín, hijo de la dicha Juana y sobrino del Dr. José Calasanz, y a otros sobrinos y deudos suyos, que aquél, desde Roma, les ha escrito muchas cartas, teniendo y nombrándolos por sobrinos y deudos suyos, y que habiendo ido algunos de ellos a Roma los ha recibido con mucho amor... Ha oído decir públicamente en esta villa de Benabarre... que desde Roma el dicho Dr. Calasanz ha escrito, carteado y correspondídose con los (Calasanz), señores de Claravalls, como deudos suyos...»<sup>19</sup>.

Natural de Tremp, pero avecindado en Benabarre, fue Tomás Pallás. Este declaró:

«...Conocí muy bien al Dr. Calasanz, Natural de Peralta y Oficial de la Villa de Tremp, de vista y plática que con él tuve por más de dos años hasta que se fue a Roma y sé y vi que aquel tiempo que le conocí fue y era Oficial de Tremp por D. Andrés Capilla Obispo de Urgel y vi que se hacía mucho caso de él y daba muestras de ser gran persona y también entendí que aquél fue Plebano o Rector de Claverol y Ortoneda. Y en la villa de Benabarre en donde ha cuarenta años que el deponente vive y habita, he oído decir que el Dr. Calasanz..., desde Roma, se ha carteado y correspondido con los sobrinos que tenía y tiene en la villa de Benabarre...»<sup>20</sup>.

nos hemos propuesto doble finalidad: destacar la coyuntura de demanda de datos biográficos que lo motivó (PP. Vicente Talenti y José Jericó) y comentar, con el máximo número de observaciones y notas auxiliares, los aspectos histórico-biográfico-calasanzianos que implica o sugiere tan notable documento.

19. Cfr. *Rassegna di storia e bibliografia scolopica*, XXVI-XXVII, Roma, 1957, págs. 44-45.

20. *Ibidem*, p. 45.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery to the present time. It is divided into three periods: the colonial period, the revolutionary period, and the federal period.

The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The fourth part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The fifth part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The sixth part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The seventh part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

The eighth part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution to the present time. It is divided into three periods: the revolutionary period, the federal period, and the present period.

## RAMON Y CAJAL EN AYERBE

Por MIGUEL DOLÇ

No es de extrañar que el mismo Ramón y Cajal afirmara que carecía de «patria chica bien precisada»<sup>1</sup>. Nace casualmente en la aldea de Petilla, islote navarro enclavado por singular capricho geográfico en la provincia de Zaragoza: azares de la profesión médica habían llevado allí a su padre, «aragonés de pura cepa» (p. 23). No pudo guardar Ramón y Cajal del pueblo nativo recuerdo alguno; sus relaciones con el villorrio humilde, «uno de los más pobres y abandonados del Altoaragón» (p. 30), debían reducirse «solamente a solicitar, recibir y pagar serie inacabable de *fees* de bautismo» (p. 28). Sale de allí a los dos años de su nacimiento. En tierras aragonesas transcurren los primeros años de su infancia: en Larrés, Luna y Valpalmas. Pero sólo cuando en 1860, cumplidos sus ocho años, se traslada su padre a la villa de Ayerbe, «cuya riqueza y población prometíanle mayores prestigios profesionales y más amplio escenario para sus proezas quirúrgicas» (p. 45), puede referirse el genial histólogo a una verdadera patria chica, porque allí pasó el período más crítico y a la vez más plástico de su adolescencia y juventud.

En Ayerbe radica, en efecto, el primitivo *genius loci* de Ramón y Cajal. El sincero y total ayerbismo de Ramón y Cajal se acusa en el

1. S. RAMÓN Y CAJAL, *Mi infancia y juventud*, cap. II, p. 28. Cito regularmente, por razones de comodidad, en este escrito a Ramón y Cajal según la edición de sus *Obras literarias completas*, Madrid, Aguilar, 1950. Dada la frecuencia con que desgloso fragmentos y expresiones de *Mi infancia y juventud*, las citas de esta obra se intercalan en el mismo texto, a fin de no acumular innecesariamente las notas. Otras veces acudiré a ediciones anteriores, ilustradas con notas, que no aparecen en la citada edición de sus *Obras*.

apelativo de «paisanos» que da a los ayerbenses (p. 165). De Ayerbe procede su formación humana, su actitud política, su alma y su inteligencia. Es natural que cite él mismo la opinión de muchos educadores según los cuales todo el porvenir de un hombre está en su infancia (p. 47). En Ayerbe está en germen todo el porvenir de Ramón y Cajal; las estancias, motivadas por los estudios de bachillerato, en Jaca y en Huesca, sólo conseguirán perfilar los pormenores y acusar los rasgos característicos.

La parte más extensa, dinámica y significativa de las memorias contenidas en *Mi infancia y juventud*, primera parte de *Recuerdos de mi vida*, está consagrada a los años transcurridos en Ayerbe. Ayerbe vibra en estas admirables páginas con vida y palpitación de cuerpo vivo, situando al libro, por su amenidad, lenguaje y humanidad, entre las obras más logradas de la picaresca española. En ellas estallan las manifestaciones temperamentales más importantes de su existencia: la independencia de carácter, la energía y poderío de la voluntad, la ambición de ser algo, el desarrollo de sus facultades artísticas, la meditación ante la tragedia y la muerte, la aurora del amor. Las descripciones y los recuerdos de la villa altoaragonesa cobran en su libro de memorias el mayor relieve y la mayor dimensión de su estilo; basta desglosarlos de su obra para obtener, casi sin comentarios, el resultado de la influencia ejercida por Ayerbe sobre Santiago Ramón y Cajal.

### LA VILLA

La descripción de la villa es exacta y minuciosa: «Es Ayerbe villa importante de la provincia de Huesca y famosa por sus vinos en todo el Somontano. Está situada en la carretera de dicha ciudad a Jaca y Panticosa, no lejos de la sierra de Gratal, primera estribación del Pirineo aragonés. Sus pintorescas casas extiéndense al pie de un monte elevado de doble cima, una de las cuales aparece coronada por las ruinas, aún imponentes, de vetusto castillo feudal. En el centro del pueblo, dos grandes y regulares plazas dan amplio espacio a sus mercados y ferias, famosas en toda la comarca. Entre ambas plazas sirve de lindero, al par que de adorno, cierta opulenta mansión señorial que antaño perteneciera a los marqueses de Ayerbe» (p. 45).

Como curioso observador subraya en seguida Ramón y Cajal, procedente de zonas lingüísticas distintas, el «extraño dialecto» ayerbense,

«desconcertante revoltijo de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía *forato* por «agujero», *no pas* por «no», *tiengo y en tiengo* por «tengo» y «tengo de eso», *aivan* por «adelante», *muller* por «mujer», *fierro y ferrero* por «hierro» y «herrero», *chiqué y mocete* por «chico» y «mocito», *abrios* por «caballerías», *dámene* por «dame de eso», *en ta allá* por «hacia allá», *m'en voy* por «me voy de aquí», y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borradas hoy de mi memoria.

»En boca de los ayerbenses hasta los artículos habían sufrido inverosímiles elipsis, toda vez que *el, la, lo* se habían convertido en *o, a y o*, respectivamente. Diríase que estábamos en Portugal» (p. 46).

El eminente histólogo, preciso es confesarlo, penetrando de golpe en los campos de la lingüística en un tiempo poco preparado para críticas de este género, yerra de medio a medio. El «desconcertante revoltijo de palabras y giros» políglotas sólo existía como tal en su mente. Esta serie de características dialectales, verdaderamente interesante para el filólogo, tiene hoy un simple nombre científico: habla ayerbense. Ramón y Cajal, desconocedor del valor persistente de estos rasgos, la juzgó como una lacra efímera, cuando escribía en una nota refiriéndose a tales voces y locuciones: «Las cito aquí porque esa jerga altoaragonesa ha desaparecido hoy casi del todo, y posee, por tanto, el interés filológico de los dialectos muertos»<sup>2</sup>. El habla ayerbense tan viva es hoy, en esencia, como un siglo atrás. El gran hombre de ciencia no supo—ni podía—interpretar esta autenticidad.

Inclinado Santiago, desde sus tiernos años, a los parajes solitarios y a las excursiones por los alrededores de los pueblos, encuentra en Ayerbe un magnífico escenario; del tránsito de este estado al torbellino de los juegos infantiles y de los ejercicios físicos media, paradójicamente, un leve paso: «En Ayerbe, una vez satisfecha la curiosidad inspirada por sus montañas, por su humilde río, cortado por alto azud y flanqueado por frondosos huertos, y, sobre todo, por su ruinoso y romántico castillo, que desde lo alto del monte parecía contarnos heroicas leyendas y lejanas grandezas, sentí la necesidad de sumergirme en la vida social, tomando parte en los juegos colectivos, en las carreras y luchas de cuadrilla a cuadrilla y en toda clase de maleantes entrenamientos que con los chicos de pueblo suelen solemnizar las horas de asueto» (p. 47).

2. S. RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, 1923<sup>3</sup>, p. 24, n. 1. Las notas de esta edición no figuran en el volumen de sus *Obras*.

### JUEGOS, TRAVESURAS Y DESMANES

Por una gradación casi inapreciable de valores, llegamos así a uno de los aspectos más conocidos y ruidosos de la estancia de Ramón y Cajal en Ayerbe, gracias al cual ha dejado en la villa un rastro, aún no desvaído después de ochenta años, de «niño malo». Contribuyeron sin duda a crear este clima no sólo sus dotes de muchacho revoltoso y travieso, sino las circunstancias especiales en que se formó y creció. Su aparición, a los ocho años—confiesa él mismo—, en la plaza pública de Ayerbe «fue saludada con una rechifla general de los chicos. De las burlas pasaron a las veras. En cuanto se reunían algunos y creían asegurada su impunidad, me insultaban, me golpeaban a puñetazos o me acribillaban a pedradas. ¡Qué bárbaros éramos los chicos de Ayerbe!» (p. 45). En este uso de la primera persona del plural se halla la solución de todo. La inquina obedecía sin duda a una combinación de rusticidad, envidia e ignorancia. Pese a su humilde indumentaria, el hijo del médico, que no gastaba calzones ni alpargatas, ni ceñía con pañuelo su cabeza, pasaba entre «aquellos zafios» por señorito; su lenguaje, relativamente castizo, era considerado por los rapaces de Ayerbe como «insufrible algarabía» (p. 47). Y surgió espontáneamente el remoquete para designar a aquella «criatura díscola, excesivamente misteriosa, retraída y antipática» (p. 35) que fue Santiago durante su niñez: el «forano», el forastero. No será éste su único apodo: pocos años después, al asomar en el Instituto de Huesca, se le gratificará con otros dos: el «italiano» y el «carne de cabra».

Pero el mozalbete no se amilana: no lo hará nunca. Estudia la situación y, poco a poco, triunfa su férrea voluntad. Empieza por acomodarse a aquella «estrafalaria jerigonza», atiborrando su memoria de «vocablos bárbaros y de solecismos atroces» (p. 47) y, una vez amainada la mala voluntad de los compañeros, se da tal maña en asimilar y superar «las bellaquerías, tretas y picardías de los chicos de Ayerbe, que tuve la honra de figurar rápidamente en el «índice de malas compañías» formado por los timoratos padres de familia» (p. 51).

Tratábase primero de diversiones y zalagardas: tomó parte «en los juegos del peón, del tejo, de la *espandiella*, del marro, sin olvidar las carreras, luchas y saltos en competencia, hallando en todos estos deportes la sana alegría asociada a la actividad sobreexcitada de todos nuestros órganos y a la conciencia personal del acrecentamiento de la energía

muscular y de la acuidad sensorial» (p. 48). Pero el cariz de las diversiones tomaba a menudo un tono más peligroso: «Los chicos de Ayerbe no se entregaban solamente a juegos inocentes: el tejo y el marro alternaban con diversiones harto más arriesgadas y pecaminosas. Las pedreas, el merodeo y la rapiña, sin consideración a nada ni a nadie, constituían el estado natural de mis traviesos camaradas. Descalabrarse mutuamente a pedrada limpia, romper faroles y cristales, asaltar huertos y, en la época de la vendimia, hurtar uvas, higos y melocotones: tales eran las ocupaciones favoritas de los zagalones del pueblo, entre los cuales tuve pronto la honra poco envidiable de contarme» (p. 48).

¿A qué atribuir esa tendencia al merodeo a que con tanta frecuencia se entregan los chicos? Ramón y Cajal se plantea seriamente esta cuestión. Quienes tomaban parte en la rebatiña de huertos y viñas tenían precisamente en casa la fruta a canastas. Ramón y Cajal, después de meditar el problema de todos los tiempos, cree hallar la clave principal del enigma en diversos factores conjugados: el ansia de emoción, el espíritu de independencia, la crueldad y la inclinación al dominio. «A semejanza del indio bravo, el niño es todo voluntad. Ejecuta antes que piensa, sin dársele un ardite de las consecuencias. Ante su tiránico querer, ante su absorbente individualismo, afirmado constantemente con actos de pillaje y de vandalismo, las leyes son papeles mojados, y la propiedad mera ficción sostenida por jueces y gobiernos» (p. 49-50).

Solo al principio opuso Santiago algunas resistencias a los juegos brutales y a las hazañas del escalo de huertos. Pero pudo más en él el espíritu de imitación que los consejos de sus padres y los mandamientos del decálogo. Y aunque su nativa caballeridad no transigió jamás en el abuso de la fuerza con el débil y en la agresión injusta y cruel (p. 50), se convirtió a no tardar en jefe de la desmandada pandilla. Con insuperable gracia de estilo y gran acopio de datos se deleita en la narración: «Pronto tuve camaradas entusiásticos, compañeros de glorias y fatigas que emulaban mis flores y habilidades; recuerdo entre ellos a Tolosana, Peña, Fenollo, Sanclemente, Caputillo y otros, a los que vino a juntarse más tarde mi hermano Pedro, dos años más joven que yo. Merced a gimnasia incesante, mis músculos adquirieron vigor, mis articulaciones agilidad y mi vista perspicacia. Brincaba como un saltamontes, trepaba como un mono, corría como un gamo; escalaba una tapia con la viveza de una lagartija, sin sentir jamás el vértigo de las alturas, aun en los aleros de los tejados y en la copa de los nogales, y, en fin, manejaba el palo, la flecha, y sobre todo la honda, con singular tino y maestría.

»Tantas y tan provechosas aptitudes no podían estar ociosas. Mi habilidad en asaltar tapias y en trepar a los árboles dióme pronto triste celebridad. Como el Buscón de Quevedo, cobraba censos, diezmos y primicias sobre habares, huertos, viñas y olivares. Para la cuadrilla capitaneada por mí criábanse los más sabrosos albérchigos, las más almibaradas brevas y los más suculentos melocotones. De nuestras reivindicaciones comunistas, inspiradas en normas de estricta equidad, no se libraban ni el huerto del cura ni el cercado del alcalde. Ambas potestades, la eclesiástica y la civil, nos tenían completamente sin cuidado» (p. 51).

Interesa mucho observar cómo, ya desde niño, aunque se mostrara tan diligente y dispuesto en todo género de travesuras y algaradas, se sintió atraído Santiago singularmente por aquellas en que entraba por algo la mecánica. Los mismos rudimentos de Geografía, Gramática, Cosmografía y Física con que su padre había «despabilado—confiesa—mis turbias entendederas, entraron por algo en mis hazañas de mozalbete. Tengo para mí que dichos conocimientos, tempranamente adquiridos, produjeron cierto hábito de reflexión que me valió sobresalir rápidamente entre los ignorantes pilluelos que me rodeaban, superando a muchos de ellos, así en la maquinación de ardidés, picardías y diabluras, como en el dominio de los juegos y luchas más o menos brutales» (p. 50-51). De aquí que todos los camaradas reconocieran, bajo este aspecto, su superioridad y que su concurso fuera siempre «solicitado por muchos y no para cosa buena» (p. 52).

Si había que armar una cencerrada contra viejo o viuda casados en segundas o terceras nupcias, Santiago hacía flautas y «chifletes», disponía tambores y cencerros; si se preparaba una pedrea en las eras cercanas o camino de la fuente, él cargaba con el delicado cometido de fabricar las hondas, que hacía de cáñamo y de trozos de cordobán o del mismo material de los borcegués, «cuya altura, claro es, disminuía progresivamente»; si se jugaba a guerreros antiguos, a él se acudía para yelmos, corazas, arcos y flechas (p. 52-53). Las flechas no se empleaban exclusivamente en vanos simulacros de guerra antigua; servían también para menesteres más prácticos. «Cazábamos con ellas pájaros y gallinas, sin desdeñar los perros, gatos y conejos, si a tiro se presentaban» (p. 53).

Es lógico que tan arriesgadas empresas cinégeticas le costaran soberbias palizas, persecuciones y disgustos. Como jefe nominal de la cuadrilla, Santiago cargaba siempre con la culpabilidad: «No se mataba perdiz o reclamo en jaula, ni conejo o gallina en corral, cuya responsabilidad no se me imputara, bien en concepto de autor material, bien a

título de fabricante del cuerpo del delito, ora, en fin, como instigador a su comisión» (p. 53). Con todo, debe de haber un fondo de verdad en la confesión de un hombre que de niño tuvo innegables sentimientos de clemencia hacia los animales (p. 37): «A pesar de todo, yo era un infeliz. En mis desmanes ponía más vanagloria y condescendencia que mala voluntad. Y cuando causaba un daño lo deploraba con sincero arrepentimiento. Pero el ansia loca de sobresalir y de templar mi espíritu con fuertes emociones, me obsesionaba. Y pasadas algunas semanas de reposo y contrición, las diabólicas instigaciones de los amigos me hacían volver a las andadas, bien seguro de que los futuros desmanes permanecerían secretos y no causarían la menor desazón a mis padres» (p. 54).

Los desmanes y las fechorías se acentuaron en el verano de 1863, cuando Santiago regresa a Ayerbe después de haber cursado el primer año de bachillerato en el colegio de los escolapios de Jaca. Contaba a la sazón once años. Pronto encontró sosas e infantiles las luchas de honda, de flecha y de boxeo. Y llega la más aparatosa e ingeniosa de sus hazañas bélicas: la fabricación de un cañón. Se sirve para ello de un trozo de viga, remanente de cierta obra de albañilería hecha en su casa; con ayuda de gruesa barrena, a fuerza de trabajo y de paciencia, labra en el eje del tronco un tubo, que alisa después todo lo posible a favor de una especie de sacatrapos envuelto en lija. Para aumentar la resistencia del artefacto, lo refuerza exteriormente con alambre y cuerda embreada; y, a fin de evitar que, al cebar la pólvora, se ensanchase el oído y saliese el tiro por él, lo guarnece mediante un ajustado canuto de hojalata, desprendido de vieja alcuza (p. 87). El ensayo de la pieza de artillería, desde su huerto, sobre la flamante puerta de un vecino cercado, fue coronado por el más lisonjero éxito. Pero costó al improvisado artillero cuatro días de cárcel. Y he aquí que el percance, en vez de hacerle aborrecer las armas de fuego, sobreexcitó su inclinación a la balística. «Se fabricó otro cañón, que disparamos contra una terrera; pero esta vez, cargada el arma hasta la boca, reventó como un barreno, sembrando el aire de astillas» (p. 91).

Santiago, incorregible admirador de la pólvora y curioso por el conocimiento de las ciencias naturales (p. 93), después del fracaso de un tercer cañón, cuya explosión le hirió en un ojo dejándole señal indeleble en el iris, buscó nuevas emociones en cierto escopetón enorme, roñoso, «que debió de ser de chispa, pero desprovisto de portapedernal y, por consiguiente, inútil» (p. 91-92). En tiempos de represión polí-

tica, cuando menudeaban las colectas de armas, servíase de él su padre para las requisas, mientras «tenía encerrada su magnífica escopeta de caza, amén de las municiones» (p. 91 ss.). Tal era el fusil que utilizaron Santiago y su hermano Pedro en excursiones y cacerías. «Púsele una especie de llave de latón, portadora de yesca encendida; arreglé la cazoleta, limpié el cañón y el oído, fabriqué la pólvora necesaria, hice balines y perdigones con trozos de plomo; y, una vez listos todos los preparativos, nos lanzamos al cobro de pájaros, perdices y conejos» (p. 92). Al salir en busca de aventuras, uncidos al pesadísimo escopetón, imaginaban los dos muchachos que la arcaica carabina les daba aspecto terrible. «¡Hermosa candidez de la infancia!—exclama—. Jamás matamos nada, y, sin embargo, habíamos puesto en él las más gratas esperanzas y el más férvido entusiasmo. Verdad es que, en la edad adulta, ocurre casi lo mismo» (p. 92-93).

#### PROGRESOS ESCOLARES

Con los tonos más pálidos, en cambio, describe Ramón y Cajal en sus memorias los progresos escolares realizados durante sus primeros años de estancia en Ayerbe. «Asistía a la escuela—declaraba llanamente—; pero atendía poco y aprendía menos» (p. 60). Con todo, su instrucción elemental era bastante buena gracias a las lecciones de su padre, que le enviaba al aula municipal antes con la mira de sujetarle que con la de que se ilustrara. «Este prudente freno a mi libertad imponíanlo mi carácter díscolo y mi afición a hacer novillos» (p. 60). Sin embargo, pese a todas las precauciones, en cuanto se presentaba la ocasión, «los revoltosos de clase hacíamos pimienta, solemnizándola unas veces con peleas que armábamos en las afueras; otras, explorando y escalando las ruinas del histórico castillo, en donde nos complacíamos en remedar las batallas medievales; en fin, a veces, engolfándonos en la vecina *sarda*, bosque secular de encinas, en donde pasábamos largas horas disparando flechazos a los pájaros y buscando nidos de *picaraza* (garza)» (p. 61).

Las frecuentes zurras paternas le escocían, pero no le escarmentaban. Contrariado en sus gustos, privado del placer de campar por breñas y barrancos, «a fin de ejercitar el lápiz del dibujante, la flecha del guerrero o la red del naturalista» (p. 63), asiste rezongando a la escuela, sin corregirse ni formalizarse. A la sazón están en pleno des-

arrollo sus instintos artísticos. Y «todo se reducía a variar el teatro de nuestras diabluras: los diseños del paisaje se convertían en caricaturas del maestro; las pedreas al aire libre se transformaban en escaramuzas de banco a banco, en las cuales servían de proyectiles papelitos, tronchos, acerolas, garbanzos y judías; y, en fin, a falta de papel de dibujo, servíame de las anchas márgenes del *Fleury*, que se poblaban de garmabainas, fantasías y muñecos, alusivos unos al piadoso texto, otros harto irreverentes y profanos.

»En la escuela, mis caricaturas, que corrían de mano en mano, y mi cháchara irrestañable con los camaradas, indignaban al maestro, que más de una vez recurrió, para intimidarme, a la pena del calabozo, es decir, al clásico cuarto oscuro, habitación casi subterránea plagada de ratones, hacia la que sentían los chicos supersticioso terror y yo miraba como ocasión de esparcimiento, pues me procuraba la calma y recogimiento necesarios para meditar mis travesuras del día siguiente» (p. 63).

Y allí, en la oscuridad de la cárcel escolar, sin más luz que la que se cernía penosamente a través de las grietas de un ventano desvencijado, tuvo el pequeño Santiago la suerte de hacer un «descubrimiento físico estupendo», nuevo para él: la cámara oscura, que siglos antes ya había tenido ¡por verdadero descubridor a Leonardo da Vinci. He aquí la curiosa observación del futuro autor de *La fotografía en colores*<sup>3</sup>, libro extraordinario desde el punto de vista técnico: «El ventanillo cerrado de mi prisión daba a la plaza, bañada en sol y llena de gente. No sabiendo qué hacer, me ocurrió mirar al techo, y advertí con sorpresa que tenue filete de luz proyectaba, cabeza abajo y con sus naturales colores, las personas y caballerías que discurrían por el exterior. Ensanché el agujero y reparé que las figuras se hacían vagas y nebulosas; achiqué la brecha del ventano, sirviéndome de papeles pegados con saliva, y observé, lleno de satisfacción, que, conforme aquélla menguaba, crecía el vigor y detalle de las figuras. Por donde caí en la cuenta de que los rayos luminosos, gracias a su dirección rigurosamente rectilínea, siempre que se les obliga a pasar por angostísimo orificio, pintan la imagen del punto de que provienen. Naturalmente, mi teoría carecía de precisión, ignorante como estaba de los rudimentos de la óptica. En todo caso, aquel sencillo y vulgar experimento dióme altísima idea de la física, que diputé, desde luego, como la ciencia de las maravillas» (p. 63-64).

3. Madrid, 1921.

Por entonces, todavía «muy ajeno a las grandiosas perspectivas que abre al espíritu el estudio de las fuerzas naturales» (p. 64), se propuso Santiago sacar partido de su impensado descubrimiento. Y, montado sobre una silla, entreteníase en calcar sobre papel aquellas vivas y brillantes imágenes, «que parecían consolar, como una caricia, las soledades de mi cárcel». La fotografía seguiría siendo, a lo largo de su vida, el alimento de sus gustos artísticos contrariados (p. 272); en esta extraordinaria afición y competencia hay que ver una «conjunción de su amor a la ciencia y al arte»<sup>4</sup>.

### INSTINTOS ARTÍSTICOS

Llegamos así a considerar una de las facetas características de la infancia de Santiago Ramón y Cajal: su actividad artística y literaria que tanto contribuyó a la popularidad del genial naturalista<sup>5</sup>. En Ayerbe, sobre sus diez años de edad, comenzaron o cobraron gran incremento en él aquellas disposiciones para el dibujo que tanto habían de favorecer al hombre de ciencia en sus descubrimientos futuros. No en vano consideró siempre el instinto artístico como uno de los elementos de la vocación del naturalista. «Sus esquemas—asegura Marañón—superan a los de los investigadores mejor dotados. Son, sin hipérbole, maravillosos»<sup>6</sup>.

Ya desde sus ocho o nueve años, sentía Santiago la «manía irresistible» de «manchar papeles, trazar garambainas en los libros y embadurnar las tapias, puertas y fachadas recién revocadas del pueblo con toda clase de garabatos, escenas guerreras y lances del toreo. Una pared lisa y blanca ejercía sobre mí irresistible fascinación» (p. 54). La oposición de sus padres, que «consideraban la pintura cual distracción nefanda», fuéle beneficiosa porque le obligó desde un principio a ejercitarse en la pintura del natural. «Salíame—dice—al campo y, sentado en un ribazo lindero a la carretera, copiaba carretas, caballos, aldeanos y cuantos accidentes del paisaje me parecían interesantes. De todo ello hacía gran colección, que guardaba como oro en paño» (p. 54-55). En

4. G. MARAÑÓN, *Cajal. Su tiempo y el nuestro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951<sup>3</sup>, p. 74.

5. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72.

6. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72.

algunas ediciones de los *Recuerdos de mi vida*<sup>7</sup>, se reproducen diversos dibujos y acuarelas que se remontan a aquellos días: un labriego de Ayerbe, bebiendo en la taberna; la ermita de la Virgen de Casbas, en Losanglis, cerca de Ayerbe; una gallina con sus polluelos; el castillo de Loarre, que constituía una de sus obsesiones artísticas.

Falto de caja de colores para embadurnar sus diseños, se los proporcionaba raspando la pintura de las paredes o poniendo a remojo el forro, carmesí o azul oscuro, de los librillos de papel de fumar, ya que entonces las cubiertas estaban pintadas con colores solubles. «Recuerdo —precisa— que adquirí rara habilidad en la extracción del color de los papeles pintados, los cuales empleaba también a guisa de pinceles, humedecidos y enrollados en forma de difumino» (p. 55).

A estos gustos artísticos, cada vez más definidos y absorbentes, hay que atribuir en particular el amor a la soledad y el carácter huraño de Santiago. En realidad, explica él mismo, su sistemático arrinconamiento no nacía de aversión al trato social, como demuestran su colaboración y caudillaje en toda clase de juegos y jaranas; nacía de la necesidad de sustraerse, «durante mis ensayos artísticos y fabricaciones clandestinas de instrumentos músicos y guerreros, a la severa vigilancia de las personas mayores» (p. 55). Imperaba en su hogar la concepción utilitaria y un tanto pesimista de la vida, con dos consecuencias inevitables: el sobretrabajo y la economía más austera (p. 56). Sólo el pequeño Santiago reacciona obstinadamente contra un ideal tan mezquino de la vida, que mataba en flor todas sus ilusiones de mozuelo y cortaba bruscamente los arranques de su fantasía. Descontento del mundo que le rodea, se refugia dentro de sí mismo, dando origen a uno de los fenómenos más seductores de su infancia. «En el teatro de mi calenturienta fantasía sustituí los seres vulgares que trabajan y economizan por hombres ideales, sin otra ocupación que la serena contemplación de la verdad y de la belleza. Y traduciendo mis ensueños al papel, teniendo por varita mágica mi lápiz, forjé un mundo a mi antojo, poblado de todas aquellas cosas que alimentaban mis ensueños. Paisajes dantescos, valles amenos y rientes, guerras asoladoras, héroes griegos y romanos, los grandes acontecimientos de la Historia..., todo desfilaba por mi lápiz inquieto, que se detenía poco en las escenas de costumbres, en la copia del natural vulgar y en los tráfigos de la vida común» (p. 57).

7. Por ejemplo, en la citada, láminas VI y VII.

Pocas veces dibujaba soldados modernos, considerando antiartística y cobarde la guerra de nuestros días, a tiro limpio. De los asuntos guerreros pasaba al santoral, con preferencia por los santos de acción; entre éstos, claro es, gozaba de todas sus simpatías el suyo: Santiago apóstol, terror de la morisma. «Complacíame en representarlo tal como lo había contemplado en las estampas, o sea galopando intrépido sobre una parva de cadáveres de moros, la espada sangrienta en la diestra y el escudo en la siniestra. ¡Con qué piadoso esmero iluminaba yo el yelmo con un poco de gutagamba y pasaba una raya azul por la espada, y me detenía en las negras barbas, que me salían largas, borrascosas, cual suponía yo que debían de ser las de los apóstoles!» (p. 58).

Merece la pena, a este propósito, reproducir íntegramente una de las escenas más sabrosas de sus memorias, en la que ha vertido toda la sal satírica y burlona de su frasco picaresco: «Una de las copias del apóstol Santiago, ejecutada en papel e iluminada con ciertos colores que pude añiscar en la iglesia, fue causa de grave disgusto y de que mis aficiones artísticas tuvieran en mi padre, ya de suyo mal avenido con toda clase de inclinaciones estéticas, enemigo declarado. Aburrido ya, sin duda, de quitarme lápices y dibujos, y viendo la ardiente vocación demostrada hacia la pintura, decidió mi progenitor averiguar si aquellos monos tenían algún mérito y prometían para su autor las glorias de un Velázquez o los fracasos de un Orbaneja. Y como no hubiese nadie en el pueblo suficientemente idóneo en achaques de dibujo, recurrió el autor de mis días a cierto revocador y decorador forastero, llegado por aquellos tiempos a Ayerbe, cuyo cabildo le había contratado para enjalbegar y pintar las paredes de la iglesia, averiadas y chamuscadas por reciente incendio.

»Llegados a presencia del aristarco, desplegué tímidamente mi estampa, harto incorrecta; miróla y remiróla el pintor de brocha gorda, y, después de mover significativamente la cabeza y de adoptar actitud magistral y solemne, exclamó:

»—¡Vaya un mamarracho! ¡Ni esto es apóstol, ni la figura tiene proporciones, ni los paños son propios..., ni el chico será jamás un artista...!

»Aterrado quedé ante el categórico veredicto. Osó mi padre replicar:

»—Pero ¿de veras no tiene el chico aptitudes para el arte?

»—Ninguna, amigo mío—contestó, inexorable, el rascaparedes; y, dirigiéndose a mí, añadió—: Venga acá, señor pintamonas, y repare usted en las manazas del apóstol, que parecen muestras de guantero;

en la cortedad del cuerpo, donde las *ocho cabezas* prescritas por los cánones han menguado a siete escasas, y, en fin, fijese en el caballo, que parece arrancado de un tiovivo.

»Aplanado por la emoción, alegué algunas tímidas excusas; pero el cultivador del almagre y del albayalde hablaba *ex cathedra* y me desahució definitivamente. El silencio harto significativo de mi padre dióme a entender que todo estaba perdido. En efecto: la opinión del manchaparedes cayó en mi familia como el dictamen de una Academia de Bellas Artes. Decidióse, por tanto, que yo renunciara a los devaneos del dibujo y me preparara para seguir la carrera médica. En consecuencia, arreció la persecución contra mis pobres lápices, carbones y papeles, y necesité emplear todas las artes del disimulo para ocultarlos y ocultarme cuando, arrastrado por mi pasión favorita, holgábame en la copia de toros, caballos, guerreros y paisajes» (p. 58-60).

Obsérvese en el largo fragmento transcrito la letanía de apelativos con que obsequia al decorador forastero: «aristarco», «pintor de brocha gorda», «rascaparedes», «cultivador del almagre y del albayalde», «manchaparedes».

Así estalló entre Santiago y sus progenitores una guerra sorda entre el deber y el querer. La oposición había de prolongarse aún diez o doce años, y en ella, si no naufragaron del todo sus tendencias artísticas, murieron definitivamente sus aspiraciones. En Jaca debían retoñar vigorosamente sus «delirios artísticos» (p. 71). Odió la gramática latina, en donde no veía sino un chaparrón abrumador de reglas desautorizadas por infinitas excepciones que había que meter en la cabeza, quieras que no, a martillazo limpio, como clavo en pared. Ante la desconsoladora aridez, las divagaciones y ensueños de la fantasía invadieron las hojas del texto, cuyas márgenes se cubrían de vegetaciones parásitas de versos, paisajes, episodios guerreros y regocijadas caricaturas. «Mis textos latinos—Cornelio Nepote, el *Arte poética* de Horacio, etc.—, vencidos en esta batalla, formáronse rápidamente en álbumes, donde mi desbordante imaginación depositaba diariamente sus estrafalarios engendros. Y como las márgenes de los libros resultaban harto angostas para contener holgadamente todas mis alegres *escapadas al ideal*, más de una vez exclamaba: —¡Lástima de Gramática que no sea todo márgenes!» (p. 72).

La presencia de aquella decoración de ingentes montañas que rodean la histórica ciudad de Aragón, situada en uno de los valles más bellos y variados de la cordillera pirenaica, le hizo olvidar el «régimen de terror» a que estaba sometido en el colegio de los escolapios (p. 78). Sus incli-

naciones artísticas, en fin, serían más adelante reconocidas oficialmente en el Instituto de Huesca, donde consiguió en Dibujo la nota de sobresaliente y premio (p. 146), el único que consiguió durante sus cinco años de bachillerato.

### DEVORACIÓN DE NOVELAS

Al final de las vacaciones estivales de 1864, después de cursar el segundo año de bachillerato en Huesca, el azar puso a Santiago Ramón y Cajal en contacto furtivo con una curiosa biblioteca de novelas. En su hogar de Ayerbe no se consentían libros de recreo, como no se consentían pinceles. En sentir de su padre, no debían los jóvenes distraer la imaginación, durante el período educativo, con lecturas frívolas (p. 117-118). Las postrimerías de este verano ayerbense habían de tener decisiva influencia en la orientación de sus futuros gustos literarios y artísticos. El hecho es significativo. A excepción de la calificación extraordinaria obtenida en Dibujo, Ramón y Cajal sólo consiguió durante sus cinco años de bachillerato, por encima de una monotonía de calificaciones bajas, otra nota brillante: la de notable en Retórica y Poética <sup>8</sup>. Parecía adivinarse ya al futuro escritor de magníficas obras literarias, al futuro estilista expresivo, ordenado, diáfano y sobrio, enemigo del «flato» retórico, pese a su innata fruición en la retórica <sup>9</sup>, que tan luminosamente debía señalar un día, en su *Discurso* de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, las condiciones del estilo científico <sup>10</sup>.

Ya a sus doce años había podido leer Santiago, entusiasmado, de un tirón, burlando la celosa vigilancia del jefe de familia, ciertas novelillas románticas que su madre guardaba en el fondo del baúl desde sus tiempos de soltera: *El solitario del monte salvaje*, *La extranjera*, *La calle de Balzac*, *Catalina Howard*, *Genoveva de Brabante* y algunas otras, cuyos solos títulos hacen resucitar hoy todo un mundo fenecido. A hurtadillas de la severidad paterna, se lo consentía su madre (p. 118). Fuera de estas novelas, sus lecturas recreativas habíanse reducido hasta entonces a algunas poesías de Espronceda, de quien era fogoso admirador, a las

8. Archivo del Instituto de Huesca, Expedientes, carpeta 64, letra R.

9. Véase MARAÑÓN, op. cit., págs. 78 y 79.

10. Véase en *Obras literarias completas*, págs. 475 ss., principalmente p. 601.

*Noches lúgubres* de Cadalso y a una colección de romances clásicos e historias de caballería andante, «que por aquellos tiempos vendían a cuatro cuartos los ciegos y los tenderos de estampas, aleluyas y objetos de escritorio» (p. 118). Santiago—según confesión propia—era a la sazón un romántico, ignorante del romanticismo. De pronto, éste iba a desbordar sobre las márgenes tranquilas de su fantasía.

Habíale aconsejado su padre que consagrarse la canícula al estudio y repaso de las asignaturas recién aprobadas<sup>11</sup>. El muchacho, bajo pretexto de que sus asiduas lecturas exigían silencio y recogimiento absolutos, obtuvo permiso para habilitar como cuarto de trabajo el palomar, situado junto al granero, una de cuyas ventanas daba al tejado de una casa vecina. Desde la puerta de su retiro podía avizorar cómodamente a los vigilantes de su conducta. Por refinamiento de cautela, sobre el tejado vecino, junto a una chimenea, fabricó «con tablazón, palitroques y broza una especie de confesionario u hornacina bajo cuyo asiento escondía el contrabando de papel, lápices, colores y novelas» (p. 116). Influidó por Espronceda y Cadalso, cultivó durante aquel verano, de preferencia, el registro lúgubre y melancólico (p. 117).

Y llegó así el fausto descubrimiento. He aquí su mismo relato: «Un día, explorando a la ventura mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé a la ventana de cierto desván perteneciente al vecino confitero y contemplé, ¡oh gratísima sorpresa!, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias, poesías y libros de viajes. Allí se mostraban, tentando mi ardiente curiosidad, el tan celebrado *Conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, de Dumas (padre); *María o la hija de un jornalero*, de E. Sue; *Men Rodríguez de Sanabria*, de Fernández y González; *Los mártires*, *Atala* y *Chactas* y el *René*, de Chateaubriand; *Graziella*, de Lamartine; *Nuestra Señora de París* y *El noventa y tres*, de Víctor Hugo; *Gil Blas de Santillana*, de Lasage; la *Historia de España*, por Mariana; las comedias de Calderón, varios libros y poesías de Quevedo, *Los viajes del capitán Cook*, el *Robinson Crusoe*, el *Quijote* e infinidad de libros de menor cuantía de que no guardo recuerdo puntual. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles» (p. 118-119).

11. Así lo afirma Ramón y Cajal, p. 115, asegurando que no tropezó en junio de 1864 «con las temidas calabazas». Sin embargo, en su expediente citado consta que aprobó «todas» las asignaturas del segundo año—curso 1863-64—en los exámenes extraordinarios.

La emoción le embargó durante algunos minutos. Repuesto de la sorpresa, estudió un plan de explotación del inestimable tesoro, descartando forzosamente del todo las sospechas del dueño y las huellas delatorias de pasos por el desván, lo cual implicaba, por el momento, el respeto de los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo. Tras madura reflexión, decidió dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y coger los libros codiciados de uno en uno, reponiendo cada volumen en el mismo lugar de la anaquelaría. Gracias a tales precauciones, pudo saborear Santiago, libre de sobresaltos, las obras más interesantes de la biblioteca «sin que el bueno del repostero se percatara del abuso y sin que mis padres sorprendieran mis escapadas del palomar» (p. 119).

El entusiasmo y la alegría que le proporcionaban las sabrosísimas lecturas, hicieronle olvidar todos los vulgares menesteres de la vida material. De esta manera peregrina se inició Ramón y Cajal en la «lectura copiosa y desordenada de cuanto en su mano caía»<sup>12</sup>, tónica de su vida entera. No se le borró nunca de la memoria la impresión de estas primeras lecturas; algunas de dichas obras figuran entre los libros que, a sus ochenta años, recomendará para los ancianos<sup>13</sup>. Aunque por medios ilícitos, había trabado conocimiento con las grandes creaciones de la fantasía: «seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, de corazón hipertrófico sacudido por pasiones sobrehumanas. Verdad es que casi todas las novelas devoradas por entonces pertenecían a la escuela romántica, a la sazón en boga, cuyos héroes parecen forjados expresamente para subyugar a la juventud, siempre sedienta de lances extraordinarios y de aventuras maravillosas» (p. 120).

Los libros que le impresionaron más hondamente fueron las amenísimas novelas de peripecias e intrigas de Dumas (padre) y las ultrarrománticas de Víctor Hugo, «que diputé entonces superiores al *Fausto*, al *Gil Blas de Santillana* y hasta—rubor me da confesarlo—al asombroso *Don Quijote*» (p. 120). Solazábase con las épicas aventuras del héroe de Cervantes, pero desagradaba a su incorregible idealismo la filosofía que se desprende de la genial novela. En cambio, compaginábase perfectamente con dicho idealismo el noble orgullo de quien, como *Robinson Crusoe*, «descubre una isla salvaje

12. MARAÑÓN, op. cit., p. 75.

13. RAMÓN Y CAJAL, *El mundo visto a los ochenta años*, parte IV, c. IV (=Obras cit., págs. 454 ss.)

llena de acechanzas y peligros, susceptible de transformarse, gracias a los milagros de la voluntad y del esfuerzo inteligente, en delicioso paraíso» (p. 121).

### AMARGURA DE LA DERROTA POLÍTICA

Otro suceso extraordinario que marca con indeleble huella la adolescencia de Santiago Ramón y Cajal en Ayerbe, tiene carácter político. Pertenece al 1867, durante su cuarto curso de bachillerato, y a los quince años de su vida. En este año acaeció la intentona revolucionaria de Morriones y Pierrad, que tuvo sangriento epílogo en el choque de Linás de Marcuello. «General era—escribe Ramón y Cajal—el descontento contra el Gobierno. El odio a los moderados, a causa de las deportaciones y fusilamientos de liberales, había ganado hasta las aldeas más apartadas. Todo hacía presagiar próxima tormenta, de la cual el citado choque de Linás fue el primer relámpago amenazador» (p. 139-140). La sublevación de los generales fue recibida jubilosamente en Ayerbe. Muchos se aprestaban en las filas rebeldes. Cundió, en fin, la noticia de que las huestes liberales, formadas por carabineros y montañeses del Altoaragón, habían pernoctado en Murillo, La Peña y Riglos, desde cuyos pueblos corriéronse hacia Linás de Marcuello, aldea situada al pie de la vecina sierra de Gratal. En Ayerbe, presa de la intensa emoción, se juzgaba inminente la entrada triunfal de los insurrectos.

De improviso apareció en la plaza Baja la columna del general Manso de Zúñiga, compuesta de algunas fuerzas de infantería y de cincuenta soberbios y vistosos coraceros. El antiguo jefe de la cuadrilla estudiantil quedó prendido por el insólito espectáculo; su descripción es magistral: «No me saciaba de admirar las bruñidas corazas y empenachados yelmos, defensas evocadoras del recio arnés de los antiguos guerreros y de las épicas luchas de la Reconquista. Subyugóme, sobre todo, el admirable golpe de vista ofrecido por los escuadrones en correcta formación. Al moverse los caballos, toda aquella masa de metal bruñido rielaba al sol como el mar rizado por la brisa; de las desnudas espadas brotaban deslumbradores relámpagos, y el polvo alzado por el piafar de los alazanes parecía como dibujar en torno de cada guerrero glorioso nimbo de luz» (p. 140).

Impaciente por combatir, partió el general en dirección a Linás. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyera el lejano y sordo estampido de las descargas, repercutido por las montañas vecinas. Con otros chiquillos, escapóse Santiago al lugar del combate, caminando a campo traviesa. Y desde el vértice de un altozano pudo presenciar «escena lastimosa y conmovedora. Las fuerzas leales replegábanse en aquel instante, con visibles muestras de desaliento, hacia Ayerbe; mientras los insurrectos, que conservaban excelentes posiciones en las casas del pueblo y cercados inmediatos, comenzaban a correrse por el pie de la sierra, desdeñando perseguir al enemigo, acaso por no derramar estérilmente sangre española.

»Escalamos entonces cierto alcor próximo al camino por donde la tropa caminaba. Fue grande nuestra sorpresa al advertir que aquellos coraceros, horas antes gallardos e imponentes, marchaban ahora desordenados y silenciosos, abollados los cascos y sangrientos los uniformes. Algunos, perdido el caballo en la refriega, caminaban a pie, macilentos y tristes. Montados, o más bien sujetos, en caballerías y escoltados por bagajeros y soldados, venían numerosos heridos, cuyos lastimeros ayes, arrancados a cada tropicón del áspero camino, desgarraban el corazón. Y en medio de aquel melancólico desfile surgió, cual trágica aparición, la pálida figura del general Manso de Zúñiga, agonizante o muerto, mantenido a caballo gracias a los piadosos brazos de un ayudante. Profunda impresión sentí al contemplar el uniforme manchado de polvo y sangre, los abatidos y pálidos rostros de la fúnebre comitiva, y, sobre todo, la faz intensamente blanca del infortunado caudillo, horas antes rebosante de energía y altiva resolución» (p. 141-142).

Aquella imagen brutalmente realista de la guerra hizo mella en el ánimo del belicoso adolescente. «En ningún libro había leído que las heridas de fusil fueran tan acerbamente dolorosas, ni que los lisiados exhalaran quejas tan lastimeras» (p. 142). Tocóle a su padre intervenir aquellos días en la diaria curación de los soldados heridos en la refriega y en el cuidado sigiloso de otros pertenecientes a las fuerzas insurrectas, refugiados en diversas aldeas y hasta en lo más fragoso de la sierra de Gratal. La contemplación, al siguiente día, en los campos de Linás, de los infelices que sucumbieron, trajo por vez primera a su espíritu «la terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiada de todas las realidades de la vida» (p. 143). «Gran privilegio de los niños —exclama— es morir sin saber que se mueren». La expresión de calma beatífica del cadáver se le grabó para siempre en el recuerdo y, con ella,

la soberana tragedia que acusa «ese abandono del espíritu y la dócil entrega de nuestros órganos a todas las disolventes injurias de las fuerzas cósmicas» (p. 144).

Náufrago en este turbio oleaje de sentimientos, sorprendió al año siguiente a Ramón y Cajal la revolución de septiembre. «Ayerbe, villa de seiscientos vecinos y conocida en todo el Altoaragón por el liberalismo de sus hijos, no podía permanecer indiferente ante el alzamiento nacional» (p. 165). Cuando llegó la nueva de la batalla de Alcolea, sus paisanos se sublevaron también, proclamando el credo progresista, en una hermosa mañana de otoño. Después de las obligadas muestras de regocijo, cuenta Ramón y Cajal un hecho que, aunque simpatizante con el movimiento liberal y con aquellas patrióticas bullangas, «jamás he podido comprender» (p. 166). En cumplimiento de cierto desdichado bando de la Junta revolucionaria provincial, el comité de Ayerbe «desmontó las hermosas campanas de la iglesia y las redujo a añicos». Aquel acto de «inútil vandalismo» y, en particular, aquella falta de sentido artístico del pueblo le hundieron en sombras de remordimiento. «Los destructores de aquellas campanas, ¿cómo no sintieron que rompían también algo vivo y muy íntimo, que renunciaban a recuerdos queridos, que renegaban de fechas inolvidables?» (p. 167). Y reacciona con toda la fuerza de su mentalidad contra el fraude de las «llamadas libertades modernas» y contra la postura de los «empingorotados y orondos paladines del individualismo», que no llegan a comprender que para el jornalero la palabra libertad es un simple sinónimo de bienestar: todo lo demás, «puros tiquismiquis, cuando no burlas sangrientas» (p. 169-170).

Estos acontecimientos y estos pensamientos troquelaron la mejor parte de su alma. «En los años en que Cajal era joven—comenta Marañón<sup>14</sup>—, España atravesaba la amargura de la derrota; y puede asegurarse que la tribulación del hispanismo del joven médico al presenciar el hundimiento del postrer jirón de nuestro Imperio colonial fue el choque que encendió en su espíritu la noble y quijotesca decisión de reparar, en el campo de la ciencia, una parte del desastre nacional.

»No hay que añadir, porque aún nos parece oír sus graves palabras, que la fecunda reacción partía de un severísimo juicio de la política y de la vida españolas, incluidas las de los siglos más gloriosos de nuestra Historia imperial.»

14. MARAÑÓN, op. cit., págs. 60-61.

## AURORA DEL AMOR

Los recuerdos de la infancia y la mocedad de Ramón y Cajal no podían solamente ilustrarse con relatos de travesuras de chicuelo o de aventuras artísticas, literarias o guerreras; en vano buscaríamos así en ellas el aspecto más sutil y placentero de la adolescencia: lo que él denomina *intermezzo* sentimental o, con frase espiritual pedida en préstamo a De Amicis, la *aurora del amor* (p. 163). Aunque este aspecto sólo ocupa dos páginas en su libro *Mi infancia y juventud*, bien merece cerrar como colofón este simple desglosamiento de sus memorias.

«Frisaba yo—declara—entonces en los dieciséis años y vivía en Ayerbe. Mis hermanas, Paula y Jorja, tenían la costumbre de coser y bordar durante las interminables noches invernales, junto al hogar, en unión de algunas amigas íntimas. Una de las más asiduas a nuestra tertulia casera llamábase María. Tenía catorce abriles, poseía ojos negros, centelleantes, grandes y soñadores, mejillas encendidas, cabello castaño claro, y esas suaves ondulaciones del cuerpo, acaso demasiado acusadas para su edad y prometedoras de espléndida floración de mujer» (p. 163). Fue una progresión insensible desde la curiosidad al afecto. Pronto advirtió Santiago que le eran necesarios su trato y su conversación, que le turbaban sus ausencias; prodigábasele atenciones y servicios; dibujaba para sus bordados letras y adornos; regalábale dulces y estampas; prestábale libros de poesía y novelas sentimentales. Pero el idilio no llegó a cristalizar.

El estado efectivo, consistente en un dulce embeleso, fue consumido por la cortedad y la timidez del mozo. «Pocas veces—anota a este propósito—la aurora del amor se trueca en mediodía sentimental, y menos en pasión satisfecha» (p. 164). La imagen de la hermosa muchacha fue desvaneciéndose de su memoria; habíase hecho demasiado mujer. «Al fin, cierto mocetón del pueblo, menos tímido y reservado que yo, habló a sus padres y se casó con ella. Hoy es madre de muchos hijos y abuela de muchos nietos» (p. 165).

Otra mujer le estaba destinada: una de aquellas niñas de Huesca que, cuando salían del colegio, se escondían al verle, temerosas de alguna furtiva pedrada. Entre las que le cobraron más horror, había «cierta rubita grácil, de grandes ojos verdemar, mejillas y labios de geranio y largas trenzas color de miel. Su tío y padre, a quienes nuestros

diarios alborotos impedían dormir la siesta, habíanle dicho pestes de *Santiago*, el chico del médico de Ayerbe, y la pobrecilla, en cuanto topaba conmigo, echaba a correr despavorida, hasta meterse en su casa de la calle del Hospital» (p. 134).

Años más tarde, Santiago, de vuelta de un paseo por Torrero, en Zaragoza, debía volver a encontrarla, con un rostro sonrosado y primaveral, semejante al de las madonas de Rafael (p. 280). Aquella preciosa niña asustadiza, en la que apenas *Santiago* había reparado en los tiempos de sus travesuras en Huesca, resultó, andando el tiempo, la madre de sus hijos.



# COMENTARIOS

## LOS ULTIMOS DEFENSORES DE CONSTANTINOPLA

**M**AHOMED II El-Fathi sitia a Constantinopla, la bimiliaria capital del Imperio Romano de Oriente. Su defensa, aunque empeñada y heroica, no es todo lo eficaz que necesitaba la Nueva Roma, Bizancio, abandonada a sus escasas fuerzas.

Para la defensa de su enorme perímetro, pues solamente por la parte de tierra tenía 112 torres cuadradas, únicamente había 4.973 bizantinos en situación de poder batirse y unos 2.000 voluntarios genoveses, venecianos, españoles y de otros países, según Frantses, Chirungo y Ducas.

El ejército sitiador ascendía a más de 400.000 hombres, de ellos 95.000 turcos y entre éstos 12.000 jenízaros y shafis, y los demás tropas auxiliares servias, búlgaras, albanesas, moldavas y bosniacas.

Para defender la llave de tres continentes, la gloriosa residencia de los antiguos legisladores del mundo, sólo hubo 7.000 cristianos; en cambio estaban 30.000 en las filas del sultán, prontos a derramar su sangre para derribar la Cruz de Santa Sofía y remplazarla por la media luna... (Arzobispo Leonardo de Chíos, *Acta Archivi Veneti*, XI, 464).

En el puerto, a las quince galeras y muchos barcos menores que ya había al mando del capitán veneciano Antonio Diedo, se agregaron veintiséis galeras más, de las que cinco eran genovesas, cinco de Venecia, tres cretenses, una de Ancona, una española, una francesa y griegas las otras diez; pero a pesar de su excelente defensa, que impidió de momento los desembarcos, no pudieron evitar lo irremediable.

Las principales puertas de las murallas y sus mejores puntos de defensa estaban ocupados por los defensores asistidos con poca y mala artillería.

La historia ha dejado constancia de algunos nombres principales, no de todos los héroes anónimos que tan gloriosamente defendieron y lucharon, aun a costa de sus vidas, por la vieja civilización.

He aquí los nombres de los griegos, italianos y de algunas otras nacionalidades contenidos en la relación que dejó el historiador Giovanni Zabarella y los sitios principales que ocuparon, incompleta, como es natural, pero comprensiva de bastantes jefes, oficiales y combatientes distinguidos, secundados por otros muchos que no registra la relación del cronista veneciano.

En la puerta y palacio principal de Blaquernas estaban:

Miguel Spandugino	Isaakios Sclairos	Andrés Gavalas
Miguel Marulo	Eleuterio Kallerghi	León Gabras
Anastasio Focás	Bartolomé Soligo	Cosme Baylo
Juan Megapanos	Jorge Maurozomes	Juan Marwiza
Antonio Loschi	Borso Guarino	Gregorio Sergiovitch
Francisco Debrohod	Esteban Vadopia	Lázaro Glebinovitch
Voysavo Branilo	Alejandro Gioritch de	Catarino Contarini
Girolamo Minalto (bayle de la colonia veneciana)	Valona Juan Chrysoloras	Lorenzo Genziore

Todos, con sus hombres.

La puerta de Gyrolimnon estaba defendida por:

Juan Burkhard	Federico Hinderbach	Ulrico Reuchlin
Ernesto Hutten	Max Pfinzing	Wilibaldo Tunger
Francisco Pirkheimer	Juan Locher	Martín Brant
Crato Schon	Hans Froben	Franz Hoffmann
Fernando Bebel	Segismund Winpheling	Edmond Zimmemann
Yodoko Nettesheim	Fritz Meissen	Joaquín Tanstteter
Juan Eschenfelder	Augusto Lautensack	Joaquín Liebhard
Haakon Rantzow	Andrés Giula	Esteban Debrecen

Todos, alemanes, húngaros y un danés, con sus hombres.

La puerta de Charsias estaba guardada por 700 hombres al mando del experto capitán de ballesteros Teodoro Karystos. Con él estaban:

Andrónico Láscaris	Porfyrios Theotokis	Jorge Notaras
Constantino Láscaris	Miguel Lagóo	Mnuel Sgouros
Bardas Sclairos	Andrés Milessios	Alejo Glyes
Angel Juan Lomellino	Constantino Tarchaniotas	Juan Briennios
Francisco Filadelfo	Juan Comneno Láscaris	Leontari Bryennios
		Giorgios Cornaro

Y muchos monjes armados.

En los últimos momentos, fueron reforzados con los marineros del almirante bizantino Flantanelas.

La puerta Kalligaria lo estaba por:

Basilio Rhallys	Andrés Cavalas (hijo)	Manuel Comneno
Jorge Melissenos	Kyrillos Sikelianos	Venozzo Gazzoli
Lionel Mantovano	Domenico Teglio	Gentile Bellini
Lucas Barbaro	Aldo Pusculus	Kostis Zozimas
Galvano Larzia	Jacobo Caccio	Euterpios Triantafllis
Asjlepios Kosikós	Gregorio Bogossian	Ticin Jaqueria
Hranisanu Giupanovitch,	El conde Tuartkó Mi-	Mauricio Cattanes
voyvoda de Slamo y	kolawina, príncipe de	Battista Gritti
conde de Primoria en	Bosnia y Servia	
Bosnia Argentina		

Con sus hombres de armas.

La Kerkoportra era defendida por:

Constantino Karoussos	Sofronio Constantinides	Leonardo de Chios
Juan Infesura	José Strinos	Jerónimo Riario
Jorge Protobelissenos	Leónidas Peroules	Panteleimon Kanelos
Alexios Deligiannis	Demetrio Kanellopoulos	Sotero Kalochiri
Enrique Darnley	Pietro Tradonico	Luigi Cibó
Antoniollo Priule	Miguel Marini	Androniko Steno
Jerónimo Cicogna	Jacobo Adorno	Marco Donato
Andreas Gritti	Arsenio Strifnos	Giuseppe Molino

Con sus hombres.

La puerta Charisius o de Adrianoúpolis por los siguientes:

Jorge Frantses (Logotheta)	Stavros Koromilas	Demetrio Kakofingas
Simeón Katsigra	Eugenio Kyriakopoulos	Antonio Erizzo
Alejandro Bistis	Sakelarios Mandalakis	Zacarias Hasse
David Pappalexandros	Nikiforos Stefanides	Demetrio Láscaris
Enrique Telepneff	Herman Massoff	Andrés Obolenski
Anastasio Kuidagul	Grifon Kubenski	Fedor Woronzoff

Con sus arcabuceros.

Las murallas y puerta de Pempton o Roussion lo estaban por:

Mircea Basarab	Fedor Tschirka	Igor Surmin
Vassili Slépujin y su her-	Dimitri Yurgevitch	Yaroslav Shenjaka
mano Iván con 90 ru-	Iván Isakvitz (Possadmik)	Kasimir Boreski
sos de Kiev	Jakim Jacovitch	Jeremías Karpoff
Dimitri Kusmin	Benito Solovieff	Fedor Glimski
Yuri Eliseyrvitch	Román Mihailovitch	Jeremías Schuiski
		Nicolás Yaropkin

Con sus infantes.

La puerta de San Román, la más débil, era defendida por el propio Constantino XII Dragases, que había de ser el último emperador y que dirigía, además, toda la defensa de la ciudad, junto con Giovanni Giustiniani de Longo, bizarro general genovés que allí fue herido de muerte. Les acompañaban 500 hombres de esa nación además de los siguientes capitanes:

Demetrio Cantacuzeno y su sobrino	Raymond Bouchart Leonardo Imperialis	Gauchier de la Bastide- Tyrconelll
Louis Villedieu	Nicéforo Paleólogo	Felipe de Beaujeu
Felipe Longueville	René de Ménoncourt	Louis Noyers
Raoul d'Antignanq	Conde de Falcolquier	Claude Dampierre
Felipe Chepoy	Pierre de Douai	Jean de Valaincourt
Jean de Coucy	Louis de Dureboise	Berthold de Hohemburg
Gaston de Hauteclouque	Guillermo Vignori	Conde de Rodez
Guillermo de Tournay	Louis de Trémolay	Guillermo d'Ivry

Figuraba también el español Francisco Alvarez de Toledo, con sus caballeros voluntarios. Ultimamente fueron todos reforzados con 200 marineros del almirante Antonio Diedo.

Las murallas y puerta del Sigma la ocupaban, además de los caballeros hermanos Paolo, Antonio y Troylo Brocciardi, los siguientes:

Celso Giraldo	Juan Bautista Lázaro	Jakkos Pepinis
Demetrio Orseolo	Leonardo Fornari	Nicolo Valla
Juan Pontano	Josephus Czaplinski	Cristóbal Pirala
Silvestre Sagredo	Reinaldo Cavalcanti	Uberto Espínola
Sebastyan Zierotin	Paolo de Novi	Sitirós Rados
Isnardo Guarco	Zenturione Pietrasenta	Gaspar Palacki
Tomás Campofregoso	Ntinos Loverdos	

Con muchos monjes armados.

La puerta de Pighi o Sylivria se hallaba defendida por:

Mateo Cantacuzeno	Kyryllos Blemmys	Justinianos Anastasso- poulos
Gregorio Paraskevo- poulos	Nikos Goudelis (pre- fecto de la ciudad)	Gerasimos Vlachou
Nikos Geronomachou	Arsenio Drassopoulos	Hipólito Zenos
Juan Mastrakis	Eugenio Spiratos	Athenagoras Vassiliou
Hyakinthos Dárdanas	Demetrio Gounaris	Manuel Zakinthinos
Mihail Dendías	Serbán Mourouzis	Romanos Cantacuzeno
Dinos Bikelas	Kyriakos Mausolos	Janos Takis

Todos con sus contingentes.

En la puerta Myriandron, se hallaban estacionados:

Ivan de Dalmacia	Filipos Kinias	Juan Guillermo Longo
Miguel, Alejo y Niceforo Láscaris Paleólogo	Anatolios Kalymnikós	Teófilo Paleólogo
Martino Canale	Jorge Kodinos	Caterino Contarini
Gregorio y Cristóforos Melissenos	Miguel Rhangabé	Memnios Fakis
Julos Benizi	Eurípides Perillas	Juan Bacopoulos
	Nikíforos Lassos	Joaquín Sfakianakis
	Juan Andrés Láscaris	

Con muchos monjes armados e infantes.

El Xilokerkos y el palacio del Hebdomon lo estaba por:

Jacobo Coco	Stilikon Mángos	Athos Musele
Pedro Zano de Andros	Panteleimon Chaldos	Jerónimo Morosini
Juan Capnoyenis	Michele Malipiero	Francesco Valanere
Marcos Novara	Teodoro Bellianitis	Juan Meseloras
Aristides Kouzis	Domenico Selvio	Jacobo Emiliani
Constantino Amandos	Juan Skalitzanos	Basilio Spiliopoulos
Antonio Petmezas	Arkadios Koutras	Antiochos Mellos
Eugenio Vigos	Romanos Lappas	Silvan Capello
Christos Psarras	Aldo Priuli	Juan Gennadios
Byzas Skardassis	Nikandro Machéras	Gabriel Vourtzis (capitán de lanceros)
Andreas Polydouris	Pandolfo Palestrina	
Jorge Brankovitch		

Acompañados de sus hombres armados.

La puerta Dorada o Aurea, por:

Sokrates Voultsos	Juan Sakellariou	Stilpon Manoudakis
Panos Alivitsatos	Nicolás Caracciolo	Fedele Sant'Angelo
Scipione Zabarella	Andreas Láscaris	Aldo Gradenighi
Sotiris Kotzamanis	Rennos Mpatzakis	Miltiades Bassiakos
Ptolomeo Vassilakis	Martín Radwan	Xigmunt Ziclevicz
Andrea Dolfino	Leonardo Langasco	

Con sus hombres.

Las murallas sitas entre la puerta de Oro y el Ciclobion o Heptapyrgion (Siete Torres) eran objeto de los siguientes capitanes:

Teodoro, Manuel, Miguel y Constantino Láscaris (éste primo del otro Constantino que defendía la puerta de Charsias), que con sus contingentes de artillería defendían el Bracholion.		
Joudas Sclarios	Orsato Giustiniani	Mauricio Cattaneo
Manuel Briennios	Foibammno Splagounias	Domenico Vendramino
Nicolás Mocenigo	Manuel Makrilós	Jorge Manganas
Jerónimo Minotto	Teodoro Chalcocondylas	Cosme Valiere

Isidoros Krekoukias	Manuel Chagaris	Ntinos Napandas
Francesco Cornaro	Juan Zabarella Zeno	Sabas Prodromides
Bardas Frantzes	Teodoro Rhallys	Adamo Patopoulos

Con muchos monjes armados y arqueros, más 200 arcabuceros.

La muralla marítima de la Prepóntide la defendían:

Vincencio Malatesta	Juan Venier	Eufemio Typaldos
Carolo y Jacobo Zeno	Pietro Loredano	Panayiotis Celyfetis
Angel Juan Zacharía (po- destá genovés de Pera)	José Roso de Finale	Alekos Contis
Julio Basso	Bonifacio di Verona	Antonio Cocco
León Ruccelai	Kosmas Pappadouka	Ubertino Pusaulus
Marco Diedo	Anastasio Kontogenis	Gabriela Trevisano
Girolano Morosini	Juan Barboglis	Zacharías Grión
Ascanio Bramante	Blasios Margariotis	Mateo de Metona
Marco Labia	Antonio Filamati	Bautista Quirini
Bartolo Furian	Giorgio Dolfino	Christos Arguris
Giorgio Dorin	Juan Palavicini	Dorotheo Noutzas
Nicolás Bárbaro	Andrea Murisco	Alejandro Chondronikis
	Seleuco Vathys	Nikos Pappamikail
		A. Galina

Les acompañaban muchos monjes armados.

La puerta de San Juan de Stoudion la ocupaban:

Babylos Pappanicolau	Juan Tsoungamos	Nicolás Macri
Alexios Chiri	Pavlos Fiomachos	Eusebio Skaljotas
Constantino Gogos	Marios Zarganis	Manuel Leontarios
Spyro Alostros	Aristides Evangelatos	José Strifnos
Pedro Maridakis	Isaakios Láscaris Ducas	Basilio Sebastopoulos
Julio Sabellico	y sus hijos Isaakios y	Juan Chagios
Eudoro Tombasis	Jorge	Rubén Spylios
Gabriel Michailidis	Temistocles Coyanis	Gregorio Diamantis
Juan Dimitrakou	Jorge Skardi	Lycourgos Diomedis
Archilochos Kyriakou	Terpandro Argyros	Athos Spartakos
Cleon Fostiras	Spyros Samaras	Jorge Karchaklides
Aristóteles Kyrikis	Alcibiades Tomaidis	Juan Kosetis
Ludobikos Pappageorgis	Dolfino Dolfini	

Acompañados de sus hombres de armas, artillería y ballesteros.

La puerta de Psamathia que daba al mar, lo estaba por:

Gerasimos Phokás	Antígono Kalomoiris	Skervos Zervós
Juan Atumanos	Ctesifon Tzumanis	Antonio Kavrakis
Timoteo Negris	Apolonio Koukouzelis	Alejandro Asteriadis
Neopolos Kalomeri (en italiano Napoleón Bo- naparte)	Kostis Zervoudakis	Armodios Theophanidis
	Raphael Demos	Zoilos Galouzis
	Eugenio Mitropoulos	Amadeo d'Acerno

Gaetano Berromeo	Nikos Tzochos	Diakos Barondas
Antonio Koletis	Minos Tavñarios	Lucas Laurangas
Solon Kydoniatis	Stéphanos Levidis	Tomás Zaimis
Petros Peloponisos	Leandro Kkokinós	Juan Louloudias
Sakellarios Maurozakis	Emilios Tzamourtzis	Miguel Rongakos
Raphael Mantzaros	Antonio EsGRECHIO	Theóphilos Karafillis
Eudikios Hadjiapostolos	Ignatios Anticherni	Tadeo Kalavros
Jobos Teodoropoulos	Dimitri Rendi	Bartolomé Katrivanos
Stefanos Rhodios	Gregorio Koutoubali	Lysandro Spanoudis
Argyrios Diamantopoulos	Chrisantos Temeliotis	Jakobos Spathis
Platon Zevelekis	Porphyrios Sakeris	Girolamo Finelli di Cervinara
Tryphon Myribeles	Bardas Psachos	Carlo Pontecurvo
	Ireneo Chorafas	

En las últimas horas, fueron reforzados con hombres del almirante genovés Aloisio Diedo.

El Contoskalion que daba al mar, estaba defendido:

Sóphokles Lappas	Sabas Laskaditis	Nikos Milessios
Juan Liouvas	Nikiphoros Grégoras	Alejandro Boutiras
León Tataris	David de Chaldia	Juan de Trebizonda
Stéphanos Láscaris	Andrés Kallerghi	Eufemio Tsastou
Demetro Eghinitis	Eustratios Kapenanstrakis	Teodoro Roufos
Eutidemo Arbanitopoulos	Juan Oikonomidis	Demetro Mourousis
Simón Kantantzis	Porphyrios Kosti	Eusebio Ponidiris
Alejandro Soutsou	Pedro Petridis	Juan Koutsoplas
Brocopios Frangopoulos	Gregorio Nezeritis	Christos Riadis
Markos Prokopiou	Ireneo Kapsaskis	Joseph Paraspiropulos
Atanasio Koundouros	Alekos Kariotakis	Kostis Zoras
Miguel Pallantios	Simeón Trikidis	Antiochos Lalaouni
Jorge Trikidis		

Les acompañaban el cónsul español don Pedro Julián con sus heroicos catalanes residentes en Constantinopla, entre los cuales la historia recuerda a los que citamos en otro lugar.

Los palacios marítimos del Bucleón o de Hormisdas y Puerto. Allí se encontraban:

Francisco Filelfo	David Skaramangas	Alexios Disbypatos
Juan Troglita	Elías Anagnostopoulos	Charalampios Adamandios
Teodoro y Juan Justiniano (bizantinos)	Juan Melegákis	Jorge Andréopoulos
Charilaos (Charles) Theompomos	Petros Kalapodákis	Sergio Petrovitch
Teodoro Tanagras	Antonios Sinos	Aurelios Mpalanos
Alfred Launet	Joseph Sarris	Aninos Andréades
	Mikail Theofanopoulos	Basilios Arabandinos
	Eugenios Bambetssos	

Kyriakos Kotikas	Juan Andrés Láscaris	Tzani Papamikail
Kostis Romaios	Athos Trikkalinos	Kleon Kladas
Sabas Trachilis	Luis Debarbieux	Anastasios Skoufos
Agapitos Aiginitis	Demetrios Dendrinou	Demetrios Charitakis
Juan Vlachos	Daniel Dimaras	Aristóteles Kouzis
Alejo Boccali	Delios Kabbadias	Kimon Digenis

Les acompañaban varias piezas de artillería, arqueros, ballesteros y culebrineros, servios y bosniacos, que pudieron acudir a tiempo en socorro de la ciudad y de aquellas posiciones tan amenazadas.

Se conocen los nombres de:

Pdero de Ivegla Ohmutchevitch, conde de Tuegl	Olgierd Ursinitch Czartorski	Vuladisavos Bogascinovitch
Bosko y Esteban Garguritch, condes de Dinator y de Novigrad	Esteban Tuartkovitch	Sanko Buseritch, conde de la isla de Oringh
Pablo Deschinovitch	Némagnitch, conde de Bagnaluka y de Florin	Vuladkos Boscina
Raosav de Prilep	Brayko Kotromanovitch, conde de Mertuagna y de Gradaz	Mateo Marnarra
Yako Micolawina Tuartkovitch, conde de Castoria		Brayan Irenitch
		Garolo Milovatz
		Milorad Raichevitch

(Aqui el manuscrito esta muy borroso y faltan bojas).

Defendían el palacio de Manganas:

Stéphanos Lambrinopoulos	Gerásimos Láscaris, su hermano Nicólaos y los dos hijos de éste	Juan Clazomenikós
Nikandro Petropoulos	Andrónikos y Basilio.	Michail Pantechines
Elías Bastounis	Teodoro Marinakis	Arkadios Melas
Marios Kalitsounakis	Juan Anysas	Nikarios Kalfiotis
Epaminondas Skiadas	Niobisos Drakakis	Philipps Stratos
Lisimachos Bouroupoulos	Gabriel Lagomitis	Leónidas Yannusis
Antíochos Minaios	Olympios Bourbousis	Isókrates Pasketsis
Eutichios Kalliklés	Teodoro Sarrigianis	Lukas Glezos
Spiridon Patriarchéas		Germanos Mylonas
		Federico Zucharo

(Falta el resto de esta boja en el manuscrito).

El Philopation se hallaba ocupado por los siguientes capitanes:

Sabas Aridenos	Giankos Lazopoulos	Manuel Boccali
Antonio Tocco	Elías Kassithéras	Ireneo Doxaras
Charalampios Dabatenos	Samuel Nasri	Sirikios Maurogenis
Kleon Kosmidis con su sobrino Jorge	Paramon Drassopoulou	Teodoro Moschopoulos
Nikos Loris	Argyros Doukina	Athos Sotirios
Mikail Plessa	Besilios Logothetopoulos	Eugenio Paspaté
	Christos Mamalis	Loukas Kanakaris

Al mando de sus hombres, muchos monjes armados y 460 chimariotas.

La torre de Manganas y puerta de Santa Bárbara eran defendidas por

Demetrio Nasla	Anastasios Rhinnos	Tasios Lazaropoulos
Manuel Alexandrakis	Daniel Maniakis	Isaakios y Juan Panos
Manuel Chrysohéris	Keroubin Maniatakis	Nikos Mousmoutis
Juan Serafidis	Atanasios Koromilas	Juan Stathianakis
Onofrios Kallerghi		

Acompañados de marineros griegos y genoveses, del almirante Antonio Diedo y los equipos de tres navíos cretenses.

En la torre de San Eugenio, junto al mar, se hallaban:

Christos A. Tsoukatos	Ireneo Gargaretas	Teodoro Chadjidakis
Felipe de Lagonessa	Isaakios Jordanidis	Pericles Roussopoulos
Jorge Triantopoulos	Pedro Cercel	Juan Skamangas
Iulios Kallogeropoulos	Aaron Gennadios	

(*Aquí faltan dos páginas del manuscrito*).

El Neorion o puerto propio de Bizancio:

Georgios Kallitsantsis	Sotiros Mamextzis	Anastasios Koklas
Meletio Machnos	Cosme Bragadini	Rubén Chamodrakas
Gregorio Katsouros	Dimitri Spiliotópoulos	Nikon Giatrakos
Basilios Petrakis	Anastasios Bougas	Kostis Metzelos
Ntinos Spenzouris	Herodotos Nikalopoulos	Eudoxos Stomatopoulos
Eulopo Psarros	Drakon Doanidis	Jason Alachouzou
Herakles Benaki	Eumolo Tipaldos	Panayiotis Chantzi
Eufemio Balopoulos	Anaceon Critobulo	Nikon Kontargyris
Dimitri Pappakostas		

Acompañados de muchos monjes armados, artilleros con cuatro piezas, ballesteros, arqueros y culebrineros.

Pérama, Zeugma y Petrion con sus murallas marítimas del Cuerno de Oro, por los siguientes:

Blasios Zarris	Juan Eustathiou	Alexios Láscaris
Menelaos Kyriazopoulos	Manuel Dafoti	Maurizio Galvayo
Aristides Garefallakis	Christos Pappadopoulos	Moisés Tegopoulos
Domenico Partecipazio	Sergios Kalyniatis	Eugenios Drakoulis
Lykinios Lampadariou	Juan Candiano	Orso Flabanico
Lycurgo Spiropoulos	Aurelios Kalpandis	Anatolio Bacalopoulos
Abdeas Kalopodis	Stavros Paximadopoulos	Socratis Souvazidis
Aristides Kallonás	Dimitri Angelopoulos	Minos Zibeos
Minos Megarinos	Mausolos Tanagrinós	Andrés Papakyritzis
Alexios Tripodakis	Michel Vlastos	Xenophontes Xiros
Diodoros Xanthopoulos	Dionnisos Yannopoulos	Tadeo Yannakis
Skévos Zanna	Anastasios Zervós	

A última hora acudieron muchos monjes armados e incluso sacerdotes, infantes, arcabuceros y los hombres del florentino Jacobo Tedardi.

El Faranrion era ocupado por:

Gabriel Trevisani	Leonardo Nicoli	Antonio Zeni
Benedetto Jaqueria	Marcos Dolfino	Miguel Michele
Battista y Cicolás Gattiusio	Zacarías Griotti	Fabruzzi Cornaro
Teodoro Mancafas	Jerónimo Bragadini	Juan Vatatses
David Branás	Manuel Jagros	Jacobo Pizinghe
Teodoro Gabras	Alejo y Manuel Dukas	Guido Caccio
Ibelin Filanghieri	Luis Carretto	Juan Dovrides
Theólogos Dimitriades	Nicolás Valla	Bartolomé Facio
	Peleo Cristodoulakis	Néstor Mourouchos

(*Aquí están borrosos varios nombres*)

Mateo y Juan Colomboghi, de los cuales el primero marchó después a Chipre y Chios, luego a Italia, Génova, siendo padre de Cristoforos Colombo, y el segundo fue almirante de las escuadras del rey de Francia.

Los 30 hombres de Roma y los 260 de La Maona de Foces y de Chios defendían la puerta Cynegion o de los Cazadores a las órdenes del cardenal Isidoro, obispo de Sabina y legado del Papa, antes metropolitano de Moscú, que casualmente se encontraba en la ciudad. El obispo cayó prisionero y, reducido a la esclavitud, el turco que vino a ser su dueño le dio la libertad mediante un pequeño rescate. De aquellos valientes defensores muy pocos lograron escapar después del asalto.

(*El manuscrito no cita ningún otro nombre por fallar varias hojas*).

La puerta de San Juan Bautista defendida así:

Leandro Grammatopoulos	Tomás Pappanicolí	Cosme Pitti
Jacobo Brunelleschi	Roberto Palumbi	Alberto Rossi
Marcos Landino	Atanasio Lambros	Zenón Fotiadis
Blasios Markopoulos	Marcos Foscarini	Reinaldo d'Este
Leonardo Malipieri	Juan Teodoridis	Numa Costanze
Eusebio Zervós	Alberto Roero	Sócrates Tabaxaris
Juan Tsingalas	Eumolpo Katsimpiri	Diodoro Paraskevas
Constantino Hadjievangelou	Athyras Baboutzikos	Charalampios Toxaras
	Eutichios Apostolópoulos	David Aplakes

(*Legible esta parte del manuscrito*).

La Xiloporta, además de dos piezas de artillería, participaban en su defensa los infantes mandados por los siguientes jefes:

Gabriel Toumene	Juan Pharmakis	Olgied Czartoryski
Manuel el Cretense	Takis Eleutheriades	Pablo Bestouscheff
León Metaxiatis	Román Jurjevitch	Ireneo Tracca
Theodosio Kyriakis	(«okolnitschi»)	Marinos Kalligas
Nikos Pleton	Miguel Sajarin (esta- rosta de Kaneff)	Eugenios Loukitis
Aliosio Promontorio	Silvestre Adasscheff	Manuel Chrysoloras
Evangelos Gasparis		Lorenzo Marsupini

Alcibiades Zacharopoulos	Fedor Kurbsky	Spiro Papamoschos
Jonios Aulonitis	Kenseni Rjumin	Dimitri Englesos
Jacobo Dragatsis	Alejo Theotocopouli	Charalampos Daoulis
Nicolás Philos	Stephanos Logothesis	Alexis Wise
Yorek Tratschewsky (de la «sloboda» Alexan- drowa)	Basilio Lazaropoulus	Basilio Kyparissir
	Francesco Poggio	Juan Kouloukoundi
	Otton Centranigo	Grigori Ustrialoff

Y un nieto del «gossudar» polaco, llamado Puschin.

Aquí terminan las hojas que han quedado del manuscrito que Giovanni Zabarella juntamente con Demetrio Zigomalas y Juan Andrés Láscaris escribieron pocos años después de la conquista de Constantinopla por los turcos, cuyo original conservan los herederos del primero en Venecia.

Los caballeros españoles que acompañaron a don Francisco Alvarez de Toledo en el sitio de la ciudad habían sido reclutados voluntariamente en Nápoles y Catania y llegaron embarcados en los galeones «San Giacinto», «Sant'Antonio di Padova», «I Dodici Apostoli», «Sant'Anna», «Sant Michiel' Archangelo», «Santissima Nuntiata» y «San Salvatore», desembarcando en Constantinopla en marzo de 1453. Se conservan los nombres de casi todos ellos por un manuscrito, inédito, de Scipione Zeni, quien además de sus compatriotas venecianos que acudieron a defender la capital cita a los españoles que por entonces residían en el reino de Nápoles, en aquellos días bajo el dominio español.

Detrás de la lista de venecianos nombra a los siguientes caballeros españoles:

Angel Mateo Fuertes	Diego de Villalba	Antonio Mirón Taramona
Joaquín Cebrián Altemir	Fernando Chaves	Gonzalo de Cobos Senén
Juan de Lezaún	Andrés de Vega	Gaspar Antolín Recio
Bartolomé Urrutia Azara	Achaz Gallur Trapero	Inocencio García Quiñones
Iñigo Meléndez Pascual (Borroso)	Antonio Furtado	Clemente Blasco Hernández
Matías Navasqués Linares	Santiago Lobera Royo	Juan Labrit
Manuel Cruzate Coronado	Juan de la Cueva	Marcelo Cajal Valencia
Emilio López Laguna	Pedro García Navarro	Andrés Mexías
Isidro Anglona Cortés	Joseph Gonsalbo	Enrique Alonso Godoy
Máximo Teruel Pombo	Diego López de Haro	Santiago Gutiérrez Díaz
Lorenzo Azlor de Aragón	Iñigo de Montmayor	Juan Ximénez de Rada
Pedro Ximénez Lascasas	Antonio Zapater	Juan Arias López
Juan Ansorena Murillo	Fernando de Orea	Joseph Alvarado
García Pertusa	Manuel Miranda Palomeque	Vicente de Burgos
Joséph de Villanueva	José Cervuna Solís	
	Ramón P. Ustarroz	
	Fernando Blancas Sanz	

Domingo del Camino	Manuel Villanova Mar- tínez	Sancho Martínez de Ca- nellas
Antonio Zaragoza	Blasco de Azlor Panzano	Ordoño Rodrigo de Lizana
Vicente Lastanosa	Luis Ponce de Tomeras	Martín Lascasas
Alfonso Travesedo	Baltasar Fortuño de Es- tada	Atho de Foces
Rafael Macías	Ramón de Tarroja	Jerónimo Ardid Rey
Miguel Pérez Caballer	Francisco Diego de Ainsa	Pedro Lafuente Latorre
Melchor Fidalgo	Juan López de Vidaura	Diego Gascón Sangrós
Bartholomé de Asso	Antonio Gil de Atrosillo	Enrique Polanco
Antonio Caxal Baha- monte	Blasco de Maza y Arpa	Alonso de Soto
Pedro y Diego de Funes	Guillén Ramón Dapifer	Antonio Ximénez Navarro
Vicente Tena	( <i>Siguen tres líneas borro- sas e ilegibles</i> )	Juan Antonio Díaz de Arce
Juan de Zúñiga	Pedro Enecon	Hernán de Palos
Luis Salzedo	Martín de Ena	Joseph Labaña
José Albero	Adelfonso Navarrete	Juan Montemayor de Cuenca
Ramiro Ripa Suelves	Ximeno Quesada	Valero Arrodén
José Angulo Dormer	Gil Tarín de Lanuza	Angel Ferriz
Melchor España San Juan	( <i>Cortado el papel</i> )	Juan del Arco Vázquez
Luis Jurado Galyán	( <i>Idem</i> )	Guillermo de Quintana
Baltasar de Andrés	Alvaro Fonseca	Arnaldo de Cornillano
Tado Andía Liñán	Domingo Lafiguera	Jerónimo de Urríes
Fortunato Escalona	Berenguer de Bardaxí	Gabriel Zaporta
Joseph Truxillo	Pedro de Aponte	Tomás de Borja Lahuerta
Lamberto Arenas Pelayo	Félix Martín Artal	Lacyr Ximénez Gaitán
Martín Castañón Alguacil	Tomás Ximénez de Ta- lavera	Bartholomé Martín Fe- rrero
Joseph López	Melchor Mora	Falindo López
Francisco Arbués	Juan Galván de Luesia	Joseph Sellán
Pedro Alcántara Gálvez	Juan de la Barca	Palacín de Alagón
Felipe Sánchez	Martín Antolínez	Juan de Momphaon
... Rodríguez de Sada	Francisco Navarro Sán- chez	Lorenzo Abarca de Serué
Fernando Sandoval	Juan Calix Rodríguez	Pelegrín de Castellezuelo
Braulio de Berbegal	Juan Contreras Camargo	Martín Atienza Guzmán
Fortún de Borau	Sebastián Bonant de la Ortiga	Fernando Fortún Aznárez
Sancho Cangas	Alonso Martínez	Galín Ximénez
José García Redón	Miguel Perina de Tauste	Ferrench de Luna
Artal de Azlor	Carlos Fernández de Córdoba	Manuel Ferríz de Lizana
Juan Forment	José Más Martínez	Ruiz Ximénez Cornel
Gabriel Saavedra	Joseph de la Tenda	Rodrigo Pazols
Ramón Molina	Pedro Ordóñez Marco	Tomás García...
Agustín Pellicer	Angel Suárez de Deza	Alvaro Ximénez de Urrea
Faustino Cortés	Martín Reposter	Gil de Guasillo
Joseph Urtubia		Luis de Carvaxal
Alfonso Gavín Tarín		Fermín Latasa
Sancho Ansúrea		Manuel de Inchausti
( <i>Ilegible</i> )		Vicente Molina Estevan
Gonzalo Quintín de Vi- llaescusa		

Pedro Muñoz Albar	Pedro Olit	Angel Font
Juan de Agüero	Enrique Fera	Sancho Marco Albero
Vicente Carionero	Serafín Mir Blequa	Juan de Peralta
Pedro Aranda Mota	Pedro Alonso Genzor	Servando Planas
Jerónimo Andosilla	Sancho Murillo	Andrés Justicia
Antonio Abendaño	Pedro de Bail	Pelayo Sopratiel
Felipe Jaén...	Pedro Vitales	Ernesto Fuertes
Alfonso Escuder	Lope de Juan	Gerardo Casas Pérez
Francisco Gómez Palomino	Alberto de Castellbell	Antonio de la Cruz
Juan de Timoneda	Santiago Urbez	Francisco Laynez
Ramón de Bolea	Martín Carrillo	Ferrán López de Luna
Matheo Dezmero	Geraldo de Yorba	Mariano Martínez
Iñigo Galindo	M. Pérez de Guzmán	Joseph de Garasa
Antonio Melgarejo	Pedro de Luesia	Joseph Couto Langa
Carlos Piérola	Pedro de Bergua	Jerónimo Carrillo Gil
Faustino Herrera Sanz	Sancho de Fantova	Juan Calvo Pintor
Agustín de Gurrea	Ramiro de Luesma	Francisco Aldovera
Pelegrín Baldovín	Joseph Casvas Andrés	Guillén Abad Yáñez
Salvador de Leyva	Santiago Aybar	Antonio Garcerán
Sancho Guevara	Jorge Merino Yanguas	Juan Corral
Sancho Aznárez	Borengo de Ponga	Domingo de Vero
Miguel Cerdito	Fernando de Tudela	Tomé Galinz
Jerónimo Zapata	Fernando Santillán	Pedro Antonio Lizarbe
Manuel Bueno Fernández	Rodrigo Martínez de Luna	Claudio Sorbés
Ramón Briz	Fernando Espinosa	Fernando Suelves
Martín Cabrero	Pedro Blasco de Alagón	Damián Gracián Serrano
Juan Marco de Cariñena	Juan de Moscoso	Sancho Arista
Pedro Adahuesca	Baltasar Sala	Lamberto Ant.º Vidania
Benedicto Villalobos	Raphael Salas Félez	Luis de Yepes
Rodrigo Guerrero	Jerónimo Vallejo	Marcelo Sotomayor
Bartolomé Muñatorres	Luis de Sesa	Pedro Borrueal
Agustín Vellosillo	Joseph Labra	Manuel de las Heras
Senén Alvarez	Mariano Palomeque	Victoriano Figueroa
Martín de Lanuza	Antonio Bernad	(Ilegible)
Ramón de Lezo	Gonzalo Tarín	(Idem)
Luis Cangas	Manuel Pinzón	(Idem)
Jorge Villafañe	Joseph Esnaola	Romualdo Tarín
Tomás Ruiz de Azagra	Jaume Aranda Fort	Félix Xurado
Juan Pastor	Joseph Romeo Castán	Pascual Gordo Camarero
Domingo Talavera	Abdón de Cobos	Gaspar Balderrábanos
Sebastián Aguirre	Fermín Palacios	Antonio Portal Rubio
Miguel Martín de Villanueva	Antón de Morata	Anselmo Quadrado
Joseph Fombuena	Martín de Rufas	Felipe Navarrón
Juan Abarca Santamaría	Tomás Orpi	Alvaro Alquézar
	(Ilegible)	Vicente Olivares
	Antonio San Miguel	Miguel Pérez de Almazán

Ramón de Viota	Miguel Peribáñez	Juan de Prado
Martín Lorenzo Sagasta	Jorge Baldasano	Daniel Merchante
Sancho Ximénez de Aragüés	Juan Melchor de Alegre	Joseph Cabrera
Ramón de Casaldáguila	Nicolás de Hinojosa	( <i>Ilegible</i> )
Juan Aranda de Mxia	Silvestre Albiac	( <i>Idem</i> )
Manuel de Lierta	Alvaro Texada	Raimundo Laiseca
Miguel Beral	Manuel Blequa Vázquez	Felipe Samper
Bernardo Tarazona	Lope de Pentinera	Lupercio Escarai
Alvaro Quirós	Angel Caragoca	Joseph Esquivel
Carlos de Santa Cruz	Ramón Sande Abreu	Ramón Ledesma
Santiago Orozco	Ebruce Díaz de Luco	Sancho Bazona de
Martín Francés	Juan de Muro	Quarte
...Aguilar	Isidoro Cortés	Angel de la Quadra
Carlos Ossorio	Luis Ocampo Ulloa	Tomás Domingo
Lorenzo Huesca	Joseph Thomas	Raphael Santa María
Moisés Crespo Maldonado	Bautista Trovador	Marcial Santomera
Samuel Camacho	Domingo Aznar	Luis de Exea
Sebastián Taboada	Tomás Cornel Padilla	Joseph Castillo
Elías Zurita	Joseph Paredes Baztán	Emilio Blanco
Miguel Solís Almagro	Félix Dast Ossorio	Francisco del Río
Raphael Alda	Melchor de Robres	Bartholomé Perales
Antonio Valencia	Joseph Pardo Julián	Sebastián Erbas
Melchor de Andrés	Pedro Temiño	Antonio Santos Panzano
Luis Andía Xerez	Pasqual Bono	( <i>Borroso</i> )
Diego Sanz de Villacampa	Pablo Cisneros	Luis Tarancón
Guillén Quílez	Froilán de la Escosura	Agustín Alonso Sanz
Jerónimo de Hixar	Gaspar Fuentedueña	Alonso de Villalpando
Sebastián González	Baltasar Pizarro Arco	Melchor Diaus
Miguel Ignacio Redorad	Martín Troncoso Segura	Juan de Oxeda
Guillermo de Serón	Cayetano Oronsuspe	Diego Dieguez
Isidoro Alcalá	Gregorio Niño de Acuña	Andrés Martos
Angel de la Nau	Santiago de Lugo Benítez	Diego Bustamante
Andrés Cervantes	Cristóbal Zafra	Alvaro X. de Pinzón
( <i>Ilegible</i> )	Joseph Xunquera	Vicente Pineda
( <i>Idem</i> )	Antonio Cubero	Andrés Calvo Velilla
( <i>Idem</i> )	Juan Teruel	Miguel Bermúdez
( <i>Idem</i> )	Clemente Castejón	Antonio Cabra San Gil
Martín Liria Bande	Sancho de Ahonés	Luis de Alava
	Antonio L. Albornoz	Baltasar Neyra
	Cancio Cuartero	Guillermo Ayerra
		Cipriano Gavín Espés

Aquí termina la relación de Scipione Zeni, notándose que faltan una o dos páginas de nombres, que aparecen arrancadas del cuaderno de notas. Sobre la problemática autenticidad de esta lista, hablaremos en otra ocasión.

En cuanto a los catalanes que ya residían en Constantinopla y que participaron en su defensa a las órdenes de su cónsul don Pedro Julián (*Petrus Julianus* o Pedro Illán) una incompleta relación se contiene en la crónica que Jaume Boyl dejó escrita sobre los últimos momentos de la ciudad, con el diario de los principales hechos y que a su muerte fue encontrada por su compatriota Ramón Folch Ferragut, en poder de cuyos herederos obra.

Los caballeros que cita residían ya en Gálata y Péra, barrios de la capital, y voluntariamente se aprestaron a defenderla.

Veamos los que menciona y cuyos nombres gloriosos han podido llegar hasta nosotros:

Antolín Farrell	Ramón Dulcet Roig	Berenguer de Peralta
Francisco Borrás	Jaume de Montolíu	Domingo Sas Planes
Jaume Rodonella	Monset	Agustín Cavistani Balter
Jordi Lluria	Antoni Joval Peyronet	Berenguer March Aranyola
Benito Alegret Eixalá	...Girona Falgueres	Juan Rius Requesens
Vicente Bas	Angel Cerdán Esplugas	Manuel Lunell de la Pau
Ramón González de Rodexa	( <i>Faltan siete líneas que están ilegibles</i> )	Jordi Cervelló Planells
Ramón Ferreres	Domingo Canet Ferragut	Damián Jorba de Cardona
Juan de Burrello	Guillén Fort Montagut	Simón Canyellas
Narciso d'Eroles	Bernardo Roger Company	Hugo de Sauch Gil de Gist
Joseph Vicén Catalá	Jesús Romaña Antich	Bernardo Carnifex Fuste
Miguel de Besalú	Pedro Borrell Amich	Jordi Molins Bas
Gerardo Falgueres	Domingo Marsó Gomar	Jerónimo Fonollar
Miguel Miravet Jordá	Joan Niquet Aytona	Tomás Pelegret Bagés
Jaume Boyl	Salvador Rexach Castelló	José Vallés Camprubí
Juan Corvarán	Agustín Roselló Morera	Pablo Alcart Folch
Santiago Coquerol	Domingo Monfort Colomar	Francisco Alsinellas
Antoni Santa Pau	( <i>Borrosos</i> )	Raphael Pons Molins
Pedro Corominas	Jaume Cubella de la Doche	Mathe Alemany Perelada
Pedro Felú	Luis de Ycart Costabella	Agustín Taxaquet Garriga
Joaquín Domenech	Luis Morrano Paternoy	Hugneto dez Millá
Nicolás Gelavert	Pedro Descatllar Ventalló	Juan Roqua Pallarés
Ramón Sayol	Jordi Bach de Portalet	Juan Quartenet Lanax
Francisco Pons García	Ramón Fivaller Peyxó	Roger de Montgrí Armentera
Gabriel Catalá Alemany	Dionis Torrell Planella	Miguel San Morí Muntaner
Pere Ibáñez	Bernat Torrala Sapilla	Tristán Call Spilles
( <i>Borroso</i> )	Guerau Doms Porras	Galcerán Bach Marquet
Pedro de la Saga Guarro	Juan Luis de Sora Valbona	Ramón Somsó Vilasar
Ramón Sempere Lluch	Bertrán de Castellet Oriol	Adzny Caplana Perot
Jaume de Vich Pujal	Enrique Esteller Toarzo	Maynar de Unguet Polano
Baltasar Almenara Bofarull		Ramón de Puxalt Guiffre
Blas Vilanova Tallander		

Jaume Borrull Maciá	Raolf Burgut	Cugat Gilbert Meneses
Melchor Ballester	Giraldo Mur Andreu	Antoni de Molins
José Cervelló	Antoni Montblanch	Berenguer Forriols
Pedro Vidrier	Pedro Exoquin	Reyner Scriva Espriu
Melchor Bellabre	Mateo Subirá Veciana	Jaume Perpinya Marés
Felipe Dalmau Sans	Ramón Cervera Nicol	Joseph Boch de Mon
Pedro Fabregues	Luis de Montcada	Juan Taornea Puig
Vicente Grau Palau	Jaume Casademunt	Esteban Fullá Cargol
Jerónimo Fabra	Ramón de Rocabert	Guillén de Rocafort
Joan Enecones	Jordi Benlloch	Bernat Juliá Miquelet
Jordi Clyment	Dimas de Requesens	

Aquí termina la relación manuscrita que contiene la crónica de Jaume Boyl, de la que hemos tomado estos datos interesantes.

En ésta ni en las anteriores no se hace sino mencionar los nombres de los que defendieron el último baluarte de Bizancio, sin detallar cuáles eran sus cargos ni mandos, debiendo señalar que algunos de los citados eran religiosos al cuidado de los combatientes, y algunos «físicos» o médicos, enfermeros, etc. Además de los lugares o puestos de defensa enumerados—que sólo eran los más importantes de la periferia—se habían distribuido fuerzas a otros sitios estratégicos o de alto valor, aunque después fueron acudiendo a los sitios más peligrosos o amenazados <sup>1</sup>.

La puerta de Contoscalion, por el lado de la Odigitriase, encomendó a 300 bizantinos al mando de Teodoro Mankaphas, Paramon Agenoridis, Euklides Apóstolos, Antenor Dakios, Olympiodoro Pirrhon, Theofrasto Philolaos y Juan Prodomos. En vista del gran peligro en que estaba de ser ocupada por el Assab turco Kustar-Bey, fue reforzada con marineros de las naves venecianas y españoles. La historia no conoce los nombres de esos marineros, que sin duda estarían en los registros de los buques de esa nación. Pero en Patras se conservaba por Jorge Xícola una extensa carta del adelantado Bartholomé Frías, en la que hace mención de alguno de esos caballeros catalanes, aragoneses y castellanos, que allí estuvieron durante los asedios, apostados primero en el puerto de Manganas y que en los momentos supremos del asalto final acudieron a las Siete Torres y luego sucesivamente fueron replegándose hasta el Cuerno de Oro defendiendo palmo a palmo el terreno al invasor hasta que, muerto el basileus Constantino y entrados los turcos triunfantes, sucumbieron casi todos ellos gloriosamente.

He aquí los que cita Bartholomé Frías:

Gaspar de Ariño Quadrado	Pedro Luzón Passamonte	Martín de Heredia de la Costa
Miguel Armendáriz de lasa	Betrián Espital Escolano	Francisco Pardo del Río
	Antolín Gil Gaviria	

Francisco de Expeleta y Capdevilla	Ramón y su hermano Troilos Despés	Gil Fernández Dávila
Gil Sánchez Andosila	Cugat Xelsa de Loaisa	Diego de Valera Domínguez
Francisco Truxillo López	Luis de Salamanca	Ioste de Borja del Cerro
Joseph Ossau Pellicer	Jordi Garrigues Guimerá	Juan Castilla Ruiz-Días
Diego Xuárez de Molina	Fernando de Loazes	Jayme Bleda Garibay
Manuel Severín de Faria	Rodrigo Caro Ayala	Roque de Eixalá Roca
Juan Hurtado de Mendosa Carranza	F. Henríquez de Joval	Gaspar Miguel de la Cueva
Martín de Marcuello	F. Xavier Roche de Villegas	Juan Paez de Castro
Prudencio de Sandoval	Francisco Pinel Monroy	Juan Ginés de Sepúlveda
Rodrigo Zapata	Antonio Barba Morales	Baltasar Porreño Obregón
Juan Vargas y Erasso	Francisco Gómez de Pomar	Jaime Forner Sans
Miguel de Cercito Lasala	Juan Arias Almenara	Miguel Samper Typacio
Diego García de Pagán	Francisco Lasso de la Vega	Vicente Covarrubias
Isidoro Pérez de Nuevos (Borrosos)	Tomás Aguilón Dantisco	Luis de Torres Gracián
Alonso García de Matamoros	Anselmo Matelín Oliván	Juan de Llano Valdés
Melchor de Ariño	Miguel de Torrellas	Hugo de Urrés Sáenz
Pedro Quintana Escabias	Martín Cavaller Resende	Sancho de Entrala
Antonio Zárate de Peñaranda	Juan de Coloma Suils	Martín de Velasco
Eugenio Benavides	Alonso de Soria Alcocer	Cristóbal Calvete del Pino
Ramiro Monterde Peña	Francisco de Bobadilla Liévana	Joseph Aguilera Verzosa
Francisco Quinto la Ripa	Bernardo Fortón Ariza	Antonio Vera Busto
Pedro Figueroa Estrella	Domingo Agustín Zapater	Domingo Barberán Roxas
Andrés de Mármol Perroche	Bautista Ballester	Juan Regla Alcalá
		Juan Ram de Montoro
		Sadurní Eixerica
		Juan de Miravalles Pallás
		Francisco Calcerán de Pinós

La torre de Anemandra y la de Kylos estaba al cuidado de Esteban Eufremides, Atanasio Lachanas, Eugenios Chrysaphis y muchos monjes armados con otras gentes de armas.

Las torres de Kalligaria estaban ocupadas por el ingeniero alemán Hans Grant, Andrónikos y Dimitrios Láscaris, Juan Stamatiades, Themístoklas Koronis, Basilio Zervós, Stylianos Andreadis, Andrés Bairas, Charilos Andréopolos, Sirikios Kontopirakis, Eugenio Papagos, Stavros Triantafilis, Juan O. Papoulas, Nikólaos Potamianós, Gregorio Marulos y Jacobo Contarini, con una corta fuerza de compatriotas venecianos.

En la acrópolis se situó el desgraciado pretendiente al trono otomano Orkhan Effendi, con un pequeño número de turcos partidarios suyos y fuerzas bizantinas al mando de Spyridon Vardakostas, Georgios Panos, Basilio Tarsoulis, Romano Koutoumites, Irdanis Charkopoulos, Nikandro Kapetanakis, Dionissios Pantazodikós, Alejandro Mania-

takis y otros de los que no se conserva memoria. Todos ellos murieron combatiendo desesperadamente y Orkhan fue muerto después de haber sido cogido prisionero.

Todas las posiciones desde la acrópolis hasta el Kynegion, a lo largo del Chrysokeras o Cuerno de Oro, estaban a cargo del gran almirante de la flota griega Lucas Notaras, asesinado más tarde por el sultán con sus hijos varones. Bajo su mando estaban los infantes y artilleros y éstos al de Stephanos Adamantides, Elías Gamninos, Gregorio Sarafetinides, Dionisio Sighannos, Timoleón Papayoannou, Paramon Synneokas, Evangelos Kyriassis, Alexios Deligiannis, Apostolos Kolyban, Constantino Karakassoupoulos, Panayiotis Manrepis, Manuel Asymonitis, Atanasio Chairopoulos, Christos Georgalas, Alkibiades Kapetanstratakis, Panayiotis Maroungas, Andreas Smylas, Nikólaos Kokkinakis, Demetrios Xilas, Antonio Mourellos, Blasios Eleftheriades, Nikos Phostira, Teodoro Baltatsis y otros, con arbaleteros, arcabuceros, culebrineros e infantes y monjes armados.

Así estaba confiada la defensa del último trozo del Imperio Romano de Oriente. La lucha era continua y larga, hasta que llegó el día fatal: el 29 de mayo.

Antes del alba, el autokrátor Constantino fue a Santa Sofía para orar ante la Virgen. La imagen de Nuestra Señora lloraba. Apareció —dice la leyenda— un ángel e inclinándose ante ella, le dijo: «No lloréis, Señora, ni vosotras, imágenes vuestras; después de los tiempos y años, todo lo recuperaréis». Afectadísimo el basileus por aquella aparición, confesó y comulgó con el patriarca Gregorio II y se dispuso a morir entre las ruinas del Imperio.

Desde la una de la madrugada los turcos lanzan contra la desgraciada y casi inerme capital tres oleadas de 50.000 hombres cada una.

Como una tromba cae la primera; dos mil escalas son aplicadas a los muros y escarpes siendo rechazados enérgicamente. Otros tantos hombres acuden luego en su socorro, pero tampoco consiguen nada. Los bizantinos y sus auxiliares se baten como leones cayendo la mayor parte. En vista del poco éxito, el sultán ordenó un nuevo y más terrible asalto empleando sus mejores tropas, los jenizaros y schafis, la flor de su ejército, y su poderosa artillería, entonces la mejor del mundo, y así desmantela y debela las murallas. Sus sesenta cañones truenan trágicamente así como las culebrinas y arcabuces, después de haber estallado el famoso cañón gigante construido por el ingeniero húngaro, el traidor Orban. El fuego griego es impotente para responder y los sitiados tienen que sucumbir ante un enemigo enormemente superior que materialmente se les echaba encima.

La lucha es larga, feroz y sin cuartel. Los defensores venden muy caras sus vidas sembrando la muerte a su alrededor haciendo unos huecos impresionantes en las filas de los que les atacan.

En aquellas horas supremas de angustia y respondiendo a los gritos y músicas de los infieles producidas por millares de tambores, timbales, nacaires, zurnes y caramillos, todas las infinitas campanas de la ciudad tocan desesperadamente a rebato. Oleadas de asaltantes se suceden sin cesar.

Al fin, aprovechando que por un descuido inconcebible había quedado abierta la puerta de Xilocerco, entran por ella los primeros asaltantes que se apresuran a abrir la de san Román por donde penetran grandes masas de enemigos.

Los turcos entran triunfantes dando alaridós de salvaje alegría. El emperador es herido por un assab en el rostro. Su caballo árabe cae cubierto de heridas, y él, a pie, lucha desesperadamente, derribándolo de un golpe de su espada ya que la lanza que llevaba en las manos había caído al suelo, pero en el mismo instante también cae herido de muerte al recibir las heridas de la multitud de turcos que le rodearon. La gloria le acoge. Su cabeza es colgada en lo alto de una lanza.

Don Francisco Alvarez de Toledo y sus más de trescientos caballeros españoles así como el cónsul don Pedro Julián y sus valientes catalanes, luchan con la mayor bravura, pero casi todos ellos caen muertos a lanzazos y a golpes de cimitarra entrando igualmente, como los demás defensores de los últimos restos del gran Imperio, en la inmortalidad.

También las mujeres bizantinas ofrecen rasgos de valor inaudito ayudando a los hombres, llevándoles víveres, armas, marmitas con el fuego griego y proyectiles de toda clase, recogiendo y curando heridos, apartando a los muertos y arrojando vasijas con materias inflamables, piedras, mandrones y hasta muebles y cuantos objetos encontraban a su alcance contra los atacantes, tanto en las mismas murallas como desde las azoteas de las casas y palacios y desde las torres de la ciudad y de las iglesias. Fue una épica defensa pocas veces igualada. Los cronicos de la época citan muchos casos de una valentía extraordinaria y un asombroso desprecio de la muerte, como el de una joven griega llamada Elena, hija del prefecto de la ciudad, Goudelis, que se mezclaba impávida entre los combatientes provista de una gran clava con la que hacía destrozos impresionantes en los turcos para impedirles su avance por la Chalcé. Murió acosada a flechazos y golpes de cimitarra y su nombre ha pasado a la inmortalidad junto con los de las antiguas heroínas espartanas. Y este ejemplo no fue único.

El patriarca Gregorio II, el prelado jefe del clero o protojerarca, los altos dignatarios con sus báculos y ornamentos e insignias, los sacerdotes y monjes todos, cantan plegarias, animan a los valientes y confortan a los moribundos aspergiéndolos con agua bendita.

Las mujeres y los niños lloran, se dan golpes de pecho y gritan desesperadamente llenos de terror refugiados en las iglesias; los hombres luchan y mueren. Un clamor inmenso se eleva desde la ciudad al cielo pidiendo a Cristo-Basileus y a la Panagia Odigitria el milagro de su salvación.

Es la agonía del Imperio que había de hundirse en un mar de sangre y de nefandos horrores. Ocho horas solamente pudo durar aquel cruento sacrificio.

Bizancio cae en poder de los turcos el 29 de mayo de 1453, festividad de santa Teodosia, fecha fatídica en los anales del cristianismo y de Europa que más tarde se verá invadida y en peligro de morir también por la incomprensión del Occidente. En ella termina una edad y comienza otra. Entre los grandes acontecimientos que registra la Historia sólo admite comparación con este cuadro la conquista de Jerusalén por Flavio Tito.

Entre tanto como se ha escrito sobre este famoso sitio merece especial atención la descripción que hizo el gran escritor servio Chedomil Mijatovitch, para no mencionar las fuentes griegas que pudieran parecer interesadas, pero que reflejan exactamente los hechos y describen minuciosamente este suceso histórico de tanta transcendencia para la Humanidad. Más de sesenta mil entre nobles, ricos, pobres, doncellas, matronas, monjes, sacerdotes y niños son llevados a los bajeles turcos, vendidos luego como esclavos y abandonados a la brutalidad de los sanguinarios vencedores. Durante el saqueo de la ciudad que duró muchos días, los asaltantes no dejaron nada de valor, ni que significase cultura o arte y religión.

Bajo la inmensa cúpula de Santa Sofía aún resuenan los gemidos de los cristianos que se reunieron por última vez para las supremas oraciones «confesándose los unos con los otros» y comulgando. Esta agonía de un tan viejo y célebre Imperio, en esa iglesia magnífica que es de tan gran belleza que la nación helénica puede estar eternamente orgullosa de ella, estos últimos cantos piadosos de súplica y de confianza entonados por hombres a los que el alba próxima había de traer la muerte, resonarán hasta la eternidad en toda alma griega.

Muchas obras maestras del espíritu humano se perdieron irreparablemente. Infinito número de libros maravillosos fueron quemados, pisoteados o destruidos, y los otros se vendieron al peso. Una inmensa cantidad de obras, apiladas en carretas, fueron dispersas por Oriente y

Occidente. Por una pieza de oro se daban docenas de libros de Aristóteles y Platón, tratados religiosos y reliquias del viejo saber. Arrancóse de los Evangelios ricamente ornados sus partes de plata y oro, sus perlas y piedras de las tapas, y los Evangelios en sí, fueron quemados o malbaratados. Se prendió fuego a todas las santas imágenes y los turcos cocinaron sus guisos en esas hogueras.

Doucas deplora así el desastre: «¡Oh, ciudad, ciudad, cabeza de todas las ciudades! ¡Oh, ciudad, ciudad, centro de las tres partes del mundo. ¡Oh, ciudad, ciudad, segundo paraíso puesto en Occidente, rica en plantas de toda especie que se curvan bajo el peso de los frutos espirituales! ¡Oh, ciudad, ciudad, orgullo de los cristianos y espanto de los bárbaros! ¿Dónde está tu belleza, paraíso? ¿Dónde la fuerza bienhechora del espíritu y la carne, de tus gracias espirituales? ¿Dónde los cuerpos de los apóstoles de mi Señor? ¿Dónde las reliquias de los santos, dónde las reliquias de los mártires? ¿Dónde las reliquias del gran Constantino y de los otros emperadores?»

Un cronista georgiano, Gregorio Agagianian, observa: «Desde el día que los turcos tomaron Constantinopla, el sol se cubrió de tinieblas». Y Mohamed II es llamado «precursor del Anticristo y segundo Senaquerib». El emperador de Occidente Federico III considera la caída de Constantinopla «una desgracia común para toda la fe cristiana» y escribe que era «un verdadero hogar de las artes y las letras».

El cardenal Jorge de Trebizonda, conocido por el nombre de Bessarion, lamentando en una de sus célebres cartas la toma de la ciudad, la llama «escuela de las mejores artes». Pío II la considera como «una segunda muerte de Homero y Platon». Aun hoy día los turcos la llaman «Dersaadet», o sea Villa de la Felicidad.

Y este acontecimiento entra ya en la leyenda popular del gran pueblo griego. Así se refleja en este canto no exento de esperanza: «Tomaron la ciudad, tomáronla; tomaron a Tesalónica, a Nicea, a Trebizonda; tomaron también a Santa Sofía, el gran monasterio que tenía trescientas campanillas y sesenta y dos campanas, cada campana un sacerdote, cada sacerdote un diácono. En el punto que se muestra el Sacramento y el Rey del mundo, les vino una voz del cielo, de la boca de los ángeles: Dejad esa salmodia, colocad en tierra el Santísimo y mandad decir a los francos que vengan a salvarlo; que tomen la Cruz de oro, y el Santo Evangelio, y la Sagrada Mesa, para evitar que sea violada. Cuando la Virgen le oyó, lloraron sus imágenes. Tranquilizaos, Señora, no lloréis: de nuevo con el transcurso de los años estas cosas volverán a ser vuestras». (Smirnaki).

Y añade la leyenda popular que Constantinopla volverá a ser reconquistada y nadará en sangre un «agamalí».

Unida a éstas existe la bellísima leyenda contada hasta hoy en todos los hogares helenos, que cuando los turcos entraron en Constantinopla por la puerta de San Román, en Palacio unos cocineros se hallaban tranquilamente confeccionando unos platos de pescado y al preguntar una mujer si los otomanos conseguirían entrar en la ciudad, un doméstico le contestó riéndose que era tan difícil lo hiciesen que creía sólo lo conseguirían cuando aquellos pescados resucitasen. En aquel momento los peces, redivivos, saltaron de las fuentes y se arrastraron hasta echarse al mar. Los turcos habían logrado su fatal objeto.

Y un día en cierto lugar cercano de la costa, echando unas piedras al fondo transparente del mar, se ven subir a la superficie los pescados con el lomo a medio freír, pero vivos todavía...

EUGENIO LÁSCARIS COMNENO

1. Dada la importancia de estas listas, creemos imprescindible dar a los lectores una breve explicación de las mismas y de la forma en que han llegado a nuestro poder.

No son de ahora estas notas. Ya en 1932 recibimos desde Constantinopla, enviadas por el profesor Mr. Georgios Patriarcheas Troupaki Paleólogo, nuestro pariente y amigo, copias en francés de todas ellas, y obtenidas, según manifestaba, de otras de los siglos xvii y xviii escritas en griego, italiano, catalán y turco, hechas las primeras por Mr. Georgios Deliyannis, el profesor Lisandro Macheras Logothetis, de Corinto, en colaboración con Mr. G. Apostolides, también del mismo Lyceo; de Constantinopla, las segundas, italianas, por Mr. Renato Arditì, de la casa de Italia en dicha capital, tomadas —según indica— de los relatos con Giovanni Zabarella, que se conservan en Venecia; los alemanes y húngaros, rusos y de otras nacionalidades aparecen en un folleto impreso en Ragusa en 1834, citado por Georgios Ostrogoski, y los de Jaime Boyl, hallados a su muerte por su compatriota Ramón Folch Ferragut, quien la dejó a sus herederos, que en 1879 lo eran Giuseppe Pontano, casado con Francisca Ferragut, residentes en Bríndisi.

He aquí a grandes rasgos el origen y la trayectoria de tales relaciones. Copia de ellas obra en la Biblioteca Paternoepa de Nápoles. Como hemos dicho anteriormente, esperamos poder tratar en otra ocasión, Dios mediante, el problema de la autenticidad de estas listas.

## LA CINEMATOGRAFIA DE CARLOS SAURA ATARÉS

**E**L HOMBRE: SAURA EN EL TIEMPO.—Al incorporarse a la cinematografía nacional las últimas promociones de jóvenes con nuevas ideas e inquietudes, han denunciado descaradamente la falta de sensibilidad de algunos profesionales que regían el cine en España. La presencia de estos valores altera totalmente la visión y concepto que se tenía de un cine hispano de pandereta y folletón.

Carlos Saura Atarés es uno de los primeros que han irrumpido, felizmente, con sentido de responsabilidad y derecho a conquista.

Kierkegard, escribía: «La luz desde un principio fue lo que es hoy. Pero yo seré lo que aún no soy. La busca, el deseo, la angustia, la esperanza, con el fondo de nuestra vida». Soberbia, pero también entusiasmo del que nace; vocación e impulso obligado en el ser que va al encuentro de sí mismo. Carlos Saura, se ha encontrado.

En su primer éxito, «Cuenca», se veía ya a un Saura agitado e impaciente. Buscaba algo, pero con pasión viva. «Cuenca» es una Castilla abierta al dolor y al gozo con hombres sin mistificar. Tierra de España. Tierra, surco donde cabe lo espiritual y primario, perspectiva cinematográfica proyectada hacia una coexistencia de vida y belleza no alterada todavía. Unamuno decía en contraposición del *homo urbanus*: «Mientras el organismo humano no se vaya adaptando a la vida de ciudad y no haya salido del *homo rusticus*, que es nuestra base, el *homo urbanus*, que hoy por hoy es pura cáscara, la ciudad causará estragos en los hombres».

El Instituto de Estudios Oscenses trajo esta película al Cine-Club como homenaje de su tierra natal a Carlos Saura. Con ella venía el autor. Quiso crear un clima y estableció coloquio. Fracasó. Quizá nuestros jóvenes se asustaron de medir su palabra en un diálogo que no tenía fin...

Ha pasado el tiempo. Saura, desde entonces, ha saltado al plano internacional con «Los golfos». ¿Qué quiere y a dónde va Carlos Saura?

Antes de proseguir debemos hacer un inciso, señalar algo fundamental en el hombre:

LA OBRA Y SU CIRCUNSTANCIA.—El día 4 de enero de 1932, nace en Huesca Carlos Saura Atarés. A los diecisiete años termina el bachillerato y se prepara para ingresar en la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Realiza algunos cursos que abandona más tarde. Su trayectoria es otra. En esta época le inquieta ya la técnica y el arte cinematográfico. Colabora en varias revistas nacionales. En 1951 exhibe fotografía en la Sociedad Fotográfica de Madrid, en Cuenca y en el Ayuntamiento de la capital de España. Dos años después participa en varios certámenes fotográficos internacionales. Asimismo, en las exposiciones «Arte fantástico», galerías «Clan» y «Buchols» (grupo «Tendencias») con los pintores Cabrera, Stubing, su hermano Antonio y el escultor Edgar Negret. Concorre también a la Exposición Internacional de Arte Abstracto de Santander. El año 1953 es decisivo para Carlos Saura. Ingresa en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas para especializarse en la disciplina de dirección (más tarde llega a ocupar la cátedra de Dirección Escénica en este mismo I. I. E. C.) En 1956 obtiene el título brillantemente. Carlos Saura pertenece a la segunda promoción formada en el I. I. E. C. Durante el período de formación realiza los documentales «Flamenco» y «La tarde del domingo». Como ayudante de dirección interviene con Eduardo Duncay en «Carta de Sanabria». En 1957-58, acomete su primera gran obra: «Cuenca», documental en color de cuarenta y cinco minutos de duración con paso de treinta y cinco milímetros, que es seleccionada para representar a España en el Festival Internacional Cinematográfico de San Sebastián, obteniendo una mención especial y el premio nacional de Cinematografía. Siguen la serie de documentales: «Gaudí», «La Chunga», «Puerto de Barcelona» y la preparación de «María». Pero hasta 1959 no sale de sus manos un film de largometraje: «Los golfos»; guión hecho en colaboración con Mario Camus y Sueiro. Esta película, sin duda, es la que ha situado a Carlos Saura entre los primeros directores europeos. Pasa a varios festivales internacionales con éxito rotundo. La gente, de pie, aplaude a nuestro joven director. Los corresponsales de Prensa de los principales rotativos mundiales le dedican elogios y creen en él. Saura, estamos seguros, quiere algo más; no gusta de dormirse en los laureles.

FRENTE A FRENTE CON CARLOS SAURA.—El primer contacto artístico que tuve con Saura fue en una exposición de fotografía que presentó en el Círculo Oscense poco tiempo después de inaugurarse. Era ya un innovador de la fotografía. Mirador amplio por el cual asomaba el genio... que más tarde había de revolucionar la cinematografía nacional.

Hoy habla en ARGENSOLA, pero más que un diálogo, es una meditación sobre los problemas del cine, arte que ha dejado de ser masa... Compendia complejos procesos que no pueden escapar a la curiosidad del hombre de nuestro tiempo.

Nos ceñimos, pues, al tema. No habrá adjetivos vacíos. Saura está por encima de la presunción vana. Hablamos en Madrid. Tiene aspecto de intelectual tímido, de hombre concentrado que se proyecta hacia adentro. Carlos Saura huye de la voz pública... Sin embargo, muchas veces no puede...

—¿Qué le ha llevado al cine?

—Creo que el cine es un formidable vehículo para expresar ideas, problemas, y sobre todo una forma de expresión personal tan completa como pueda serlo la pintura, literatura u otro arte cualquiera. Si me dedico por entero a la dirección cinematográfica es porque creo ser capaz de expresarme en este lenguaje. Quizás mi anterior labor fotográfica ha sensibilizado mis sentidos dándome una visión «cinematográfica» del mundo circundante. Siempre he sentido la necesidad del movimiento fotográfico y la fotografía en sí, por su estatismo, a pesar de su actual dinamismo, no pasa de ser algo que tiene sabor a pasado, a hecho sucedido. La fotografía representa un tiempo muerto, el cine no admite la recreación del instante, fluye y da sensación de vida, de existencia inmediata y nos permite—como permite el lenguaje literario al novelista—contar a los demás lo que a nosotros nos pasa y lo que nosotros pensamos sobre las cosas que suceden a nuestro alrededor.

—Usted, que se ha formado intelectualmente en el I. I. C. E., ¿cree en el director autodidacto?

—«Aprender sin maestro» no nos dice demasiado. Un hombre puede aprender a realizar cine de muchas formas: viendo películas y estudiándolas, asistiendo a los rodajes, preocupándose de la teoría cinematográfica y sobre todo adquiriendo por la observación y el estudio un caudal cultural que más tarde puede trasladar al cine. Un autodidacta puede ser ese hombre y además poseer el don de la intuición, eso que los gitanos llaman el «ángel». En el I. I. E. C., lo único que se pretende es encauzar el posible talento de los alumnos, dándoles oportunidad de demostrar sus conocimientos y sobre todo, con las prácticas ya realizadas, hacerles ver sus errores—si es que los hay—para que estén capacitados en su futura labor cinematográfica. Es al mismo tiempo el centro de reunión de todos aquellos que sienten una verdadera vocación por el cine. De todas formas en España, por las dificultades que todos tenemos de «estar al día», cinematográficamente hablando, ya que la mayor parte de las películas más interesantes que se realizan en el mundo son desconocidas para nosotros, se puede afirmar que todos somos más o menos autodidactas.

—Se le ha censurado a «Charlot» por querer abarcar todo en sus películas: guión, interpretación, música... ¿Es preciso esto para conseguir una unidad total de idea?

—La simbiosis creadora del film es muy compleja. El director necesita de ciertos individuos que colaboren estrechamente con él en determinadas facetas de la realización. En el complejo cinematográfico cada uno tiene una labor específica y es la labor de todos la que da como resultante la obra final, esto no ofrece duda. Cada caso puede plantear un problema diferente y así, unas veces se habla de la importancia de un cámara como Figueroa en la obra del indio Fernández, de los decoradores en el cine expresionista alemán, de Marlene Dietrich en la obra de Sternberg y, sobre todo, de la frecuente y eterna discusión, que deja en entredicho el problema de la creación individual en el cine, de la reacción del director y el guionista. En este asunto, como en tantos otros, se ha pretendido generalizar el problema para sacar una única consecuencia; nada más falso. El problema no ofrece dudas cuando se trata de directores que son al tiempo guionistas de su obra. Esos films son claramente «films de autor»—expresión que ahora está en boga—; es el caso de Chaplín, Orson Welles, Stroheim y en España Bardem (habría también que diferenciar el guión literario o técnico y la idea que sirve de base a ese guión que, a veces, aun en estos casos, suele ser una adaptación de un cuento, una novela o una obra de teatro). Son también a mi entender, «films de autor», aquellos en que el director ha colaborado eficazmente en el guión literario y cuando la película terminada lleva su inconfundible sello, e incluso puede entrar dentro de este apartado el director que, sin colaborar en el guión, inunda con su enorme personalidad el film. Es corriente que cuando el director es al mismo tiempo guionista necesite de la colaboración de otros guionistas. En estos casos los guionistas colaboradores suelen tener un cometido específico, como es el caso de Fellini, Flaiano y Pinelli, donde este último es el responsable de los diálogos. Hay también casos concretos de dualidad creadora demostrada, como es el dúo Zavattini-De Sica. Yo creo que, en última instancia, el guión no es mientras no se realice la película, no es como obra cinematográfica, que sí puede ser obra literaria en el apartado especial y nada despreciable de la literatura para hacer cine. Hoy el problema se va desentrañando porque existe una clara tendencia en todo el mundo hacia «film de autor». No interesa el director de oficio, que cumple con mayor o menor eficacia su cometido formal de trasladar unas ideas, que le dan, al celuloide sin ninguna aportación personal y, aun en este caso, también se podría hablar de colaboración recíproca. Yo entiendo que el director debe tender en lo posible a la obra personal

sin que por eso desdeñe, antes al contrario, la colaboración eficaz de los diversos elementos que participan en el complejo cinematográfico. El cine es labor de equipo—se ha dicho desde hace muchos años—sí; el cine es labor de equipo, pero es necesario que todo ese equipo colabore y sirva a los fines que se propone el director. Si no es así, ni hay colaboración ni hay equipo.

—Jesús Franco protestaba... por la «nueva ola» española, decía que era una imitación francesa. Sin embargo, la juventud inquieta, confía en ella, en Vd. concretamente.

—Gracias. Hay un mal entendido en eso de llamar «Joven Ola», a imitación de la Nouvelle Vague francesa, a cualquiera que pretenda hacer un nuevo cine en España. El nombre poco importa, ¿qué más da cómo se llame...? Lo importante es romper de una vez con la rutina del cine convencional buscando y aportando—cada cual según su personalidad—nuevos elementos que activen esta ruptura. Lo que sí es cierto es que—en principio—solo está en la juventud ese deseo de hacer un cine diferente, lo que no condiciona a todos a compartir este punto de vista. Hoy estamos viendo cómo algunos de nuestros antiguos compañeros aprovechan el marchamo de la juventud para realizar un cine conformista que no estamos dispuestos a aceptar. Yo me atrevería a asegurar que el panorama de nuestro cine variaría sensiblemente si algunos de nuestros compañeros tuvieran la oportunidad de demostrar prácticamente sus conocimientos.

—¿Cual es el verdadero problema de la cinematografía nacional? ¿Comercialidad?

—Son muchos bajo mi punto de vista, enumerarlos sería tarea ímproba y dar soluciones tampoco es fácil. Yo creo que el problema fundamental—un poco la madre y el padre—es la apatía general y la mediocridad. Hay una manifiesta falta de estímulo en los medios económicos; en el público, que cada día esté más desorientado y que está incapacitado para enfrentarse con una problemática de su tiempo, en las dificultades generales de expresarse... Se comprende que existan películas con la exclusiva finalidad de divertir, pero es inadmisibles que no se intente aumentar esa minoría preparada cinematográficamente, cuando tan fácil sería con la colaboración decidida de la crítica, protecciones, premios, etc... Nosotros sólo pedimos que también se pueda hacer un cine, quizás minoritario, pero intelectualmente más avanzado, que prepare el futuro camino de nuestro público y de nuestro cine hacia empresas más ambiciosas. Tal como están hoy por hoy las cosas, llevamos todas las de perder, y si por un lado el productor, que arriesga una importante cantidad de dinero en cada película, se retrae ante el temor del desastre financiero, por otra, es un cine condenado a una

clasificación menor y por lo tanto a una menor protección estatal y así, sin aliciente alguno, el cine español sigue el camino de la mediocridad.

—¿Debe orientarse un cine dirigido a la infancia?

—Sí.

Un sí muy explícito... Saura, no titubea. Habla rápido, seguro. Mentalmente, es ágil.

—Hace tres años, cuando le premiaron el cortometraje titulado «Cuenca», me decía que se encontraba ligado a Aragón de una forma profunda, entrañable. Aducía razones de patria chica y el inconformismo crítico que prevalece en sus gentes, representado por Goya y Miguel Servet. ¿Este mismo espíritu de lucha, de disconformidad, le ha guiado siempre?

—El inconformismo es una postura que se justifica en un país como el nuestro donde surge esporádicamente el individuo que grita, más bien allá, ante la indiferencia de los demás. Ser inconformista, o no conformista, presupone una postura de constante lucha incluso con uno mismo, a veces apasionada y contradictoria. Es toda una postura moral frente a las cosas. Casi estoy por decir que el único director de cine no conformista de estos últimos años sigue siendo el aragonés Luis Buñuel, que continúa en su temática de siempre. Luis Buñuel podría muy bien adscribirse al plantel de hombres que, como Goya y Miguel Servet, forman parte de nuestra historia. Es ese mismo inconformismo el que yo pretendo mostrar en mis películas, efectivamente.

El cine no es ya un pasatiempo tonto. Unamuno—volvemos a citar al gran maestro—dijo: «Hay una política de cine y de radio. Falta, por lo tanto, de intimidad».

Esta falta de intimidad acusada por Unamuno y la ausencia de valores, han originado diversos manifiestos. (En 1955, un grupo de jóvenes integrado, entre otros, por Prada, Patiño, José María Pérez Lozano, Rabanal, Arroita, Garagorri y Ducay, lanzaron el primer grito de alarma. Pedían un cine mejor. Habían llegado a la conclusión de que el cine español «estaba muerto». Más tarde, la Universidad de Salamanca, consciente de este problema, abrió sus puertas al diálogo común entre universitarios de toda la geografía nacional, aprobando numerosas e importantes conclusiones). Dicho esto, preguntamos a Saura:

—¿Qué ha buscado en «Los golfos»? ¿Qué busca ahora?

—Yo creo que lo expuesto anteriormente puede servir de base para contestar a la pregunta. Mi cine, esto cada día lo veo más claro, va orientado hacia la crítica de la hipocresía en cualquiera de sus manifestaciones. En «Los golfos» se relata la lucha de un grupo de muchachos por la supervivencia en un medio hostil. Dentro de ese mundo, que nada hace por comprenderles, aparecen la hipocresía y el arribismo.

—¿Precisa el cine de la gran literatura? Alber Camus jamás permitió que se le adaptara una obra.

—Las relaciones de la literatura, y muy especialmente la novela, con el cine darían pie a un concienzudo estudio y a un análisis profundo. Truffaut escribió una vez que el guionista, al adaptar una obra literaria, puede escoger estos tres caminos: a) Hacer la misma cosa. b) Hacer la misma cosa, mejorada. c) Hacer otra cosa. Sigue diciendo: «El único tipo de adaptación válida es la adaptación del director cinematográfico de las ideas literarias». Yo creo que es imposible hacer una adaptación literaria al cine respetando la fidelidad a la letra y al espíritu de la obra. En todo caso la adaptación debe llevar ese espíritu, su esencia. Ya sé que esto es muy difícil y por eso ante la duda de obrar con ligereza no soy muy partidario de las adaptaciones literarias. Hay casos concretos en que el problema deja de existir porque la obra literaria es sólo un punto de partida y yo creo que eso es lícito. No creo que el cine sea un mecenazgo ni un corruptor de la literatura. Tiene el cine su propio lenguaje, muy suyo y muy personal. En último lugar ese mecenazgo y esa corrupción puede tomarse a la inversa y no cabe la menor duda de la decisiva influencia de la expresión cinematográfica en ciertas obras literarias y teatrales. Creo que el problema de la adaptación literaria al cine es un problema que se suele plantear mal y que sólo depende de la personalidad del director cinematográfico. Ciertos directores son capaces de plasmar a la perfección obras teatrales y novelas como parecía imposible hacerlo (recuérdese las adaptaciones de Lawrence Oliver).

—He ejercido la crítica cinematográfica y he llegado a la conclusión de que el cine no se ha encontrado a sí mismo.

—Esto es absolutamente cierto. Yo creo que el cine se desarrolla con mayor rapidez de lo que creemos. Hay multitud de posibilidades inexploradas... En los dos últimos años se han realizado películas como «Hiroshima mon amour», «A bout de souffle» y la «Aventura», que nos afirman en la impresión de que aún queda mucho por hacer. Del montón de películas que se realizan todos los años y en todo el mundo, que son miles, sólo algunas aportan algo sustancial en la posible renovación de los medios expresivos específicamente cinematográficos. El cine ha tenido un caminar incierto y está intentando ahora una definitiva orientación. Por otra parte hay una serie de consideraciones que dificultan su madurez: el envejecimiento prematuro de la obra cinematográfica frente a la permanencia de las artes más abstractas y menos realistas, la dificultad de conseguir copias perdurables, la ausencia de cinematecas para poder realizar un estudio comparativo del progreso cinematográfico... La madurez cinematográfica sólo podría conseguirse cuando se

hayan explotado los inmensos recursos técnicos que todavía se encuentran sin explorar. Solamente cuando el cine se haya estabilizado mecánica y técnicamente, se podrá hablar de una madurez. ¿Será entonces el momento de manejar las imágenes como el escritor emplea las palabras, sin ese temor actual del cambio súbito, del borrón y cuenta nueva? ¿Llegará ese momento? En todo caso eso no debe preocuparnos demasiado. Yo creo que el cine, la película, muere a los pocos años de ser y que mientras dura cumple su cometido. La perdurabilidad de la obra filmica no me interesa demasiado. En todo caso sólo para no repetir lo que otros hayan hecho ya. Quizás un día el cine tenga «de verdad» sus clásicos. Hoy por hoy el cine es, en definitiva, como una inmensa colección de periódicos viejos y nuevos que se animan para mostrarnos las diversas facetas de nuestra existencia y, quizás, la superación de unos problemas que un día estuvieron vigentes.

Conclusión: Creemos sinceramente que el cine continúa siendo enigma. Quizás estos nuevos valores le den el impulso que necesita. En ellos confiamos.

FÉLIX FERRER GIMENO

# A C T I T U D E S

## P O E M A S

Por JOSE LUIS BELLOSO

### I

*Carretera: No eres carretera,  
eres una pena larga.*

*Bicicleta: Tú eres un animal bueno,  
no eres una máquina.*

*Golondrina: No llevas en las alas  
el luto porque sí.  
Eres mi lágrima*

*(Quiere que sea su amigo nada más  
y que no intente realizar mi sueño  
sobre su mano blanca).*

*Primavera: ¿Te ríes?  
Ríes sobre la lira de cristal  
rota en mi alma.*

### II

*Duérmete corazón entre los cardos del renunciamiento,  
y tú, alma, vete solitaria y descalza  
a recoger ortigas con los vestidos rotos.*

No encuentres en la noche hierba mullida  
donde acostar tus músculos cansados.

Vete... renuncia al pan y al agua, fusila las estrellas  
y repite su nombre en las paredes de tu tumba.  
¿Por qué ella es tan dulce, tan bella y no te quiere?

## III

Ojos abiertos en la noche,  
ojos de pestañas que acarician mis latidos,  
ojos mansos y llenos de lágrimas.

Qué pena que no tenga manos  
para cerrar tus párpados muertos.

## IV

Debajo de los árboles,  
siento en el alma inmóvil  
la ternura de un perfume  
que tiembla silencioso.

Todos trabajan su costumbre  
como una madre.

Sólo el poeta no hace casi nada  
Es como un niño loco  
que se encarama en la trasera de la tarde.

## ERA DÉBIL

POR ESTHER LÓRIZ CASANOVA

NATURALMENTE que él no me lo decía así. El, dándole vueltas a la boina en sus manos, con la mirada hipócritamente humilde en la punta de peduco que le salía por el agujero de las abarcas y la voz un poco ahuecada, ya bronca por naturaleza, que ponen estos hombres al hablar de cosas que son, o les parece, de importancia, me repetía por cuarta o quinta vez en su desbalazada conversación: «Era mu flojica...»

Casi no me doy cuenta cuando se me despide desmañada e inacabablemente. Y luego, salgo a respirar; a olvidarme del hedor desagradable de su cuerpo. Y de su alma. Que también huelen mal las almas no limpias.

Salgo a sentarme en la hierba frente al lago y a las montañas, a mis montañas. A empaparme de su serenidad en este momento en que el día agoniza, ya sin suspiros.

¡Qué paz, Señor! Nada se mueve, todo en laxitud. Va llegando el silencio y la luz se va. ¡Qué paz, Señor! Paz de estrellas lejanísimas que a nada incitan; paz de agua que no corre, que no amenaza... Aunque llame calladamente.

Y me acuerdo de la muerta que, tal vez, haya cedido a la repetida llamada de algún lago más allá de todas las montañas.

Cuando la vi la última vez se parecía a este anochecer. Por fin, le había llegado la hora. La hora de la serenidad, después de haber sufrido; después de haber vivido. La serenidad en el momento del fin del esfuerzo, el de todo fin de todo esfuerzo. Y esta calma, esta paz última y primera que la envolvía toda, me llegó un poco a mí también y hasta

tuve envidia de su reposo: yo también estaba cansada, muy cansada, definitivamente cansada. Sin apetecer más que cerrar los ojos, como ella, y, en relajación total, olvidarme de existir, de ser... Duelen tanto las fibras sensibles durante la vigilia...

Que era «mu flojica». ¡...Mentira!, le hubiera gritado en sus narizotas anchas y aplastadas. ¡Mentira, cobarde, mentira!

Por lo menos, no la juzgues tú que no tienes ojos suficientemente abiertos para abarcar su altura, ni olfato para haber percibido su aroma.

¡Mentira!, hombrón de alma amazotada donde no pudo penetrar su lluvia de ternura. ¡Qué sabes tú de su fortaleza ni de su valer si la ignoraste completamente y usaste de ella con el mismo imperio y menos amor que de tu jadona de maigar la hortalicia. Si era... Si era como una de las mujeres fuertes de la Biblia!

Cuando la trajiste aquí parecía una flor: cimbreaña, bonita, joven... alegre! Yo sola, de entre todos vosotros, pude ver y vi que expandía sus dones como la luz las estrellas. Más viva aún que ellas tenía como prisa en regalar sus tesoros. ¡Y a qué manos fueron a parar! A qué yermos incapaces de fruto alguno...

Cuando me la trajiste a que la conociera, me maravillé de que tu necia mano hubiera sabido elegir tan bien. Aun temiendo tu torpeza me gustó soñar durante un instante que sabrías cuidarla. Y ella, yo lo veía bien, venía llena, rebosante de todo. Y de esperanzas. ¡Pobres esperanzas...!

Porque ella contaba, segura, contigo. Contaba con que tú estarías animado del mismo ardor y las mismas ilusiones. Contaba con tu afán de trabajo y superación; con tu apoyo moral y físico.

Ya sé que ella no pensaría todas estas cosas, y, mucho menos, así; pero las sentiría y, lo que es más doloroso, tendría una fe ciega y natural en su realidad.

Y como era de las que ponen el alma entera, sin roñoserías, en todo lo que emprenden, se entregó a ti y a su nueva vida con el ímpetu sin estridencias y la belleza alegre del agua que corre por un cauce en declive.

Y, nada más elevarse, como cuerpo en quien se cumple fatalmente la ley de la gravedad, cayó.

Ella no se daría bien cuenta de por qué esa amargura como un socavón negro en el pecho y ese mal gusto de boca lindando con la náusea. Y ese volverse de plomo los brazos y las piernas y como de corcho el corazón. Yo sí lo sé y podría explicártelo. Pero, hasta risa me da pensar: de mí dirás que estaba loca.

Y es que había tenido el primer fallo de ti: tú mismo. Porque—¡qué cosa amarga, amarga y dolorosa!—de pronto te sintió desligado; fuera completamente de ella. De ella que había tenido cuidado de llenarse bien de ti y que, ahora, al irte, la habías dejado vacía, hueca.

Después le fallaste en lo material. Porque es fallar ponerse a medias a realizar cualquier obra; sobre todo cuando el compañero en el tajo es todo ímpetu noble y honrado.

Hay que tender con todas las fuerzas del alma muy unidas a las del cuerpo hacia lo que se hace y su resultado. Sólo así, y no siempre, desgraciadamente, puede obtenerse un balance positivo.

Y ella luchó y trabajó siempre en doble medida de sus fuerzas. Al principio, porque no quiso acobardarse y su naturaleza, nueva y potente, la hacía rendir, casi sin pena, hasta más allá del máximo.

Luego, aunque descorazonada, porque soñaba poder comunicarte la parte de entusiasmo que a ella le sobraba y a ti te correspondía.

Ultimamente, desesperada ya, por necesidad; por la terrible necesidad que cada hijo fue haciendo más patente.

Y, desde este recodo de su camino, miraría al comienzo y sentiría lástima de sí misma. Se sentiría vieja, porque envejecida estaba y por dentro aún más que por fuera, y se le antojaría risible, trágicamente ridículo, las ilusiones de que había venido jubilosamente cargada.

Y no creas que yo sé todas estas cosas porque ella me las contase. Era tan inmensa que le cabía dentro todo su dolor.

Su desilusión que, como una gusanera, se la fue comiendo, comiendo de dentro a fuera hasta dejarla casi transparente. Sólo ojos le quedaron. Profundísimos, ahondados hasta su amargura.

Y tú sin enterarte de nada. Creo que hasta te sorprendió verla muerta.

Casi de repente, extrañado, te encontraste mirándola, aplastada y fría como una lámina de metal, con las únicas prominencias de la frente, suave, y la nariz, hiriente.

Y sólo entonces, en un eco sordo, la oíste toser y suspirar cortadamente. Pero mucho después de todo. Y tan acabado ya!

Al verla ahí tan nada, tan sombra, tan fantasma, te reaseguraste en tu falsa fortaleza de hombre y miraste desdeñosamente, de muy grande a demasiado pequeño, a aquella pobre cosa que había intentado ser tuya. Que hubiera querido, aun sin saberlo definir—¡qué segura estoy!—, en maravillosa y perfecta ósmosis, convertirte en sí y rendírsete en nueva y doble ofrenda.



# INFORMACION CULTURAL

## *Pregón de Semana Santa.*

Si, por causas especiales, el año 1959 quedó nuestra Semana Santa sin este obligado introito que es el ya tradicional pregón, al reanudarse el ciclo, correspondió este año el honor de ser nombrado pregonero a nuestro presidente, don Virgilio Valenzuela Foved, quien pronunció una bella oración pública en el amplio marco del Teatro Principal. Presidió el acto el excelentísimo señor gobernador civil de la provincia, don José Riera Aísa, y otras autoridades provinciales y locales.

Tras de unas palabras de presentación, comenzó el discurso, del que damos un breve extracto. Con la castelarina y poética prosa que le caracteriza, Virgilio Valenzuela hizo una emotiva descripción de la Semana Mayor oscense, recogiendo cuantas facetas contiene aquella entrañable conmemoración en sus variados desfiles procesionales en los que participan valiosas obras de arte, en el recogimiento de las numerosas cofradías que los componen y en el fervor popular que se manifiesta respetuoso y solemne desde el Domingo de Ramos hasta la brillante alegría matinal de la Pascua de Resurrección.

Parte para ello el orador de una evocación singularmente bella del año 33 de nuestra era, en los momentos en que se desarrollaba el gran drama de la Redención, trasladándose imaginativamente desde el recinto amurallado de nuestra ciudad hasta el paisaje luminoso de Jerusalén que está viviendo los momentos sublimes y entusiastas de la entrada triunfal de Cristo por sus calles. Con reminiscencias del más puro estilo bíblico son descritos estos instantes y los personajes que los protagonizaron, a los cuales sitúa después en nuestras viejas callejas representados magníficamente por cuantos toman parte en la procesión de los Ramos. Y así, sucesivamente, van apareciendo cada uno de los días de la semana, comparando los hechos que tuvieron realidad en la Ciudad Santa con los que para su más fiel recordación se celebran en la Huesca de hoy, todos ellos engranados en un relato cuajado de poesía, erudición y elegancia descriptiva. Al final de su disertación, fue muy aplaudido.—*Santiago Broto.*

### *Curso de conferencias en Villanueva de Sijena.*

En los días 3 y 10 de abril pasado y organizado por la junta parroquial, se celebró en Villanueva de Sijena un ciclo de conferencias en el que intervinieron el reverendo don César Arner Bueno y don Vicente Lavilla Berges. El primero disertó sobre el tema *La masonería internacional y su lucha contra la Iglesia*, exponiendo el origen de aquella secta y sus ideas filosóficas, así como las características de sus símbolos, organización interna y denominación de las logias y actividad de las mismas, para finalizar con una amplia referencia sobre los ataques lanzados contra la Iglesia católica.

El señor Lavilla se refirió al tema denominado *Cuestión social, comunismo y catolicismo*, exponiendo en primer lugar los antecedentes históricos del problema y después la solución que a todos los conflictos sociales proporciona el Evangelio. Por último analizó los principios diametralmente opuestos de las doctrinas católica y comunista, terminando la conferencia con la afirmación de que las verdaderas bases para la solución de la cuestión social son las de la primacía de lo espiritual sobre la materia según propugna la Iglesia Católica.—*Santiago Broto.*

### *Fiesta de la Poesía.*

El 27 de mayo y en el aula magna del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» de Huesca, tuvo lugar la tradicional conmemoración de la Fiesta de la Poesía. Abrió el acto el director del Centro, don Ramón Martín Blesa, con unas palabras de salutación y bienvenida a cuantos habían enviado sus composiciones, agradeciendo a todos su colaboración para poder celebrar dignamente esta fiesta poética.

Seguidamente, la catedrática de Literatura, señorita Dolores Cabré, pronunció unas palabras en homenaje a la poesía, explicando luego las razones por las que se había elegido la obra de Sófocles *Antígona*, para ser representada por alumnos del Instituto en aquella fecha, poniendo de relieve que las dificultades habían sido muchas, pero que todas se habían salvado con el empeño y la buena voluntad de cuantos colaboraban en esta empresa. Explicó luego el significado de la Fiesta de la Poesía y el mensaje de armonía, belleza y elevación espiritual que la misma representa y que tan necesario es en estos tiempos de incom-

prensiones, materialismo y técnica deshumanizada. Continuó con bellísimas frases el desarrollo de su tema, siendo objeto de grandes aplausos al terminar su magnífica disertación.

Posteriormente se representó la tragedia titulada *Antígona*, de Sófocles, según la adaptación de José María Pemán, cuyos principales papeles fueron interpretados por L. Sahagún, P. Garcés, María Teresa Retortillo, P. Moreu, A. Viñuales, J. M. Marcellán y C. Cañas, así como otros alumnos, todos los cuales fueron muy aplaudidos por su dominio tanto en los ademanes como en la dicción.

A continuación fueron leídas las composiciones seleccionadas, en las que hubo abundancia de estilos, desde los cultivadores de la rima clásica a los de la poesía moderna. Previamente la señorita Dolores Cabré explicó las características de cada uno de los autores de las poesías enviadas. Estas eran originales de Angel Romo, María Pueyo, Jesús Vived, Pilar Castillo, Teresa Ramón, Valentín Galindo, J. L. Belloso, Antonio Vicién, Jesús Armengol, C. M. F., Cipriano Segura, Miguel Artazos y Daniel Santamaría.

Finalmente, se procedió a la inauguración de la exposición escolar, en la que se exhibían trabajos efectuados durante el curso.—B.

### *Importante exposición de pintura de José Beulas.*

A su regreso de la Academia de España en Roma, donde estuvo disfrutando durante varios años la beca de estudios concedida por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, José Beulas inauguró el día 18 de junio una importante exposición de pintura en los salones de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja. Estuvo patrocinada por la Diputación Provincial y Ayuntamiento de Huesca, de cuyas corporaciones es antiguo becario.

Beulas era deudor de una gratitud y con esta muestra de alta perspectiva artística cumple su deber moral con Huesca, ciudad que supo apreciar sus enormes posibilidades en el momento más difícil para él: cuando el artista, olvidado y oscuro, se debatía consigo mismo, temeroso de que no pudiera ver realizadas todas las inquietudes y sueños que escondía tímidamente.

Hoy llega a nosotros con la aureola del éxito, pero, sobre todo —es lo más importante—, a mostrarnos lo que ha hecho desde aquel día—1947—que partió de Huesca, emocionado, porque iba a estudiar a la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid,

gracias a la ayuda otorgada por las corporaciones oscenses. Recuerdo que entonces nos dijo con humildad, la humildad de los grandes hombres: «Voy a trabajar para corresponder». Ha correspondido, y de sobra. Ahora, al hablarle de su merecido triunfo conseguido merced a una voluntad constante, férrea, de entrega total, diría, esta-



Pintura de Beulas

mos seguros, que el triunfo es algo que está siempre por hacer; que se precisa madurez, distancias de tiempo; que, simplemente, ha trabajado. Nada más.

Aunque a Beulas le preocupa su tiempo, su pintura no es intelectual. Con espíritu abierto irrumpe en el arte para romper cortezas frías, pero no como agitador, sino como renovador mesurado. Por los amplios paisajes que enmarcan sus pinceles, corre lo primario y eterno. No rellena espacios. Va tras la absoluta armonía de lo justo que equilibra, y en este equilibrio, de espacio, concepto y color, encontramos, preci-

samente, la vena creadora, el alto valor de su estética simplificada, pura, personalísima. Para llegar a esto ha tenido que pasar por sucesivas fases experimentales. Obra hecha al calor de la angustia, la insatisfacción y la incertidumbre.

Beulàs no sólo plasma andaduras castellanas o italianas: el artista ha gustado recrearse en nuestro paisaje árido, recogiénolo con toda su fuerza impetuosa. Las tierras erosionadas oscenses, interpretadas por la espátula y pincel de José Beulas, llamaron ya la atención de la Dirección General de Montes, hace algunos años. Colosal visión plástica de un paisaje grandioso que ha paseado por el extranjero, para que conocieran este Altoaragón vivo y desconcertante. Dentro de esta escolástica, de esta sugestiva y encendida manera pictórica de hacer y ver, destacamos las obras que titula: «Vista del Salto Roldán», «Paisaje de Lezma», «Seliniente» (Sicilia), gamas de rosas, negros, ocre y columnas plateadas; «El Palatino», visto desde el circo Massimo; «Termas de Villa Adriana» (Tívoli), rojos, con pinos de copa redonda clásico romano; «Teatro Griego de Teormina» (Sicilia); «La Florencia de los Médicis», materia espesa de dorados maravillosos; «Castillo de Sant Angelo»; «Vadiello», magnífico estudio de sombras y luces; «Lérida», grises plateados; «Foros» (Roma), una extraordinaria composición escalonada de tonos muy característicos de la atmósfera romana. En resumen: piedras y campos que duermen en la eternidad; pintura limpia, trabajada, que bucea en lo recóndito y sensible de las cosas para extraer lo más bello y perdurable.

Treinta y dos obras de grandes dimensiones que justifican sobradamente la personalidad y prestigio alcanzado en los medios artísticos internacionales, en donde ha sido recompensado con numerosos e importantes premios.—*Félix Ferrer Gimeno.*

### *Convocatoria de la parte científica de los certámenes anuales de Teruel, Albarracín y Alcañiz para 1961.*

El Instituto de Estudios Turolenses, con la colaboración de los Ayuntamientos de Teruel, Albarracín y Alcañiz, convoca la parte de investigación científica de sus certámenes científico-literarios en cada una de estas poblaciones para el año 1961. Los premios y temas son los siguientes:

Para el X Certamen de Teruel: 1.º Premio «Francés de Aranda», del excelentísimo Ayuntamiento de Teruel. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Concesiones y honores otorgados a la ciudad y Ayuntamiento

de Teruel durante la Edad Moderna»; 2.º De la excelentísima Diputación Provincial de Teruel. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Estudio sobre los óvidos en la provincia de Teruel»; 3.º Del Ayuntamiento de Perales de Alfambra. Cuantía: 4.000 pesetas. Tema: «Biografía del doctor fray Juan Cebrián, arzobispo de Zaragoza: sus fundaciones».

Para el IX Certamen de Albarracín: 1.º Premio «Bernardo Zapater y Marconell», del ilustrísimo Ayuntamiento de Albarracín. Cuantía: 10.000 pesetas. Tema: «El señorío independiente de Albarracín bajo los Lara»; 2.º De la comunidad de Albarracín. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Estudio de las herrerías de Teruel. La herrería de Torres de Albarracín y sus vicisitudes»; 3.º De la excelentísima Diputación Provincial de Teruel. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Instalación de industrias derivadas de la madera en la sierra de Albarracín».

Para el X Certamen de Alcañiz: 1.º Premio anual ordinario «Bernardino Gómez Miedes», del excelentísimo Ayuntamiento de Alcañiz. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Estudio sobre la riqueza oleícola de Alcañiz, su proceso y modos de superarla»; 2.º De la excelentísima Diputación Provincial de Teruel. Cuantía: 5.000 pesetas. Tema: «Calanda: su convento y sus mártires»; 3.º Del Instituto de Estudios Turolenses. Cuantía: 2.500 pesetas. Tema: «El poblado ibérico del Tossal Redó, de Calaceite».

Los trabajos que concurren a cualquiera de los premios habrán de ser inéditos y originales, con las ilustraciones que el tema exija, escritos a máquina, a doble espacio y por una sola cara, en papel tamaño folio, por triplicado y ocultando el nombre del autor con un lema. En sobre cerrado, y con el mismo lema en el exterior, se contendrá un escrito con la designación del nombre y apellidos del autor, domicilio y firma autógrafa del mismo.

El plazo de admisión de trabajos terminará: Para los que concurren al Certamen de Teruel, a las dieciocho horas del día 2 de mayo de 1961; para los que concurren a los certámenes de Albarracín y Alcañiz, a las dieciocho horas del día 28 de julio de 1961. Todos los trabajos deberán presentarse en las oficinas del Instituto de Estudios Turolenses, en Teruel.—B. S.



## MUY ILUSTRE SEÑOR DON BENITO TORRELLAS BARCELONA

**N**UESTRAS páginas se llenan de luto, una vez más, para recoger emocionadas la noticia de la definitiva ausencia de otro de nuestros entrañables colaboradores, el muy ilustre señor don Benito Torrellas Barcelona, quien desde la fundación del Instituto de Estudios Oscenses aportó siempre a su obra y especialmente a nuestra revista ARGENSOLA sus mayores entusiasmos y eficiente ayuda.

Podríamos hacer aquí un extenso balance de la brillante actuación intelectual de don Benito durante sus veinticinco años de estancia en Huesca, de la cual queda constancia en los numerosos estudios que publicó y sobre todo en la multitud de artículos periodísticos que la Prensa provincial recogió, y en los cuales latía siempre un inflamado mensaje de espiritualidad, pero la extraordinaria proyección popular de aquél nos releva de todo, pues en todos los corazones oscenses quedó plasmada con los definidos rasgos del afecto su recia personalidad, llena de virtudes, como sacerdote, como maestro y como amigo, dejando siempre la labor caritativa que abnegadamente ejerció, una estela amorosa de comprensión y gratitud.

Su actividad derivó con frecuencia a los estudios históricos, publicando varios trabajos en la Prensa, así como monografías, entre ellas, la titulada *La Santísima Virgen en la provincia de Huesca*, premiada en concurso público. Era consejero numerario del Instituto de Estudios Oscenses desde 1950. Descanse en paz.

SANTIAGO BROTO APARICIO



# BIBLIOGRAFIA

BENITO, JOSÉ DE: *Estampas de España en Indias*. Madrid, Espasa-Calpe, 1960. 212 págs.

Pertenciente a una de las más brillantes promociones intelectuales de entreguerras, José de Benito ha cultivado con penetración de escritor y seriedad universitaria temas jurídicos, literarios e históricos. Nos ofrece ahora en el presente volumen una serie de ensayos que afectan a diversos aspectos de los últimos cinco siglos de la historia de España. Escritos con extraordinaria agilidad y con acendrada pasión, ganan de golpe la atención del lector y ya no la dejan en paz. «Son pedazos de la larga existencia española como pueblo y como nación; vienen a ser pinceladas vivas de paisajes, de ambiente y de gentes; es historia sin notas, sin erudición, pero con el calor humano que, en ocasiones, huye de la pluma de los historiadores». La documentación, sin embargo, parece flotar a lo largo de estas páginas dando a la aparente amenidad o garbo de los relatos la debida consistencia crítica.

Las tres partes en que se agrupan estas estampas, nacidas sin intención de construir un sistema, responden a tres puntos de vista que muestran con claridad el espíritu que las ha presidido. Bajo la rúbrica «Aventureros en la corte y en Indias» se cobijan aquellos personajes de primera fila o secundarios—Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Pedro Ordóñez de Ceballos—que de la aventura, en su sentido de correr el riesgo por impulso del carácter, hicieron el norte de su existencia. El segundo título, «España, botín eterno», incluye unas cuantas visiones del corso que en Indias expoliaba a España, quebrantando su poderío; sobresalen, entre ellas, las dedicadas a Francis Drake. Más próximos a nosotros, los «Apuntes de la España liberal» de la tercera parte abarcan personajes políticos y literarios de las Españas en el período que va del carlostercismo a la primera mitad del siglo XIX: como advierte el mismo autor, en las notas de sus vidas se reflejan las dos Españas que han coexistido, resumidas en el previo «Panorama de las Españas», palpitante síntesis para llegar a comprender «las alegrías y los dolores de un pueblo que marchando durante varias centurias de la grandeza a la miseria lo ha hecho siempre con una falta de egoísmo acreedora al respeto y la consideración de los extraños».—*Miguel Dolç*.

CARDONA, OSVALD: *De Verdaguer a Carner*. Barcelona, Editorial Selecta, 1960. 202 págs.

Este volumen, que obtuvo el premio J. Yxart en 1959, lleva el subtítulo de *Assaigs sobre afinitat entre grans poètes*. El tema debe de ser del gusto de un poeta finísimo como Osvald Cardona, que con tanta perspicacia ha aplicado su sensibilidad a la crítica literaria y al estudio del lenguaje, casi siempre desde el punto de vista de los escritores catalanes. En la misma línea crítica de los presentes ensayos nos había ofrecido otras dos obras, que despertaron hondamente nuestra atención: *La poesia eucarística a Catalunya* (1952) y *Com és la poesia* (1953). Pero su intención es ahora más concreta y sutil, al penetrar en el campo de la literatura comparada, que tan pocos cultivadores ha tenido hasta hoy entre nosotros.

Es posible, como advierte el mismo crítico, que los cuatro ensayos contenidos en este volumen no mantengan una deliberada relación entre sí; pero al situarlos bajo el signo de un título común, quedan subrayados inmediatamente su paralelismo y su profundidad de perspectiva: cada uno se refiere al mismo tiempo a dos personalidades, unidas por alguna razón íntima, y los cuatro glosan en su conjunto verdaderos momentos estelares de la poesía catalana. Los dos primeros ensayos son importantes contribuciones, enfocadas desde un original punto de vista, al estudio de la poesía de Verdaguer. En primer lugar, precisa sus influencias y afinidades, otras veces señaladas, con Lamartine: el examen comparativo de O. Cardona es minucioso, extenso y rico de matices. El segundo ensayo verdagueriano nos presenta gráficamente su obra en relación con la geografía de Cataluña, reuniendo las referencias del poeta, sacerdote y excursionista, sobre el mapa de la tierra que, en un momento dado, creó un vínculo emotivo con el maestro Marià Aguiló.

El tercer grado de afinidad, más evidente a los ojos del lector medio, es el que presentan los dos grandes poetas de Mallorca, Costa y Alcover, sometidos ahora a nuevo análisis, extraordinariamente intenso, que afecta a su vida y a su obra. La visión se complementa con el último ensayo, sobre Josep Carner y sus temas, que nos acompaña hasta los poetas y críticos de nuestros días.

Si una obra puede ser calificada como indispensable para el estudioso de la poesía catalana, la de Osvald Cardona es, sin duda, una de ellas. Libro de fácil y apasionante lectura, está también cargado de ideas, de hallazgos, de asociaciones felices, que dan un auténtico valor al esfuerzo, a la perseverancia y al gusto crítico de Osvald Cardona.—*Miguel Dolç*.

HERNÁNDEZ-LEÓN, FRANCISCA: *Doña María de Castilla, esposa de Alfonso V el Magnánimo*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, 1959. 156 págs.

Este trabajo, que constituye una tesis doctoral, luego de hablar ampliamente de las fuentes documentales (archivos de Valencia, Barcelona y Villafranca del Panadés) y de exponer la bibliografía del tema, comienza con una relación histórica señalando cómo, a partir del compromiso de Caspe, la unidad peninsular queda definida por la política que siguen Aragón y Castilla en política matrimonial, política iniciada ya por Fernando de Antequera con la boda de su hijo el príncipe de Gerona, don Alfonso, luego Alfonso V de Aragón, con doña María, hermana de Juan II de Castilla, cuya boda se celebró en Valencia el 12 de junio de 1415. Pese a esta tendencia de relaciones familiares, el suelo peninsular estaba asolado en larga guerra civil, en la cual tuvo papel principal doña María de Castilla ajustando treguas y paces. Junto a estas luchas políticas, una sociedad bastante relajada: innumerables delincuentes hacían los caminos inseguros, falsificadores de monedas, crisis religiosa en los conventos, etc.

A través de las citas que encontramos en los documentos se puede suponer sin error que la reina estuvo gran parte de su vida enferma de una especie de «histeria» peligrosa; además tuvo que sufrir varios achaques, viruelas y otras dolencias, que en este estudio vienen cuidadosamente revisadas, así como también se hace relación de los médicos que atendieron a la reina; entre ellos es notable Jaime Roig, médico y poeta valenciano.

Fue de conducta intachable, señora inteligente, honesta, humilde y temerosa de Dios; buena esposa y bondadosa con su servidumbre, a quien frecuentemente hacía mercedes. Brilló por su caridad: oía en días señalados a las viudas, huérfanos y pobres, administrándoles justicia y procurándoles alimentos. En las obras encaminadas a favo-

recer a la Iglesia contó siempre con el apoyo del papa Eugenio IV, de quien lograba tanto permisos de edificación, como bulas e indulgencias para proporcionar bienes espirituales a los conventos, de cuya perfección religiosa tuvo cuidado. En 1430 construye en Barcelona un hospital y a su muerte da la mitad de sus bienes para la obra de rescatar cautivos.

En 1915 se celebró el 12 de junio, en el palacio del Real de Valencia, la boda de doña María con don Alfonso V de Aragón, que según Ametller fue un matrimonio de Estado. Es importante el problema del desvío del rey, tan complicado como confuso. Pero lo que parece indudable es que la continua enfermedad de la reina y su esterilidad fueron causa suficiente para provocar esta conducta de don Alfonso. Doña María, autorizada y nombrada por su esposo, fue lugarteniente general de los reinos, alternando esta lugartenencia con don Juan de Navarra. Este estudio aporta un cuadro cronológico en el que se señalan las distintas opiniones de los historiadores sobre los años de la lugartenencia de doña María y de don Juan.

El primer nombramiento como lugarteniente general se hizo a doña María en Castellón de la Plana, el 2 de mayo de 1420, sin haber en ello modificación hasta la vuelta del rey.

Inserta este trabajo un comentario de los sellos de la reina y seguidamente pasa a describir su acción política; a pesar de tener plenos poderes que le confería la posesión de la lugartenencia, la reina, muchas veces, pide consejo al rey a través de emisarios, como Guillem Ramón de Moncada. Sus esfuerzos por llevar la paz a los reinos fueron extraordinarios. Es de destacar la importancia de su intervención en las paces firmadas entre Castilla y León en 1436, así como en la tregua firmada entre castellanos y navarros (1454-1456) al subir Enrique IV al trono, que luego por la intervención de doña María se prorroga.

A continuación viene una minuciosa descripción de la Corte de la reina que ayuda a conocer los detalles de la vida particular de doña María y definen más su personalidad. Muere la reina el 4 de septiembre de 1458, siendo enterrada en el monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia; cambió el testamento a raíz del de su esposo y dejó heredero universal de todos sus bienes a don Juan, rey de Aragón, Navarra y Sicilia.

La obra va acompañada de una síntesis de documentos, índices onomástico, de cargos y oficios, y topográfico, con bibliografía y notas a pie de página.—Antonio Benito Vidal

MONTOLIU, MANUEL DE: *Les quatre grans cròniques*. Barcelona, Editorial Alpha, 1959. 150 págs.

Este estudio forma el volumen III de la gran obra *Les grans personalitats de la literatura catalana*, de Manuel Montoliu. Sería ocioso subrayar la importancia que reviste para cualquier historiador de la Corona de Aragón esta nueva empresa en que, junto al estudio de los autores y al análisis de la estructura, estilo y lengua de las crónicas, se ahonda en sus fuentes, influencias y objetividad histórica. Un capítulo preliminar nos introduce en el conocimiento de la historiografía medieval catalana, desde sus comienzos en la época condal, pasando por el *scriptorium* de Ripoll, hasta la poderosa aparición de las cuatro crónicas monumentales surgidas en el escaso espacio de un siglo. Antes de ellas, sólo se había producido, como una cordillera abrupta sobre una llanura, el fenómeno excepcional de la personalidad de Ramón Llull que pertenece, más bien, al panorama universal de la cultura europea de la Edad Media; es en el dominio de la historia donde se da la primera manifestación normal del espíritu de Cataluña en la literatura.

Bajo este criterio ha situado Manuel de Montoliu el estudio de las crónicas, consideradas como fusión de los dos elementos indispensables en toda obra de arte: poesía y realidad. Cuatro capítulos—uno para cada una—están dedicados a las crónicas: la de Jaime I o *Llibre dels Feits*, la de Bernat Desclot, la de Ramón Muntaner y la de Pedro el Ceremonioso. Siguen unas palabras sobre las restantes crónicas medievales catalanas. No se puede, evidentemente, en una breve nota aludir siquiera a los puntos de vista, a las soluciones y a las sugerencias particulares que en cada caso fluyen de estas páginas. Quien conozca la ponderada y sólida crítica de Manuel de Montoliu podrá fácilmente adivinarlos. Debíamos, sin embargo, dar una noticia, por lo menos, de esta esencial aportación al campo de nuestra historiografía. Quizá la novedad más importante, desde el punto de mira histórico-literario, consiste en la revisión del problema, de carácter positivo, sobre el primitivo texto versificado de la Crónica de Jaime I. Con arreglo a las normas seguidas por Montoliu en los volúmenes de esta obra, el libro no contiene citas documentales, pero se incluye al final un repertorio bibliográfico de ediciones e historia y crítica de textos.—*Miguel Dolç*.

## ARTICULOS

CUZACQ, RENÉ: *Le rétable doré de Jatzou*. «Pyrénées», núm. 42, págs. 130-2.

Descripción de la iglesia de Jatzou desde el punto de vista artístico. Lo más notable es el retablo mayor, dedicado a san Sebastián, con interesante imagen del santo, típica muestra del arte local. El autor, que ha estudiado también la iglesia de Cambo, hace atinadas consideraciones acerca del arte vasco. Acompaña al trabajo una buena fotografía del retablo.—*Federico Balaguer*.

HAMANN MCLEAN, RICHARD: *Les origines des portails et façades sculptés gothiques*. «Cahiers de Civilisation médiéval», año II (1959, Poitiers), págs. 157-175.

Este trabajo es el esquema de una gran obra en preparación, en la que se estudian importantísimos problemas relacionados con los orígenes del arte gótico. Trabajo concienzudo, es de interés no solamente para el arte francés, sino también para las primeras manifestaciones españolas del gótico, dada su dependencia de los modelos franceses. El artículo va ilustrado con fotografías y croquis.—*Federico Balaguer*.

SÁNCHEZ CANDEIRA, ALFONSO: *Las Cruzadas en la historiografía española de la época*. «Hispania», t. XX (Madrid, 1960), págs. 325-367.

El presente artículo es un trabajo póstumo de Sánchez Candeira, redactado con la intención de presentarlo a las oposiciones a cátedras de Historia Media, que la temprana muerte del autor dejó inédito. Tras una visión rápida del entusiasmo despertado

en España por las Cruzadas, se estudia una redacción hasta hoy desconocida de los Anales de Tierra Santa. Se trata de cinco folios incluidos en el códice 10.046 de la Biblioteca Nacional, escritos en cursiva gótica de fines del siglo XIII o principios del XIV.

Dado el interés de la nueva redacción, el autor da el texto completo, con noticias que abarcan el período comprendido entre 1095 y 1260. Notas a pie de página, bibliográficas y complementarias de las noticias del texto.—*Federico Balaguer*.

VIVES, JOSÉ: *Elogio sepulcral barroco renacentista de una abadesa cisterciense*. «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», t. XVII, págs. 171-79.

Edición de un ampuloso elogio sepulcral de doña Clara Gómez de Alba, abadesa del monasterio cisterciense de Nuestra Señora del Patrocinio, de Tamarite de Litera. Se trata de una mediana pieza literaria, notable sólo por su excesivo barroquismo. Contiene alguna noticia sobre la Virgen de la Carrodilla.—*Federico Balaguer*.

ZUDAIRE, E.: *El «Discurso de la Corona» en las cortes catalanas de 1626*. «Hispania», t. XX (Madrid, 1960), págs. 541-554.

Los historiadores han venido señalando las cortes catalanas de 1626 como el punto de partida del movimiento catalán de 1640; de aquí la importancia que presenta el estudio de estas cortes. El autor, tras de unos comentarios previos, publica, por vez primera, el texto del discurso de Felipe IV, redactado en catalán. Este discurso nos da la medida del ánimo del rey en aquellos azarosos momentos. Se publica también una carta del conde-duque al gobernador de Monzón, fechada en 9 de marzo de 1626, de valor para el estudio de las cortes aragonesas. El interés del artículo radica en la publicación de estos dos textos. Los comentarios son prudentes, aunque, a veces, excesivamente subjetivos.—*Federico Balaguer*.

The first of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

The second of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

The third of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

The fourth of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

The fifth of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

The sixth of these is the fact that the...  
 of the...  
 of the...  
 of the...

# INSTITUTO DE ESTUDIOS OSCENSES



## PRESIDENTES DE HONOR

Excmo. Sr. D. José Riera Aísa, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Lino Rodrigo Ruesca, Obispo de la Diócesis.

Ilmo. Sr. D. Enrique García Ruiz, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.

Ilmo. Sr. D. Mariano Ponz Piedrafita, Alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

## CONSEJO PERMANENTE

*Presidente:* Virgilio Valenzuela Foved.

*Secretario:* Federico Balaguer.

*Director de la revista ARGENSOLA:* Miguel Dolç.

*Director de la cátedra «Lastanosa»:* Salvador M.<sup>a</sup> de Ayerbe.

*Vocales:* Antonio Durán Gudiol.

José María Lacasa Coarasa.

*Vicesecretario-Administrador:* Santiago Broto Aparicio.

